



Jen Safrey

*Confesiones de una mujer*

e lit

# Confesiones de una mujer

Jen Safrey

5º Mult. Enfrentarse al pasado

# Sinopsis

¿Qué ha sido de los antiguos alumnos de Saunders?

En la universidad, Cassidy Maxwell lo había tenido todo: inteligencia, belleza y la atención de todos los hombres del campus, incluyendo la del profesor del que se había enamorado. Ahora vivía en Inglaterra y era la mano derecha del embajador de Estados Unidos. Pero, ¿por qué había desaparecido al final del último curso?

Al marcharse de Saunders, el brillante Eric Barnes había decidido no dejar que el amor que había perdido se interpusiera en su prometedora carrera. Sin embargo, desde entonces no había sido capaz de olvidar a la única mujer que había conquistado su corazón. Quizá hubiera llegado el momento de atravesar el mundo para reencontrarse con ella...

# Prólogo

*Nueva Jersey, julio de 1982*

Aquel sábado hacía el tipo de calor que obligaba a las familias de los suburbios a abandonar, temporalmente, sus planes de comer fuera para refugiarse en las habitaciones con aire acondicionado. En las mesas de picnic de numerosos jardines, paquetes de platos de papel y botes de mostaza permanecían sin abrir sobre los manteles perfectamente inmóviles por la ausencia de brisa.

En uno de los jardines, sin embargo, bajo aquel aire denso y bochornoso, Cassidy Maxwell hacía la rueda lateral. Bueno, la semi rueda lateral. Todavía no se le daba muy bien.

Cuando Eric Barnes llevó una fuente de ensalada de patata a la madre de Cassidy de parte de la suya, para la barbacoa de la tarde, la señora Maxwell le informó de que su hija llevaba cerca de dos horas practicando en el jardín, sin señal alguna de mejora, pero negándose a darse por vencida.

Eric, de pie en el porche trasero de la casa de los Maxwell, dejó la fuente a un lado y se volvió para contemplar a Cassidy. Ignorante de que tenía audiencia, Cassidy alzó las manos, con la cabeza bien alta, y basculó su cuerpo menudo hacia delante, con su larga melena cobriza barriendo el suelo. Algo falló, porque fue a caer al suelo de rodillas. Cuando volvió a incorporarse, Eric vio que las tenía manchadas de verde del césped.

En ese momento giró la cabeza, vio a su amigo Eric y esbozó aquella sonrisa siempre cambiante en función del número de dientes que se le habían caído o le estaban saliendo. Alzó nuevamente los brazos, orgullosa... y volvió a rodar por el suelo.

Eric sacudió discretamente la cabeza, aprovechando un momento de distracción de Cassidy. Las chicas hacían cosas muy extrañas. A él no le parecía nada divertido pasarse toda la mañana rodando por el suelo, a no ser que estuviera en un partido de fútbol americano o algo parecido.

—¿Te apetece un vaso de refresco, Eric? —le ofreció la madre de Cassidy, volviendo al porche. Cuando el chico asintió, volvió a preguntarle—: ¿De qué color?

Eric suspiró de contento. En su casa no tenían esos refrescos de colores porque su madre sólo compraba... se estremecía cuando pensaba en ello... zumo de fruta de verdad.

—Violeta.

La señora Maxwell desapareció y Cassidy tuvo tiempo de hacer tres intentos más antes de que volviera con dos vasos.

—Dale uno a Cassidy, ¿quieres? Llevo todo el día diciéndole que beba algo, porque hace demasiado calor para estar aquí fuera haciendo esas cabriolas, pero no me hace caso. Tú eres el único al que escucha.

—De acuerdo —tomó ambos vasos.

—Cassidy vio a otra niña haciendo ruedas laterales en el parque esta mañana, cuando salimos al supermercado —le explicó la señora Maxwell—. Y ahora está absolutamente empeñada en aprender sola. Creo que es demasiado testaruda para su propio bien.

Eric tenía la sensación de que la señora Maxwell estaba hablando más para sí misma que para él, pero se quedó donde estaba porque no quería pecar de grosero. Y uno no era grosero con las madres de los amigos.

—Sólo tiene siete años... —continuó ella— y nunca deja nada a medias. Dios sabe lo que nos esperará a su padre y a mí cuando se haga mayor. Oh, perdona, Eric. Estoy hablando demasiado. Me temo que este calor me ha achicharrado el cerebro. Ve con ella.

Eric caminó por el sendero empedrado que atravesaba el jardín.

Cassidy se incorporó de donde había aterrizado por última vez y corrió hacia él, con una sonrisa de oreja a oreja. Se abrazó a su cintura, con fuerza.

—¡Cuidado, que me tiras esto! Bébetelo.

Cassidy tomó el vaso y lo apuró de un solo trago. Cuando volvió a sonreír, tenía los labios y los incisivos manchados de color violeta.

—Volveré luego —le dijo Eric—. Les dije a Sam y a Brian que jugaría con ellos antes de comer.

A Cassidy se le cayó la sonrisa de la cara.

—Volveré para la comida —le recordó Eric—. Con mis padres.

Cassidy asintió, pero lentamente, encorvando los hombros. Eric casi podía sentir su decepción: ella no necesitaba decirle nada. Aunque tampoco hablaba mucho, ni con él ni con nadie. Su madre solía decir que se le quitaría con el tiempo. Ojalá. Casi prefería que lo insultara por salir a jugar sin ella que verla así, tan triste...

—Ellos son mayores —intentó explicarle—. Tengo que jugar de vez en cuando con mis otros amigos, porque si no, cuando llegue a séptimo curso, me quedaré sin amistades. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Cassidy seguía inmóvil, en silencio, con el vaso vacío en la mano.

—Además, a ti no te gustaría lo que hacemos. Lo que tú estás haciendo ahora, por ejemplo, es mucho más divertido. Sigue practicando. Así me enseñarás cuando vuelva.

Aparentemente satisfecha, Cassidy dejó cuidadosamente su vaso, sobre el césped, antes de echar a correr y ensayar de nuevo la rueda. Esa vez le salió peor. Aterrizó sobre el trasero y soltó una carcajada. Eric se rió también.

Poco después, Eric se enteró de que un puñado de primos más pequeños de Sam estaba de visita, y para cuando empezaron a jugar al escondite, regresó para buscar a Cassidy. Su madre los despidió mientras se alejaban los dos calle abajo, de la mano.

Eric jamás lo reconocía delante de sus amigos, pero se divertía

mucho con Cassidy. Ninguno de los dos tenía hermanos, y el verano anterior, cuando los Maxwell se trasladaron a aquel barrio, sus respectivos padres hicieron amistad. La señora Maxwell nunca dejaba de sorprenderse de la capacidad que tenía Eric de hacer salir a la seria y tímida Cassidy de su caparazón. Él mismo se maravillaba de ello. A menudo simulaba que era su hermana pequeña, y le encantaba la manera que tenía de seguirlo a todas partes, como un perrillo. Sabía que era una deslealtad, pero a veces se le hacía difícil frecuentar a sus amigos «de verdad»: sus esfuerzos por comportarse como ellos, por hacer las mismas bromas y gracias. Habitualmente lo conseguía, pero la socialización era difícil. Jugar con la fácilmente impresionable Cassidy requería mucho menos trabajo y además resultaba más divertido.

Aunque eso era algo que jamás admitiría ante nadie, a excepción de Cassidy. Si los amigos le preguntaban por ella, la estaba cuidando, porque era más pequeña. Y bajo coacción de sus padres.

El juego de escondite transcurrió con el frenesí acostumbrado, pese al calor asfixiante. Hubo discusiones por las reglas, encontronazos, caídas. En el instante en que las madres llamaron para comer, el juego quedó interrumpido y todo el mundo se dispersó. Cuando los últimos niños se marchaban y la madre de Sam empezaba a poner la mesa para el picnic, Eric miró a su alrededor buscando a Cassidy.

—Debe de estar aún escondida... —murmuró para sí mismo—. ¡Cassidy! ¡Cassidy!

—A lo mejor se ha ido a su casa —comentó la madre de Sam, mientras abría los panecillos para los perritos calientes.

—No —negó Eric, sacudiendo la cabeza. El juego no había terminado oficialmente. A Cassidy no la habían encontrado. Y Eric conocía a Cassidy. Se quedaría escondida hasta que la localizaran. Y para entonces podían sorprenderla allí las navidades.

—¡Cassidy! —la llamó de nuevo—. ¡Sal! ¡El juego ha terminado!

¡Hora de comer!

Ni rastro de su melena cobriza. Nada. Preocupado, se concentró en buscarla. Miró detrás de los árboles, tras las esquinas de la casa.

— ¡Cassidy! ¡Sal de una vez!

— ¿Todavía sigue escondida? — inquirió Sam, con la boca llena de patatas fritas —. Qué tonta es.

— Cállate la boca — le ordenó Eric. Entró en el garaje, donde había un coche cubierto por una lona entre las herramientas. Una vez registrado todo, se volvió hacia el coche. Levantó una esquina de la lona —. ¿Cassidy?

La retiró completamente para descubrir un deportivo rojo. Había un bulto en el asiento trasero. Las ventanillas estaban bajadas, así que debía de haberse colado por una de ellas. Allí estaba, encogida en una esquina, tapándose la cara con sus manitas.

Eric abrió la puerta y se sentó a su lado. La niña dejó caer las manos y lo miró. Sólo entraba una rendija de luz por la pequeña ventanilla trasera, lo suficiente para que pudiera distinguir el brillo de sus lágrimas.

— ¿Creías que me había olvidado de ti?

Cassidy asintió con la cabeza, muda.

— ¿No ves que no?

Se sorbió la nariz y se la limpió con el dorso del brazo.

— Si querías que te encontráramos, no debiste haberte escondido tan bien. Eres la más astuta de todos. Te he estado buscando por todas partes.

El principio de una sonrisa asomó a sus labios. Eric se preguntó qué habría hecho un hermano mayor en su situación. La agarró y le hizo cosquillas. Cassidy se echó a reír, dando patadas. Luego le pasó un brazo por la cintura y la sacó del coche.

La llevó de vuelta al jardín. En un momento dado, sorprendiéndola, la levantó en vilo. Cassidy no paraba de reír.

— Aquí estás — dijo la señora Maxwell —. Cassidy, saluda al señor



y a la señora Barnes.

La niña, todavía colgada cabeza abajo del brazo de Eric, sonrió a los padres de Eric.

—Eric, ten cuidado —le pidió su madre—. No la dejes caer...

—Quizá lo haga... —hizo un amago de soltarla, para alborozo de la cría.

—No hay que preocuparse —le comentó la señora Maxwell a la madre de Eric—. Hoy ya se ha caído de cabeza por lo menos unas cincuenta veces.

Eric la bajó al suelo.

—A partir de ahora —le dijo en un susurro, para que sólo ella pudiera escucharlo—, recuerda que por mucho que tarde en encontrarte, lo único que tienes que hacer es esperar. Siempre descubriré dónde estás y siempre terminaré encontrándote.

Cassidy le tomó las dos manos y tiró hacia sí para acercarlo. Luego le tocó la frente con la suya. Una, dos veces.

Acto seguido se alejó corriendo, eufórica, saltó hacia delante... y dio una perfecta rueda lateral, con los dedos de los pies apuntando directamente al cielo.

# Capítulo 1

*Octubre de 2005*

Una de las cosas más extrañas de volar en avión, pensó Eric mientras sorbía su zumo y miraba por la ventanilla, era que el cielo quedaba igual de lejos que cuando se contemplaba desde tierra. Las nubes sí que estaban más cerca, pero el cielo azul seguía tan inalcanzable como siempre.

Como Cassidy.

En realidad, no estaba acostumbrado a pensar poéticamente en nada. Antes sí. De jovencito había tenido la cabeza en las nubes, había soñado con un futuro romántico al lado de una mujer de melena de color caoba, la misma que le había estado destinado desde siempre. Pero cuando aquella mujer desapareció, el joven se transformó en alguien mucho mayor, un experto en economía que pensaba solamente en cosas concretas, en datos y en números.

Apoyó la cabeza en el cómodo asiento y suspiró por enésima vez desde que despegó hacía cerca de una hora. Debería haber tomado algo más que un simple zumo de naranja. Cualquier cosa con tal de distraer sus pensamientos de las siete horas de viaje que tenía de Boston a Londres.

—¿Viaja, usted a Londres por motivos de trabajo? —oyó que preguntaba una mujer, y en el fugaz instante que tardó en girar la cabeza hacia la izquierda, pensó: «Ahora mismo no estoy en condiciones de charlar con nadie. Es imposible». Pero su compañero de asiento era un anciano que dormía plácidamente.

Escuchó una voz masculina murmurando una vaga respuesta y se dio cuenta de que la pregunta había procedido de la mujer sentada

justo detrás de él.

—Es un viaje largo, así que espero que no le importe que charlemos un rato.

El hombre respondió cortésmente en un tono que le indicó a Eric que la mujer en cuestión era atractiva, como si estuviera sorprendido de que lo hubiera elegido como interlocutor. Suspiró de nuevo. Lo último que necesitaba en aquel momento era escuchar una charla amigable y despreocupada entre dos desconocidos.

Por otro lado, había visto hacía meses la película que proyectaban en el avión, y además no era gran cosa. Quizá el hecho de escuchar aquella conversación ajena lo ayudara a pasar el tiempo. Y a distraerse de aquel rancio museo de historia que era su propio cerebro, con un retrato a todo color de Cassidy Maxwell expuesto de manera permanente.

—Así que viaja por negocios —pronunció la mujer.

Su voz se oía mejor que la del hombre por encima del ruido de los motores del avión, y como Eric no alcanzó a escuchar su respuesta, formuló mentalmente una propia: «Sí. Por un negocio que tengo que terminar».

—Una mujer, ¿eh?

Eric se sobresaltó al instante. ¿Sería adivina?

—Soy psicóloga —añadió, dirigiéndose a su compañero de asiento—. Sé cuándo un hombre está cruzando el océano por una mujer. ¿Es su esposa? ¿Su amante?

«Ninguna de las dos cosas», volvió a responder Eric para sus adentros mientras sorbía su zumo.

—¿Era su esposa o su amante?

«Tampoco», repitió Eric en silencio. Cassidy nunca había sido su novia, al menos formalmente. Aunque supuestamente debería haberlo sido, ya que ambos lo habían decidido así. Años atrás, en la universidad de Saunders, habían trazado juntos su gran plan, su futura vida como pareja. Y el rostro de Cassidy se había iluminado de

una expectante emoción, al igual que el suyo.

Todo había estado listo para justo después de la graduación de Cassidy. Para el momento por el que había vivido, suspirado, ansiado... durante cuatro largos años.

Un momento que nunca llegó.

—Dígame el nombre de esa mujer —le pidió la psicóloga a su compañero de asiento—. Sólo su nombre de pila.

—Cassidy —pronunció Eric. Al tomar conciencia de que había hablado en voz alta, miró al anciano que se hallaba sentado a su lado. Soltó un ronquido: seguía durmiendo plácidamente.

—¿Desde cuándo la conoce?

«La conocí cuando ella tenía seis años y yo once».

—¿Y usted tiene ahora...?

«Treinta y cinco. Pero ya no la conozco. La perdí». Fue una frase que le costó incluso pronunciar mentalmente. Cassidy no se presentó a la ceremonia de su graduación. Eric nunca más volvió a ver a la única mujer a la que había amado. Algo ocurrió de pronto. Algo que la impulsó a huir de él y del futuro que habían planeado juntos. Fuera lo que fuese, ella nunca se molestó en decírselo.

«Desapareció hace diez años», informó mentalmente a la psicóloga. «Pero ya antes había dejado de conocerla. Lo que pasa es que no me di cuenta de ello hasta que se fue, y para entonces ya no podía hacer nada».

La mujer asintió con la cabeza, comprensiva. O Eric se la imaginó haciéndolo, porque no podía verla. Continuó relatando su historia, como si la tuviera justo delante: «Era como mi hermana pequeña, me seguía a todas partes. Cuando yo abandoné el instituto para ingresar en la universidad de Saunders, en Massachusetts, dejé a todos mis amigos de Nueva Jersey. Ella acababa de empezar la enseñanza media, sólo otra amistad a la que dejaba atrás. Fue entonces cuando empezó a escribirme aquellas cartas. Las cartas eran... Verá, Cassidy nunca hablaba mucho. Durante todo el tiempo que la conocí, apenas

hablaba siquiera por teléfono. Era callada. Su cara lo decía todo».

La psicóloga asintió de nuevo, apuntando algo en su cuaderno. Todo ello en la imaginación de Eric, por supuesto.

«Pero esas cartas... Cassidy era más inteligente que la media, ingeniosa, sagaz. Yo leía y releía esas cartas, viendo cómo ella crecía hasta convertirse en alguien que... Yo salí con muchas chicas en el instituto. Pero lo que ellas me decían jamás podía compararse con lo que Cassidy me escribía en aquellas cartas».

El avión basculó bruscamente, el tipo de baquetazo que habría asustado a un viajero primerizo. A uno tan experimentado como Eric, en cambio, simplemente le hizo sacar una servilleta por si se le derramaba la bebida.

—¿Se ha asustado? —oyó que la psicóloga preguntaba a su compañero de asiento.

Eric aprovechó la pregunta para continuar con su confesión. «Sí, eso me asustaba. Ella era una niña, y yo un adulto. Finalmente, hice un esfuerzo por distanciarme. Empecé a responder a sus cartas con menos frecuencia. Estoy seguro de que ella lo notó, pero cuando yo estaba en el último curso de universidad, me invitó a una fiesta de cumpleaños que organizó en su casa. Cumplía dieciséis».

—Entiendo —oyó que decía la psicóloga.

Eric pensó que debía de ser una buena profesional. Debía de ser cara. Era una suerte que no le estuviera cobrando...

«Estaba decidido a no ir, a quedarme en la universidad, pero su madre me llamó para suplicarme prácticamente que fuera, por lo mucho que eso significaría para Cassidy. Tuve la sensación de que Cassidy le había advertido a su madre que iba a llevarse una gran decepción si no lo hacía. Como me sentía obligado por la amistad que unía a nuestros respectivos padres, acepté. Así que fui. Y...».

—¿Sí? —inquirió la psicóloga, a su espalda.

Eric cerró los ojos. Lo recordaba perfectamente. Cassidy le abrió la puerta aquella tarde. Detrás, el salón estaba decorado en mil

colores, ruidoso, lleno de amigos, de diversión. Llevaba una camisa y unos pantalones negros, muy ajustados. Eric había mirado por encima de su hombro, buscándola... hasta que se dio cuenta de que la tenía delante. Su melena brillaba como un halo rojizo en torno a su cabeza y sus finos hombros. Nunca antes la había visto vestida de negro. Nunca antes se había fijado en su cutis cremoso, salpicado de pecas. Ni se había preguntado si, debajo de aquella camisa, su piel finísima tendría también aquellas mismas pecas...

Lo había mirado directamente a los ojos. Y Eric supo en aquel instante que era perfectamente consciente de su belleza, de la mujer en que se había convertido. Y de lo que podía hacerle a él.

Más tarde, varias horas después, se lo había llevado al pasillo, lejos de sus compañeros de instituto, lo había atraído hacia sí y...

«Lo siento, doctora», pronunció Eric para sus adentros, abriendo los ojos. «Hay exactamente tres momentos en mi pasado que nunca me permito recordar. Recuerdo que ocurrieron, pero no puedo evocarlos porque el dolor es demasiado fuerte. Un dolor con el que no puedo convivir. Éste es el primero de esos tres momentos».

—Muy bien —oyó que decía la psicóloga.

Eric había salido corriendo aquella noche, antes de que la fiesta terminara. Había corrido sin parar hasta la estación de tren, rumbo a Saunders. Y durante el resto de aquel año había intentado olvidarse de Cassidy Maxwell.

—¿Lo consiguió?

«No, no pude», respondió Eric, para sus adentros. Al año siguiente, Cassidy se presentó en Saunders con sus maletas. Acababa de terminar en el instituto y había elegido estudiar Ciencias Políticas. La misma especialidad que la suya.

Eric ya era licenciado, pero le resultó imposible mantenerse alejado del campus, ahora que el recinto universitario se había tornado tan... tentador. Supuestamente por aquel entonces habría debido estar haciendo contactos en el mundo de la política, pero

demasiadas veces se había sorprendido a sí mismo visitando Saunders y pasándose por el despacho del profesor Gilbert Harrison para charlar. No recordaba qué era lo que le había dicho al profesor, pero un día Gilbert le propuso colaborar como ayudante suyo en el departamento de Ciencias Políticas, y un par de días después se encontró con Cassidy sentada en la primera fila de la clase.

—Debió de ser una situación difícil —observó la psicóloga, haciéndose cargo de la situación.

Lo fue, ciertamente. Había sido muy duro tener que ver a Cassidy cada día. Cassidy, con la que apenas había enhebrado dos frases seguidas en todos los años que tenía de conocerla, y que ahora levantaba la mano para intervenir brillantemente sobre cualquier tema de política, o debatir con garra y decisión. Chicos y chicas querían ser como ella, estudiar con ella, comer con ella... ser sus amigos y algo más.

Pero las sonrisas más luminosas de Cassidy estaban reservadas para la persona a las que se las había dedicado desde niña. Y Eric sabía interpretarlas. Ella lo deseaba. Y sabía que él la deseaba también.

—¿Y qué? —inquirió la psicóloga.

Cassidy respetaba la distancia que, su antiguo amigo, ponía en su relación. Incluso cuando terminó aquel semestre, y Eric siguió formando parte del departamento, ambos entendieron, tácitamente, sin necesidad de hablarlo, que debían limitar su relación a la estrictamente de profesor y alumna. Pero Eric necesitaba estar cerca de ella, estar con ella. Se encontraron numerosas veces en el campus y, durante esas ocasiones, Cassidy volvía a su mutismo habitual. Se rozaban las manos en el club de jazz. Aspiraba profundamente el aroma de su cabello cuando le sacaba la silla para que se sentara en la cafetería... Finalmente, una noche, se encontró sentado a su lado a las cuatro de la madrugada, bajo el enorme roble del parque, en medio del silencioso campus, cuando todo el mundo estaba

descansando.

«Lo siento, doctora», pronunció mentalmente. «Lo que le dije, lo que ella me dijo, la promesa que nos hicimos..., es el segundo momento de mi vida que no puedo permitirme recordar».

—No se preocupe —dijo la psicóloga.

La promesa que se hicieron lo mantuvo irremediabilmente inquieto, maravillosamente vivo, hasta que llegó el último semestre de Cassidy como alumna de último año. Entonces ocurrió algo. Un dolor de muelas la envió al dentista, para una intervención de emergencia, y tuvo que guardar reposo durante una temporada. Eric intentó ayudarla a mantenerse al día con los estudios, pero ella rechazó su ayuda, decidida a arreglárselas sola.

Empezó a verla cada vez menos. Y las pocas veces que la veía, estaba pálida, cada vez más delgada, con profundas ojeras. Aquella última vez en que se encontraron, dos días antes de su ceremonia de graduación, había estado en la biblioteca, escribiendo como una posesa en su cuaderno. Cuando la tocó en un hombro, dio un respingo y se lo quedó mirando con una expresión de terror en los ojos... antes de salir corriendo de la biblioteca, musitando una disculpa.

Llegó el día de la graduación. Una multitud de alumnos, vestidos con togas negras, bajó las escaleras de mármol del rectorado, dando gritos de alegría. Eric esperó en el lugar convenido. Esperó con un pequeño relicario de oro en su mano sudorosa: un relicario que encerraba el único recuerdo que le había pedido a Cassidy cuando planearon su futuro juntos, bajo el enorme roble. El campus empezó a vaciarse a su alrededor. Hasta que se quedó solo.

—Entiendo —dijo la psicóloga.

Eric se alegraba de ello: de esa manera se ahorraba explicaciones. Porque aquél era el tercer momento que no podía permitirse recordar, el más duro. El único para el que no había encontrado explicación alguna... en diez largos años.



Aplastó el vaso vacío de zumo en la mano, y de repente una sonriente azafata apareció a su lado. Lo dejó caer en la papelera que le acercó y volvió a recostarse en el asiento.

Nunca la buscó. Se negó a hacerlo. Su orgullo no se lo había permitido.

Pero, en aquel momento, el profesor Gilbert necesitaba ayuda para conservar su trabajo, y todo el mundo sabía que Cassidy Maxwell haría cualquier cosa por un amigo. Siempre. Una sola conversación con una antigua compañera de su promoción había bastado para que Eric se decidiera a cruzar el océano Atlántico, viajando a otro continente con la intención de recuperar a la mujer de su vida.

Las luces más potentes del avión se apagaron. Los viajeros empezaron a acomodarse en sus asientos, reclinándolos para dormir.

—Será mejor que lo deje descansar. Que tenga buena suerte en su viaje —se despidió la psicóloga.

Eric sabía que la buena suerte no estaba hecha para él. De cualquier forma, iba a necesitarla.

Lo único que quería era ayudar a la gente. Por eso se había convertido en profesor. Quería enseñar a los jóvenes, asesorarlos, ayudarlos a tomar decisiones que podían condicionarlos y marcarlos para el resto de su vida.

Pero en aquel instante sólo había una persona a la que Gilbert Harrison era incapaz de ayudar. Él mismo.

Apoyó la cabeza sobre su escritorio repleto de documentos. Al hacerlo, empujó con la frente varias carpetas y papeles que cayeron al suelo, pero no se molestó en agacharse para recogerlos. Aunque era casi medianoche, no podía ir a casa. En aquellos días le costaba abandonar el despacho, porque cada vez que lo hacía, tenía miedo de no poder volver nunca.

Había hecho muchas cosas en aquel despacho. Por muchos estudiantes. Por muchos años. La investigación abierta por el consejo

universitario, dirigida por el vengativo Alex Broadstreet, representaba un humillante capítulo en la carrera profesional de Gilbert en la universidad de Saunders. Hasta el momento, había logrado evitar ver ensuciado su nombre y se había visto obligado a pedir a antiguos alumnos que volvieran al campus para que declararan a su favor. Resultaba irónico, teniendo en cuenta que ninguno sabía siquiera la mitad de lo que había hecho por ellos. Pero había confiado en que los éxitos actuales de sus antiguos alumnos, inclinaran a su favor la decisión del consejo, salvando así su trabajo. El único trabajo que deseaba hacer.

Y justo cuando la llama de la esperanza había amenazado con apagarse, la llamada de Eric Barnes, aquel mismo día, había vuelto a avivarla. Eric lo había telefoneado desde el aeropuerto internacional Logan, a punto de abordar un avión para Londres con la intención de traer a Cassidy Maxwell a Massachusetts.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —le había preguntado Gilbert tras una pausa de asombrado silencio.

—La semana pasada estuve comiendo con Ellen Gardner —le había explicado Eric—. Ella me contó su asunto, lo de su problema con Saunders. ¿Cómo se encuentra?

—Voy sobreviviendo.

—Usted era el profesor más querido y valorado por todos. Ahora nos toca a nosotros ayudarlo. Ya he estado pensando en esto. Sé que... Cassidy... estaría deseosa de ayudarlo si pudiera. Así que voy a viajar ahora mismo a Londres para pedírselo.

No le había pasado desapercibida su vacilación a la hora de pronunciar su nombre. Eric Barnes temía tanto enfrentarse a Cassidy Maxwell como él mismo, aunque por razones completamente diferentes.

—No creo que sea necesario —había replicado Gilbert, midiendo las palabras—. Ahora es ayudante del embajador Alan Cole, su mano derecha —«y me alegro enormemente por ello», había añadido, para

sus adentros, pese a su creciente temor—. Tiene una agenda muy apretada. No la molestes con... mis problemas.

—Ya la conoce, profesor. Tarde o temprano se enterará, y entonces se pondrá furiosa de que nadie se lo haya dicho antes.

—Es verdad... pero ¿por qué no llamarla simplemente por teléfono o mandarle un correo electrónico?

—Creo que será más probable que venga si se la convoca en persona. Además... —Eric había vacilado por un momento—. Las llamadas y los correos electrónicos son demasiado fáciles de ignorar. Y Cassidy ha hecho un admirable trabajo ignorándome a mí durante los diez últimos años. Por el interés de usted, necesito hablar personalmente con ella.

—¿Por mi interés?

Por el silencio que siguió a su pregunta, Gilbert comprendió que quizá una década no había sido suficiente para curar un corazón destrozado.

—¿Seguro que estás preparado para hacerlo?

—Ha llegado la hora —había respondido Eric con voz temblorosa, antes de repetir con mayor decisión—. Es necesario.

—¿Y si ella no quiere...?

—No pienso traerla a rastras. Le contaré lo sucedido y le dejaré que tome la decisión.

Gilbert había soltado un profundo suspiro. Eric conocía la desesperada situación en que se encontraba. Una mayor resistencia por su parte habría despertado sus sospechas, y eso era algo que no podía permitirse. De modo que le deseó buena suerte y colgó el teléfono.

Continuó sentado durante horas ante su escritorio, sin moverse. La angustia lo devoraba por dentro. Alzó la cabeza para mirar por la pequeña ventana, pero no vio más que su propio reflejo. Y eso era lo último que deseaba ver: Gilbert Harrison mirándose a sí mismo. Apagó la lámpara de la mesa y se quedó a oscuras. Ahora sí que

podía distinguir la silueta de los árboles recortada contra el cielo. Cuando soplabla la brisa, las hojas se agitaban con ruido, cayendo lentamente de las ramas. En las tardes invernales de Nueva Inglaterra, se veía el pabellón de Humanidades, al otro lado de la calle. En primavera, sin embargo, las hojas de un verde lustroso obstaculizaban la vista.

Durante aquellas últimas semanas, el pasado había retornado con toda su fuerza: los enamorados David y Sandra Westport, el brillante abogado Nate Williams, la todavía bella Kathryn Price, la ingeniosa Jane Jackson y el doctor Jacob Weber, prácticamente transformado en otra persona, completamente distinta del egoísta alumno que había sido. El corazón se le había hinchado de orgullo mientras escuchaba las historias de sus vidas y contemplaba sus rostros cambiados, madurados.

Pero Cassidy Maxwell también podía volver.

Los antiguos compañeros de Cassidy no tardaron en enterarse de su posible regreso y estaban entusiasmados con la perspectiva de volver a verla. Había sido la chica más popular del campus: una alumna brillante, siempre dispuesta a ayudar a los demás, amiga de todo el mundo.

Sus antiguos alumnos estaban convencidos de que podía jugar un papel esencial a la hora de mantener a Gilbert en la universidad de Saunders.

Lo que nadie habría imaginado jamás era que si hubiera dependido de él, habría mantenido a Cassidy lo más lejos posible. Si ella volvía, también traería consigo el más oscuro y profundo secreto de Gilbert. Un secreto que había descubierto mucho tiempo atrás, accidentalmente. Un secreto que nadie más conocía.

Ese secreto no solamente podía destrozar la carrera de Gilbert, sino su vida entera tal y como la conocía: la suya y las de los demás. Volvió a apoyar la cabeza entre las manos. «Lo siento, Eric», pronunció para sus adentros, avergonzado. «Yo jamás quise que uno

de mis estudiantes fracasase en algo. Pero ahora espero que tú lo hagas».

## Capítulo 2

—¿Qué es lo que quieres decir con eso de que no podemos tener Château Clinet? —preguntó Cassidy.

Se retiró ligeramente el teléfono de la oreja, mientras el proveedor de vinos le ofrecía una alambicada explicación de por qué le resultaba imposible conseguir ese caldo para la fiesta que el embajador había convocado para aquella misma noche. Por desgracia, Cassidy no tenía mucho tiempo para escuchar explicaciones.

—De acuerdo —lo interrumpió—. Pasaremos entonces al plan B. ¿Podrás sustituir el Château Clinet por Château Clos Fourtet? Si no puedo tener el Pomerol, el SaintEmilion debería servir.

Mientras el proveedor le pedía que esperara, Cassidy se volvió hacia la puerta abierta del despacho y llamó a Sophie. La joven y diligente ayudante apareció casi de inmediato.

—Llama por favor a la papelería, el número está encima de la mesa. Diles que el papel de carta y los sobres que nos recomendaron son excelentes, pero que el color es demasiado oscuro. Quiero un tono crema más claro.

—Ahora mismo.

Sophie se alejó y el proveedor de vino volvió a ponerse al teléfono para informar de que podrían entregar la cantidad de botellas de Château Clos Fourtet, en la residencia del embajador, aquella misma tarde. Cassidy suspiró aliviada. El embajador Alan Cole daba una fiesta en honor de su mejor amigo, el director artístico de una famosa compañía de ballet de Chicago, que había venido a Londres para colaborar en un proyecto con el Royal Ballet. El embajador estaba

encantado de tener a su amigo en la capital y Cassidy quería que todo saliera perfecto.

Por supuesto, como principal ayudante del embajador Cole, el trabajo de Cassidy consistía en reducir al mínimo los problemas que pudieran surgir en cualquier actividad. Dio las gracias al proveedor de vinos y colgó. Justo en aquel instante el teléfono volvió a sonar.

—Maxwell —respondió.

La secretaria de recepción la informó de que había llegado el fontanero.

—Voy para allá.

Atravesó la oficina repleta de gente escribiendo, poniendo faxes, recibiendo llamadas. Charles, otro joven ayudante, corrió tras ella. La gente de la embajada siempre andaba corriendo detrás de Cassidy.

—La parlamentaria Violet Ashton desea entrevistarse con el embajador lo antes posible —la informó—. Y sir Neville Pritchard, de la Casa de los Lores, también quiere verlo.

—Supongo que la parlamentaria Ashton querrá tratar de la iniciativa de paz del embajador para el conflicto irlandés, ¿cierto?

—Cierto.

—Bien, pues dile que venga mañana. A la hora que prefiera. Ya adaptaremos nuestra agenda. A sir Pritchard lo recibiremos el miércoles o el jueves de la semana que viene, a media tarde a ser posible.

—Muy bien.

Cassidy abandonó la gran habitación y recorrió varios pasillos. El resonar de los tacones, de sus botines de cuero negro, en el suelo de mármol despedía energía, decisión, autoridad. Un sonido que le gustaba especialmente.

Recibió al fontanero en el vestíbulo y lo acompañó hasta el tercer piso. Una vez allí, abrió una complicada serie de cerraduras y códigos y lo hizo pasar a una pequeña habitación. Apoyada en la mesa, esperó mientras el fontanero examinaba la filtración que había

descubierto la semana anterior. Tendría que esperar a que terminara, ya que solamente un selecto grupo de personas podía entrar en aquel cubículo que se hallaba repleto de archivos secretos.

Miró su reloj. Quería llamar al departamento de relaciones públicas antes de las dos, y además tenía otra reunión a las tres...

Bajó la mirada y vio que tenía marcas de gotas de lluvia en los botines. Sacó un pañuelo de un bolsillo y se las limpió. Al amanecer había ido al aeropuerto Heathrow, con varios guardaespaldas, para recibir al ayudante del secretario de Estado al pie de la escalerilla del avión, y aunque había llevado paraguas, la legendaria lluvia londinense le había empapado los botines y los bajos de los pantalones.

Continuó esperando. Estaba tan acostumbrada a moverse continuamente y a tomar decisiones sobre la marcha que la irritaba tener más de cinco minutos de tiempo muerto, sin nada que hacer.

Aquellos momentos de ocio forzado la empujaban a la reflexión, a pensar sobre su vida. Y hacía mucho tiempo que Cassidy se había especializado en no pensar. «No pares de moverte», se decía desde el instante en que se despertaba cada mañana, hasta el instante en que dejaba caer la cabeza sobre la almohada. No parar nunca.

Se sacó una pequeña libreta y un bolígrafo de un bolsillo interior de la chaqueta y se concentró en redactar la lista de cosas que debía hacer durante la siguiente hora. Llamar a Winfield House y pedirle al ama de llaves que le enviara por fax el menú de aquella noche para asegurarse de no olvidar nada. Retocar la agenda del embajador para el día siguiente, con el fin de encajar la entrevista con la parlamentaria. De repente le sonó el estómago. Oh, sí, y también comer. Si todavía le quedaba tiempo.

Una vez que el fontanero terminó de reparar la filtración, lo guió fuera del cubículo y lo dejó en manos de Charles. Sin perder un segundo, volvió a la oficina principal y continuó trabajando durante varias horas más.



A las tres, acompañó a cinco hombres y una mujer a uno de los salones de reunión. Eran representantes de una empresa estadounidense de lencería y deseaban abrir una sucursal en Londres, para lo cual necesitaban de la asesoría del embajador.

Pero el embajador Cole todavía no había vuelto de una de sus entrevistas. Cassidy suspiró, impaciente. Mientras charlaba de temas insustanciales con los empresarios, sonó su teléfono móvil.

—Maxwell.

—Cassidy, soy yo —dijo el embajador Cole.

Su voz sonaba muy lejana, con interferencias.

—No puedo oírlo bien, embajador...

—Una mala conexión. Escucha, voy a llegar tarde. Jamás me había visto atrapado en un atasco semejante.

—¿Desde ayer? —no pudo evitar preguntarle, irónica.

—Yo no he dicho que fuera desde ayer, creo... —rió, divertido—. Cassidy, te dejo al mando de la casa.

—Sí.

—No me retrasaré más de media hora. Eso creo, al menos. Tengo un autobús de dos pisos justo delante y no puedo ver nada...

—No se preocupe. Me las arreglaré.

—Estoy seguro de ello.

—Le he concertado una entrevista con la parlamentaria Ashton para mañana. Y tiene unos cuantos documentos esperando en su mesa a que los firme.

—Gracias, Cassidy.

Cortó la comunicación y se volvió hacia el pequeño grupo.

—Era el embajador. Llegará un poco tarde. Si pasan más de dos días en Londres, comprobarán que se trata de una imagen bastante habitual.

El comentario hizo sonreír a los invitados.

—Muy bien. Les traeré un servicio de té y mientras esperamos al embajador, pueden preguntarme cualquier cosa que quieran saber

sobre Londres. Llevo cerca de diez años trabajando aquí, en la embajada, así que creo que estoy en condiciones de satisfacer su curiosidad.

Diez minutos después, los invitados saboreaban encantados el té que les fue servido. Cassidy recordaba lo refinado, elegante y relajante que le supo el primer té que se tomó nada más llegar a Londres. Ahora, en cambio, solía tomarlo a toda prisa de los termos que se preparaba antes de cada reunión.

Los empresarios le hicieron numerosas preguntas sobre toda clase de tópicos, desde las zonas comerciales de Londres hasta asuntos de política actual. Y se mostraron más que satisfechos con sus precisas respuestas. A Cassidy le encantaba su trabajo, pero a menudo terminaba el día agotada, y no sólo de correr de un lado para otro, sino también de hablar. De niña nunca había hablado mucho, y tampoco de adolescente. En realidad, había sido una especie de decisión que había tomado. Suponía que siempre había preferido observar y escuchar a los demás.

Pero en la embajada tenía que ser una comunicadora efectiva. Aparentemente lo era, aunque en ocasiones añoraba secretamente aquella época de su vida en que no había tenido que decir nada para que los demás la entendieran. La persona que siempre y en todo momento la había entendido era...

Rechazó bruscamente aquel recuerdo y continuó hablando para no tener que pensar en él, en nada. A la hora de reprimir pensamientos indeseables, era una verdadera profesional con toda una década de experiencia.

—Señorita Maxwell —se dirigió a ella uno de los empresarios.

Lo miró. Era el más joven de todos, quizá también el más dispuesto a demostrar a sus jefes que entendía de negocios. Recogió una gran carpeta y sacó un póster en el que aparecía una gran fotografía en blanco y negro de una pareja abrazándose apasionadamente.

—Nos ha sido de tanta ayuda, que me gustaría pedirle su opinión personal. Díganos: ¿cómo cree usted que reaccionarían los británicos si vieran este cartel en una valla publicitaria de Piccadilly Circus?

Cassidy miró el cartel, pero por el rabillo del ojo captó un movimiento detrás del empresario. Al otro lado de la pared de cristal, justo en el vestíbulo principal de la embajada. Y se encontró con unos ojos.

Se quedó sin aliento. Eran unos ojos negros, de mirada insondable. De niña, y de adolescente, habría hecho cualquier cosa con tal de conseguir que aquellos ojos la miraran, se fijaran en ella. Luego, después de los muchos errores cometidos, había temido no poder volver a mirar aquel rostro sin avergonzarse. Por eso había huido.

En aquel momento, sin embargo, no tenía adónde escapar. Cada recuerdo que había enterrado, en los más remotos rincones de su mente, saltó como un fantasma agazapado en una casa encantada. El único hombre al que había amado se encontraba en aquel momento frente a ella. No había escapatoria.

Eric no le sonrió. Ni le hizo el menor gesto. Simplemente le sostenía la mirada. Y Cassidy se vio obligada a enfrentarse con el dolor que antaño le había infligido.

—¿Señorita Maxwell?

Tuvo que volver a concentrarse en el cartel.

—¿Señorita Maxwell? ¿Cómo cree usted que reaccionarían los londinenses ante este anuncio?

Cassidy entreabrió los labios, con la intención de aportar una respuesta distante, profesional, pero finalmente se impuso la sinceridad:

—Se quedarían impresionados —murmuró. Miró por encima del hombro del joven empresario. Eric no se había movido de su sitio—. Consternados —añadió en un susurro, distraída.

El rumor de asombro que se alzó entre los empresarios la

devolvió a la realidad.

—Disculpe —dijo la única mujer del grupo—, pero yo había pensado que los europeos eran menos reservados que los estadounidenses.

—Sólo queríamos suscitar un efecto sensual y sugestivo, no ofensivo —añadió otro de los componentes de la delegación.

—Oh... —tenía que concentrarse en su trabajo. «Finge que no está ahí», se ordenó. «Probablemente te lo has imaginado. Al fin y al cabo, te has olvidado de comer. Será una alucinación provocada por el hambre»—. Lo que quería decir es que...

«No es él. No puede ser él. Tiene que ser alguien que se le parezca. En el mundo tiene que haber un montón de hombres altos, morenos y guapos». Los empresarios la miraban expectantes.

—Lo que quería decir... —repitió con tono más firme— es que los británicos se quedarían asombrados e impresionados... por no decir más animados —forzó una carcajada.

Afortunadamente los empresarios rieron también. Cassidy suspiró de alivio. Por el momento había superado la situación. Pero tarde o temprano tendría que salir de aquella sala. Pese a que se ordenó no hacerlo, volvió a echar un vistazo a la pared del cristal. Eric Barnes seguía al otro lado, haciendo gala de la paciencia que ella sabía que poseía de sobra.

Desvió de nuevo la mirada. No podía consentir aquello. De repente sonó su móvil.

—Maxwell —respondió, procurando que no le temblara la voz. Se volvió hacia la pared más cercana.

—Ha venido un hombre a verla —la informó la secretaria de recepción—. Se llama Eric Barnes. No tiene cita previa, pero insiste en hablar con usted. Dice que la conoce personalmente. Yo le he dicho que estaba muy ocupada, veré lo que puedo hacer.

Su primer impulso fue echar a correr, huir. Escapar por la puerta trasera y seguir corriendo... Suspirando, se frotó una sien. Tenía que

atender a aquel grupo de empresarios y el embajador había confiado en ella para que se hiciera cargo de todo durante su ausencia. La huida no era una opción.

—No sé cuándo terminaré aquí —le dijo a su secretaria—. Estoy esperando a que llegue el embajador. Pero dile al señor... al señor Barnes, que puede esperar si quiere.

Cortó la comunicación y de pronto se sintió como una condenada a la pena capital en el corredor de la muerte. Se volvió de nuevo hacia el grupo y estuvo charlando durante un rato más, riendo de cuando en cuando y mirando constantemente el reloj. Giró su sillón lo suficiente para que la vista del vestíbulo quedara bloqueada por la joven rubia del grupo.

Para cuando entró por fin el embajador y el grupo se levantó para saludarlo, Cassidy sudaba copiosamente.

—Disculpen el retraso. Estoy seguro de que Cassidy los habrá mantenido entretenidos durante mi ausencia.

Mientras los empresarios se deshacían en elogios sobre ella, el embajador le lanzó una sonrisa. Cassidy intentó devolvérsela, pero estaba tan tensa que sólo le salió una mueca. Antes de que su jefe pudiera darse cuenta de algo, abandonó reacia la habitación, respiró profundamente varias veces y se dirigió al vestíbulo.

Eric se había sentado, pero se levantó nada más verla. Cassidy hizo una seña a la secretaria de recepción, se volvió hacia él y le indicó que salieran. La siguió al exterior. Cuando ella se detuvo de repente y se giró en redondo, estaba tan cerca que tuvo que alzar mucho la cabeza para mirarlo.

Una profunda arruga vertical destacaba entre sus negras cejas. Una arruga nueva, que no recordaba. Tenía el pelo diferente. Sobresaltada, se dio cuenta de que estaba salpicado de gris.

Permanecía inmóvil ante ella, mirándola en silencio, obligándola a que fuera ella quien hablara primero. Las preguntas acribillaban la mente de Cassidy: «¿Por qué has venido? ¿Por qué, después de tanto

tiempo? ¿Por qué has tenido que aparecer ahora?».

Finalmente escogió pronunciar solamente dos palabras, que brotaron de su garganta en un ronco susurro:

— ¿Por qué?

Eric pareció encogerse. No físicamente, pero algo en su expresión cambió de pronto. Cassidy se inquietó. Aquello era nuevo para ella. Jamás antes había conseguido sorprenderlo.

— ¿Que por qué? —repitió—. ¿Por qué diablos me preguntas por qué? Soy yo quien debería preguntártelo. ¿Por qué, Cassidy?

Estuvo a punto de estallar en sollozos cuando lo oyó pronunciar su nombre, pero se contuvo. Se preguntó si realmente esperaría que le contestara. ¿Acaso no se daba cuenta de que si hubiera podido explicarle el motivo, años atrás, nunca habría huido, nunca se habría alejado de él? ¿Acaso no podía adivinar que la traición que le estaba ocultando pesaba sobre su alma como una carga insoportable?

Entreabrió los labios. Quizá le hubiera dicho algo en aquel momento. O no. Nunca lo supo, porque de repente Eric alzó una mano, la tomó de la nuca y la besó en la boca.

Fue como si se hubiera pasado años en la cárcel, purgando un delito que no había cometido... y de repente lo hubieran sacado a la luz del día para que sintiera la caricia del sol.

Cassidy se quedó rígida, mirándolo con los ojos muy abiertos, sorprendida. Eric los cerró y le acunó el rostro entre las manos. Sintió entonces que su tensión se aflojaba, que sus labios se suavizaban por momentos...

Le mordisqueó delicadamente el labio inferior y, cuando abrió la boca, deslizó dentro la punta de la lengua. Uno de los dos soltó un gemido. No supo quién.

La apoyó luego contra la pared, aprisionándola con su cuerpo. Pero, de repente, Cassidy pareció sacar fuerzas de flaqueza... y lo empujó. Eric la soltó y retrocedió un paso. Vio que tenía la cara tan colorada como los reflejos cobrizos de su larga melena. Respiraba

aceleradamente, a jadeos.

Cualquier otra mujer le habría gritado algo como: «¿Qué crees que estás haciendo, besándome a la puerta de la embajada, por el amor de Dios? ¡Yo trabajo aquí! ¿Y quién te crees que eres para besarme, para tocarme así? ¡Fuera inmediatamente de mi vista!».

Pero se hallaba ante Cassidy, cuyos sentimientos y emociones siempre estaban escritos en su rostro: no necesitaba expresarlos con palabras. De manera que Eric volvió a encogerse como si hubiera pronunciado realmente aquellas frases.

Y también se encogió por la fuerza del recuerdo. Quizá de aquellos tres recuerdos que nunca se permitía evocar. El primero, desde luego, acababa de golpearlo con toda su fuerza.

Cassidy, resplandeciendo de belleza en la fiesta de su decimosexto cumpleaños. Llevádoselo al pasillo, lejos de sus curiosas compañeras y de sus esperanzados compañeros. «Es mi cumpleaños», le dijo. «Pero soy yo quien tiene un regalo para ti. Felicítame». Y lo besó. Un beso inmaduro, poco experimentado. Cuando alzó las manos hasta sus hombros, tocándole el cuello, pudo sentir el temblor de sus dedos.

Su primer beso. Y el último. Hasta ahora.

—Cassidy, por favor, yo... —Eric vio que se giraba para marcharse—. Yo no he venido aquí para esto. Yo no quería que sucediera. Simplemente... te vi y... sucedió. Lo siento.

Había vuelto a agarrarla de un brazo. Le bastó una sola mirada para que volviera a soltarla.

—Mira, ni siquiera he venido aquí por mí —añadió.

Cassidy arqueó una ceja con expresión inquisitiva.

—Ya sé que estás trabajando. Y siento haberte seguido hasta aquí. Pero es que no sabía dónde vivías y necesitaba localizarte. ¿Querrás hablar conmigo después? Tengo que contarte algunas cosas —al ver que se disponía a negar con la cabeza, insistió—: Por favor. He hecho este viaje sólo para eso. Gilbert necesita tu ayuda. Ha convocado a un

grupo de sus antiguos alumnos, todos amigos tuyos, y ellos también quieren que colabores.

—Pero él a mí no me ha llamado.

—Tienes razón —repuso, sincero. De hecho, más de una vez se había preguntado por qué Gilbert no había llamado a Cassidy, su mejor alumna, que tanto tiempo había pasado con él y que tanto lo había admirado.

Pero Gilbert le había dicho por teléfono que no quería que Cassidy hiciera un viaje tan largo por su culpa. Por otro lado, el grupo de antiguos alumnos, Ellen Gardner sobre todo, se había mostrado convencida de que Cassidy lo dejaría todo para acudir al lado de su profesor. Eric se había tropezado recientemente con Ellen en Boston. Fue la única persona que le habló de la difícil situación que estaba atravesando Gilbert, y quien le sugirió que intentara recurrir a Cassidy.

También le preguntó por el «flechazo» que sospechaba había tenido con Cassidy en Saunders. Eric se habría reído de la expresión que utilizó si no hubiera sido por todo el sufrimiento acumulado.

—No —repitió—. Pero tus amigos insistieron en que había que localizarte. Y yo no pude menos que mostrarme de acuerdo.

Cassidy se volvió para mirar la puerta principal, preocupada tal vez por volver a trabajar... o buscando una vía de escape.

—¿A qué hora sales de trabajar?

Miró nuevamente a su espalda.

—¿A qué hora, Cassidy? Nos encontraremos aquí mismo.

No pensaba marcharse sin haberle arrancado antes una respuesta. Ella debió de adivinarlo por su expresión, porque al instante respondió:

—A las siete.

—¿A las siete?

—Habitualmente sí, pero esta noche tengo que...

—Pues nos veremos aquí a esa hora —la interrumpió.



Vio que asentía con la cabeza. Una parte de su ser anhelaba quedarse, para continuar admirando su hermosura. La mujer que recordaba no había sido tan bella.

Pero otra parte, la más desconfiada, la que había aprendido una dura lección, lo impulsó a espetarle:

—No tienes intención de estar aquí a las siete, ¿verdad? Vas a obligarme a perseguirte, que es la única cosa que mi orgullo me impediría hacer.

Cassidy se giró en redondo, abrió la puerta principal y desapareció rápidamente en el interior del edificio.

Eric se quedó donde estaba, como paralizado. Un rastro de su perfume permanecía en el aire: un aroma que ya había empezado a echar de menos, dejándole un doloroso vacío en el corazón.

## Capítulo 3

— ¿Embajador?

Alan Cole alzó la mirada de su escritorio con una simpática sonrisa.

— ¿Sí?

Cassidy le tendió unos mensajes impresos de correo electrónico.

— Quizá quiera echarle un vistazo a esto. Ya sé que todavía no son las siete, pero tengo que irme, así que...

El embajador se subió la manga de la chaqueta, miró su reloj de oro y frunció el ceño.

— ¿De veras? Bueno, no sé si...

— A no ser que necesite que me quede, claro —se apresuró a añadir Cassidy—. No es tan urgente que me marche ahora. No, no importa, me vuelvo ahora mismo a la oficina...

— Tranquila, ya va siendo hora de que te retires. Según mis cálculos, hoy sólo has hecho una jornada de trece horas.

La impresión que se había llevado al ver a Eric, la había dejado tan aturdida que no captó inmediatamente la broma.

— Insisto: vete ya. Has empezado antes del amanecer. Cualquiera en tu lugar ya se habría marchado —sonrió de nuevo.

Cassidy se relajó un tanto. El embajador Cole era un gran político y una gran persona. Su esposa había fallecido de cáncer de mama siete años atrás, y Cassidy, que por entonces llevaba poco tiempo trabajando en la embajada, había sido testigo de su dolor junto al resto de la plantilla. Después de aquello, el embajador se había refugiado en su trabajo para terminar erigiéndose en la primera voz autorizada de Estados Unidos en Gran Bretaña.

Hacía cerca de un año, se había convertido en pasto de rumores después de que lo vieran en compañía de una rubia impresionante durante una velada de ópera. Al final la rubia resultó ser sólo una prima suya, pero los periodistas de la prensa del corazón persistieron en su interés por el atractivo político, resentidos de su impecable discreción.

Alan Cole tenía el pelo corto, de un castaño salpicado de gris. Era de sonrisa fácil. Su afición al tenis, o más bien, en palabras de Cassidy, su obsesión por el mismo, lo mantenía en una excelente forma física. Su elegancia era legendaria. Y su carisma solía causar una profunda impresión en los líderes mundiales y políticos que lo conocían.

Por todo ello a Cassidy la sorprendió que se fijara en sus capacidades y con el tiempo llegara a convertirla en ayudante en jefe: su colaboradora más cercana. Estaba convencida de que uno de sus mayores éxitos profesionales había sido precisamente ganarse el respeto y la confianza del embajador Cole. Además de que se sentía inmensamente satisfecha, en el plano personal, de que la considerara y tratara como si fuera un miembro más de su familia.

Precisamente debido a esa cercanía, Cassidy era una de las pocas personas que sabían de la existencia de su nueva novia, una acuarelista que vivía en Brighton, cerca de la residencia de verano del embajador.

—Es más... —añadió en aquel instante el embajador Cole— yo mismo te recuerdo y te animo con frecuencia a que te retires a una hora decente, pero tú no me haces caso. Por eso me sorprende este comportamiento tuyo tan súbitamente razonable.

Cassidy no supo qué responder a eso. Ya era bastante malo que Eric Barnes hubiera aparecido, después de diez años, para besarla a la puerta de la embajada. No deseaba llamar más la atención. Por lo demás, sabía que si se inventaba alguna excusa, su sagaz jefe se daría cuenta.

—Supongo que utilizarás tu tiempo libre para prepararte para la fiesta de esta noche.

Cassidy se apresuró a aprovechar la coartada que acababa de ofrecerle.

—Desde luego. Estaba pensando en acercarme a la peluquería.

—Estupendo. ¿Sabes? A veces me preocupas, Cassidy. No me entiendas mal. Eres uno de mis mejores colaboradores, y ciertamente me gusta que seas así, pero... ¿no te parece que eres un poquito, digamos... adicta al trabajo?

Cassidy no pudo menos que soltar una carcajada.

—¿Usted me está llamando a mí adicta al trabajo?

—Está bien, está bien... Ya sé que no soy quién para decírtelo —suspiró—. Pero es que cuando te veo esforzarte tanto, no puedo evitar preguntarme si... si estás intentando demostrar algo. Espero que a mí no, por lo menos. Ya sabes que confío plenamente en tu capacidad.

—Lo sé, embajador, y le estoy muy agradecida...

—Pues no lo estés tanto —la interrumpió—. Te lo has ganado. Sin embargo... —vaciló—. ¿No crees que a lo mejor estás intentando demostrarte algo a ti misma?

Cassidy parpadeó asombrada, pero no respondió.

—Yo sé lo que son esas cosas —continuó el embajador—. Cuando falleció Natalie, me forcé hasta el límite, decidido a demostrarme a mí mismo que podía seguir adelante, que podía sobrellevarlo bien. ¿Y sabes qué? Resultó que tenía razón. Fui capaz de sobrellevarlo, pero en realidad no necesitaba esforzarme tanto, convertir mi vida en un verdadero frenesí, para aprender esa lección. Eso sólo consiguió ponérmelo aún más difícil.

Cassidy seguía sin decir nada.

—Quiero que sepas que puedes hablar conmigo cuando quieras. Si necesitas algo, si alguna vez necesitas un día o una semana libre, sólo tienes que decírmelo. No lo pasaría bien sin ti, pero me las

arreglaría de todas formas. Por tu bien.

—No sé, no entiendo por qué me está diciendo todo esto ahora...

—repuso lentamente Cassidy, dándose cuenta de que aquella frase era la misma que había gritado su mente unas horas antes, cuando Eric apareció de pronto. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no puedes dejarme en paz...?

—Pues porque me preocupas, porque me he fijado en ti durante este último tiempo y me he quedado preocupado. Es la expresión que tienes a veces, ese gesto tenso, crispado. Hoy mismo volví a verlo, hace un rato. Por eso me alegro tanto de que hoy te retires temprano. Quiero que disfrutes esta noche, que te diviertas.

Cassidy asintió con la cabeza.

—Y hablo en serio. Nada de perseguir al catering para hacerle observaciones sobre el paté, o para asegurarte de que las bandejas están llenas. Ni de excursiones al servicio para comprobar que no falta papel higiénico —al ver que alzaba una ceja, añadió—: No sospechabas que me fijaba en esos detalles, ¿verdad? —se echó a reír—. Mira, si esta noche no te diviertes... considérate despedida. Estás advertida.

Cassidy sonrió, la primera sonrisa sincera que esbozaba en todo el día. Sabía que el embajador Cole tenía, últimamente, muchas preocupaciones en la cabeza, como por ejemplo su iniciativa de paz para el conflicto irlandés. Y aun así le estaba dando todos aquellos consejos, por su propio bien.

Sin embargo, no estaba muy segura de cómo complacerlo. A la luz de los acontecimientos de la jornada, divertirse era lo último que se consideraba capaz de hacer. La sonrisa se evaporó de sus labios.

—Sí, señor —se volvió para marcharse.

—¿Cassidy?

Se detuvo en seco.

—¿Estás bien?

Alzó los ojos al techo en un esfuerzo por contener las lágrimas.

—Eso ya me lo ha preguntado, embajador.

—No. Te he manifestado mi preocupación, lo cual es diferente. Ahora sí que te lo estoy preguntando, si es que quieres decírmelo.

Cassidy se mantuvo de espaldas a su jefe, porque no solía mentir y estaba a punto de soltar la mentira más grande de su vida. Cuadró los hombros.

—Estoy tan bien como ayer. Igual —como el embajador se quedó callado, añadió con forzada alegría—: Pero le agradezco muchísimo su preocupación, de verdad. Lo veré esta noche.

—Adiós, Cassidy.

Fue una despedida breve, apenas un par de palabras, pero Cassidy reconoció el tono. Era el mismo tono pensativo, analítico, que utilizaba cuando lo entrevistaban en televisión sobre temas importantes de política exterior, y que sugería horas y horas de sesudas reflexiones.

Cassidy se colgó su pesado maletín de piel al hombro, abrió la puerta principal y empezó a caminar con paso enérgico. Habría preferido echar a correr: lanzar su bolso y sus botines de tacón al césped del jardín y salir disparada como un bólido. No quería arriesgarse a que Eric apareciera antes de tiempo y la sorprendiera huyendo de él... una vez más.

No. Mantuvo un paso ligero pero natural, mientras miraba discretamente de reojo en todas direcciones. Nada. Volvió incluso la cabeza, pero Eric no estaba por ninguna parte.

Recorrió con la mirada los edificios de la embajada, recordando la primera vez que entró en aquel recinto. En aquel entonces había buscado refugio huyendo de Saunders, de su propio pasado, de los errores que había cometido. Ahora, sin embargo, se sentía inerme ante aquel pasado, como si aquella larga huida no le hubiera servido de nada.

Debería haberlo adivinado. Y quizá, en el fondo de su mente, siempre lo había sabido. Era por eso por lo que se había esforzado

tanto por dejar de pensar, para dejar de analizarse. Ahora, sin embargo, la fortaleza que había levantado en torno a su corazón se estaba desmoronando. Se estremeció bajo su abrigo de color burdeos. Contempló la vasta plaza Grosvenor, con la estatua de Franklin Roosevelt brillando a lo lejos, antes de enfilarse hacia Oxford Street.

Una imagen de Eric asaltó su mente y, por primera vez, no fue la del licenciado universitario o la del entusiasta profesor ayudante, impartiendo una clase pero transmitiéndole al mismo tiempo una señal secreta, con los ojos. A ella y sólo a ella.

No, era una imagen de un Eric que nunca había visto antes, y que tampoco quería volver a ver. Eric el hombre, el hombre de pelo salpicado de gris. El hombre con el corazón desgarrado por la mujer que amaba.

No. Cassidy apretó los dientes. Tenía que pensar en cualquier otra cosa para distraerse... Franklin D. Roosevelt. Intentó llenarse la cabeza de datos históricos para ahuyentar aquella imagen. El New Deal... Era increíble, pero no recordaba bien lo que era. Le fallaba la memoria...

Oxford Street era el zoológico turístico de costumbre. Mientras caminaba entre los turistas despistados, suspiró de alivio. Hasta entonces no se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento. En medio de aquella multitud, nadie se fijaría en una mujer de abrigo burdeos con un maletín de piel.

«¿Por qué, Cassidy?». La voz de Eric resonó en su mente, reverberando una y otra vez. «¿Por qué, Cassidy?». De repente escuchó otra voz, la desagradable, desdeñosa y lasciva de Randall Greene. «No sabía que fueras tan buena como parecías. Las vírgenes nunca suelen selo, ¿sabes?».

Ahogó el sollozo que le subía por la garganta y se obligó a caminar más rápido.

—Vete, Eric —pronunció en voz alta, ajena a las miradas de

curiosidad de los otros peatones. La estación de metro de Bond Street sólo estaba a una manzana de distancia. Fue repitiendo las palabras al ritmo de su paso—: Vete, Eric, vete, vete...

Londres era su ciudad. El lugar al que pertenecía. Eric se marcharía. Tenía que hacerlo. Ahora recordaba más cosas de Franklin D. Roosevelt. Había sido elegido presidente el año de...

De repente se quedó mirando con ojos desorbitados el letrero de la calle: Gilbert Street. ¿Lo habría visto antes? Seguramente. Pero su cerebro no lo había asociado con su antiguo profesor y amigo. Cerró los puños dentro de los bolsillos, furiosa con todo. Furiosa con su ciudad por haber fracasado en protegerla. Sabía que su método de no pensar ya no la salvaría de sí misma.

Echó a correr y bajó al metro.

Cuando Cassidy echó inesperadamente a correr, Eric maldijo y apresuró el paso. Vio que mostraba al taquillero del metro un pase especial. Afortunadamente había hecho una buena provisión de billetes, así que no perdió el tiempo en la cola.

El tren estaba entrando justo cuando Cassidy llegó al andén, y a Eric no le costó mucho trabajo abrirse paso hasta que se coló en el mismo vagón. Estaba tan abarrotado de gente que ella habría tenido que girarse por completo para descubrirlo. No lo hizo, aunque parecía estar viviendo una verdadera crisis nerviosa, a juzgar por la fuerza con que se agarraba a la barra o la frecuencia con que se apartaba un invisible mechón de pelo de los ojos.

«Bien», pensó Eric. Se alegraba de ello. Él había sufrido mucho y durante mucho tiempo. Provocarle un ataque de nervios a la mujer que había amado venía a ser una especie de modesta venganza. Estaba tan concentrado observándola, viendo cómo se abría paso hacia la puerta tres paradas después, en Holborn, que por poco la perdió. Saltó al andén en el último momento.

Salieron de la estación de metro. El barrio era mucho menos bullicioso que el anterior, de manera que Eric amplió la distancia de



separación. Los edificios tenían portales de piedra arenisca roja, con puertas de madera y aldabas de bronce que le recordaron a Boston.

Boston. Allí era donde debería estar en aquel momento, trabajando, y no al otro lado del océano, persiguiendo a una mujer que seguía huyendo de él.

Cassidy se detuvo bruscamente y subió los escalones de entrada de un edificio. Eric se apartó con rapidez, refugiándose en el portal de una pequeña repostería italiana. Desde allí la vio sacarse unas llaves de un bolsillo y mirar por encima del hombro antes de entrar.

Entró en el local y pidió un cappuccino, sin dejar de vigilar la gran ventana del edificio. Salió afuera con su taza y un mapa de Londres en la mano. Descubrió que estaba en Bloomsbury y averiguó la ruta que tendría que tomar para regresar al hotel. Veinte minutos después se acercó al edificio, se sentó en el escalón más alto de la entrada y esperó.

No llamaría al timbre, porque entonces le pondría muy fácil que no lo dejara entrar. Era mejor esperar a que saliera. Desde el principio había resultado evidente que no había tenido ninguna intención de asistir a su cita de las siete. Y, naturalmente, si se hubiera quedado en la embajada más allá de aquella hora, él la habría esperado todo el tiempo que hubiera sido necesario. Por eso se había escapado antes de tiempo.

Estaba decidido a hablar con ella. Había ido allí por Gilbert, por supuesto. Pero también por él mismo. El profesor se encontraba en una situación compleja y desesperada. Eric, en cambio, sólo quería una explicación para un error, para una injusticia, cometida hacía mucho tiempo. Pero si empezaba a interrogarla sobre su huida de Saunders... ¿no conseguiría con ello que se negara a volver para ayudar a su desventurado profesor, que tanto la necesitaba? Eso no sería justo.

¿Podría Eric ser tan egoísta? Gilbert siempre había sido un maestro y un amigo para él. Para él y para muchos otros alumnos

suyos. No. Mientras esperaba sentado en aquel frío escalón de piedra, tomó una decisión. Hablaría con Cassidy de Gilbert. De su profesor y de nadie más que de su profesor.

Así ella no tendría que decirle nada, ni dirigirle la palabra siquiera. Haría las maletas y él se limitaría a acompañarla hasta Massachusetts. Y entonces se alejaría de ella y seguiría adelante con su vida, retomaría su rutina. Sí.

Alzó la mirada al cielo, intentando discernir si su color oscuro se debía a la amenaza de lluvia o a que se estaba haciendo de noche. Esperaba que fuera lo último. Aquella mañana, Londres lo había recibido con un tiempo lluvioso y deprimente. Volvió la cabeza y miró la fila vertical de timbres.

Se disponía a buscar el nombre de Cassidy cuando de repente se le ocurrió algo: quizá no vivía sola. Era algo que en ningún momento se le había pasado por la cabeza, durante su largo viaje a través del océano.

Quizá vivía con un hombre, que había estado esperando su vuelta a casa. Un hombre que le preguntaría cómo le había ido el día. ¿Estaría besándolo Cassidy en aquel momento, o dejándose de besar, como había hecho apenas unas horas antes con él? Apretó la mandíbula. ¿A quién le importaba?

Se levantó de un salto y contempló la fila de timbres. El letrero *C. Maxwell* figuraba en el superior. Y no había ninguno más. Por supuesto, eso no significaba que no compartiera la residencia con algún amante.

Volvió a sentarse. No sabía nada de su vida amorosa, ni lo sabría, por cierto. Ella no le diría nada por propia voluntad, y él tampoco se lo preguntaría.

Aquel beso... ¿por qué la había besado? En el calor de la pasión, había perdido de golpe todo el aplomo que habría debido conservar para poder interrogarla, y descubrir finalmente la verdad. Pero aquel beso... ¿cómo habría podido no besarla? No podía olvidarse de ella.

Intentar superar su recuerdo había sido todo un desafío, un arduo y doloroso proceso, y ahora todo volvía a estar como antes.

Se quedó allí sentado, en el portal, durante cerca de hora y media.

Seguía sentado cuando Cassidy salió al fin. Al principio no lo vio, mientras se daba la vuelta para cerrar. Llevaba un abrigo negro bajo el brazo. Abrió su pequeño bolso de lentejuelas doradas y guardó dentro las llaves. Se giró en el instante preciso en que Eric se incorporaba.

Paralizada de sorpresa, una expresión mezclada de nerviosismo e irritación empezó a dibujarse en su rostro. Con una mano en el picaporte, se dispuso a entrar de nuevo.

—No, por favor... Por favor, Cassidy. Necesitaba hablar contigo. Sabía que no acudirías a la cita.

Cassidy soltó un suspiro de irritación. Pero Eric bajó la mirada, recorriendo su cuerpo, y se olvidó de su hostilidad. Llevaba un vestido que le cortó el aliento. Le dejaba los brazos y los hombros al descubierto, a excepción de los finos tirantes. Sus senos, de un tono cremoso levemente más subido que el satén del vestido, quedaban resaltados por el ajustado corpiño. La falda caía en vaporosos volantes, cerrada en diagonal. Las sandalias de cinta dorada remataban el conjunto, dándole un aspecto de diosa romana.

Volvió a clavar los ojos en su rostro, enmarcado por la melena que se derramaba en delicadas ondas cobrizas hasta rozarle los hombros. Parecía sorprendida. ¿Por qué? Si años atrás había adorado su belleza adolescente, aniñada, era normal que reaccionara de aquella forma ante su hermosura de mujer adulta.

De repente Cassidy se recuperó, alzó un brazo y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Taxi!

Y bajó los escalones. Hasta que Eric la agarró de una muñeca.

—¿Qué haces? ¿Es que no puedes dedicarme un minuto de tu tiempo? —viendo que vacilaba, añadió—: Lamento haberte seguido,

pero es que necesitaba hablar contigo y no tenía otra manera de localizarte.. Escúchame de una vez, ¿quieres? No tienes que...

Se interrumpió. Cassidy lo miraba con sospecha, pero al menos no volvió a llamar al taxi. Eric le soltó la muñeca y se pasó las dos manos por el pelo.

—No tienes que decirme nada, ¿de acuerdo? Me equivoqué. Me equivoqué al preguntarte por qué... por qué te marchaste. Y también al besarte como lo hice. Pero nada de eso importa ahora. ¿Cómo podría importar?

Cassidy no contestó. Tampoco él lo esperaba.

—No importa porque no es por eso por lo que he venido, por lo que tenía que hablar contigo. He venido por Gilbert Harrison, solamente por él. ¿Podemos ir a algún lugar tranquilo? Sólo serán veinte minutos, te lo prometo. Entonces podrás irte a donde sea. A no ser... que hayas quedado con alguien para que te recoja.

Para su alivio, Cassidy negó con la cabeza.

—De acuerdo, entonces. ¿Podríamos tomar una copa en algún lado?

Cassidy apretó los labios, pensando. Hasta que señaló vagamente con la cabeza el otro lado de la calle.

—Después de ti —dijo él.

Asintió y dio el primer paso. Eric la tomó caballerosamente del brazo, rezando para que no lo rechazara. En silencio, se dejó llevar.

Atravesaron la calle y llegaron a un pub llamado El Caballo Negro. Nada más abrir la puerta, se oyó el griterío de los aficionados que estaban viendo un partido de fútbol en la televisión. Pero cuando entró Cassidy, se hizo un momentáneo silencio de asombro y admiración. Fue ella la que lo guió hasta una mesa del fondo, en una esquina. Una vez sentados, y tan pronto como Cassidy quedó fuera de su vista, los aficionados volvieron a su algarabía habitual.

La camarera no tardó en servirles las cervezas. Cassidy bebió un sorbo. Eric apretó la mandíbula y resistió el impulso de beberse

media pinta de un solo trago. En lugar de ello, tomó también un sorbo y se aclaró la garganta.

—Gilbert está a punto de perder su trabajo — empezó.

Evidentemente no se había esperado escuchar eso. Se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Por qué?

—Por una sucia maniobra. El nuevo presidente del consejo universitario, Alex Broadstreet, la tiene tomada con Gilbert, y parece que ha conseguido convencer al resto. Todos ellos piensan que Gilbert está... bueno, anticuado. No les gusta el trato tan cercano que tiene con los estudiantes. Supongo que piensan que debería mantener un comportamiento profesional distante. Quieren sustituirlo.

Cassidy bebió otro trago de cerveza, mientras asimilaba la información.

—No se despide a un profesor por esas razones. Tiene que haber algo más —dijo como si fuera un hecho irrefutable.

—Efectivamente —le dio la razón Eric—. Al consejo han llegado rumores sobre cierto... —dibujó unas imaginarias comillas con los dedos—«irregularidad» por parte de Gilbert, y no les gusta lo más mínimo.

Cassidy lo miraba sin comprender.

—¿Cómo?

—Una irregularidad. Al parecer ayudó a un candidato que no se lo merecía a conseguir una beca.

—Eso no puede ser cierto —lo interrumpió Cassidy.

Eric arqueó las cejas. Cassidy no solía interrumpir a sus interlocutores. Al menos nunca lo había hecho, desde que la conocía. Siempre escuchaba primero, esperando su turno para hablar.

—En cualquier caso, el consejo está intentando desbancarlo de su posición, y todo apunta a que pretenden hacerlo de la manera más deshonrosa posible.

Cassidy sacudió la cabeza, indignada. Un mechón de pelo le cayó sobre un ojo, y se lo apartó bruscamente antes de que Eric tuviera tiempo de retirárselo.

—Luego, justo antes de que me marchara, me enteré de una cosa. Gilbert ha estado trabajando en representación de un benefactor. Un personaje anónimo, rico y generoso, decidido a ayudar a estudiantes con talento y en condiciones desventajosas. Yo no sé quién es ese benefactor —continuó—. Pero Gilbert ha llamado a testificar en su favor a un grupo de antiguos estudiantes de Saunders, esperando demostrar al consejo universitario que el dinero invertido en su educación ha redundado en beneficio de toda la comunidad. Y que todos han utilizado su talento en interés de los demás. Con ello tal vez pueda conservar su trabajo.

—Pero a mí no me llamó —dijo Cassidy por segunda vez aquel día.

—No —concedió Eric—, pero porque me dijo que no quería que te tomases tantas molestias e hicieras un viaje tan largo, eso es todo.

Cassidy se quedó callada durante un buen rato. Demasiado incluso para ella. Cuando volvió a hablar, fue únicamente para repetir sus últimas palabras:

—Ya. Eso es todo.

Eric se quedó un tanto confundido por su reacción, pero procuró no darle demasiada importancia. Aquel día había tenido ya mil aspectos que lo habían desconcertado lo suficiente.

—Me encontré con Ellen Gardner en Boston, que es donde trabajo —en aquel momento tomó repentina conciencia de que Cassidy no sabía absolutamente nada de su vida actual, y eso lo entristeció—. Soy economista y asesor político.

Cassidy asintió, aparentemente nada sorprendida. Al fin y al cabo, antes había sido profesor ayudante y doctor en Ciencias Políticas.

—Así que cuando me encontré con Ellen — continuó Eric—, me

contó lo que estaba pasando y que todos tus antiguos compañeros estaban de acuerdo en que tenías que regresar a Saunders. Ellos... te echaban de menos. Necesitaban que testificaras a favor de Gilbert, y yo mismo pensé que debías utilizar esa inteligencia tan brillante que Dios te ha dado para ayudarnos a resolver el misterio del benefactor.

Cassidy había empezado a sacudir la cabeza antes incluso de que él terminara de hablar.

—¿Qué pasa? No irás a decirme que te niegas. Tú eras su mejor alumna. Trabajabas para él con una beca. Te pasabas todo el tiempo en su despacho. Tú fuiste testigo de cómo lo adoraban sus alumnos, de cómo lo admiraban. Tú viste...

—Soy consciente de lo que vi —otra vez lo había interrumpido. Parecía estar librando una dura batalla interior.

—Su esposa falleció hace poco. Su trabajo lo es todo para él. Necesita ayuda. Te necesita —insistió Eric. «Y yo también te necesité, maldita sea», añadió para sus adentros. «¿Dónde estabas entonces?».

Se hizo otro largo silencio.

—Le escribiré una carta —dijo al fin.

—¿Que harás qué?

—Escribir una carta. Al presidente del consejo universitario.

«¿Estás de broma?», quiso gritarle. «He venido hasta aquí después de todo este tiempo, he desnudado mi alma, te he besado y... ¿eso es todo lo que se te ocurre hacer?». Pero no expresó nada de eso en voz alta.

—No creo que eso sea muy eficaz.

—Pero...

Esa vez fue el turno de Eric de interrumpirla:

—He oído hablar de ese Broadstreet. Al parecer la tiene tomada con Gilbert, y es un tipo implacable, despiadado. Como si escribes la carta más elocuente del mundo, Cassidy. Una carta es algo que cualquiera puede meter en un cajón y olvidarse. Lo único que puede ayudarnos es un testimonio personal, cara a cara.

—No puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

Cassidy cerró la boca.

—¿Que no puedes dejar el trabajo, quieres decir? Podemos resolverlo todo en un fin de semana de tres días. Sólo tendrás que tomarte un día extra —al ver que estaba sacudiendo de nuevo la cabeza, hizo otro intento—. ¿Es por el precio del billete? Yo te lo pago —al ver su expresión, añadió—: O puedo prestártelo, si así te quedas más tranquila.

—No.

—Entonces ¿de qué diablos se trata? ¿Tienes algún perro que necesites dejar con alguien? ¿Algún novio que no pueda permanecer setenta y dos horas separado de ti?

—No.

Cassidy apretó la mandíbula.

—Ninguna de las dos cosas. No voy a volver allí.

—¿Volver allí? ¿A Saunders?

No contestó. Pero esa vez no sacudió la cabeza, así que Eric lo interpretó como un «sí».

—¿Por qué no? A ti te encantaba Saunders. Nadie adoraba tanto la universidad como tú. Tenías un millón de amigos. Estabas implicada en un millón de actividades: asociaciones de estudiantes, clubes deportivos, tutorías... Nunca bajabas el ritmo. Siempre estabas contenta, feliz, y hacías mil cosas a la vez...

—Para —se tapó los oídos con manos temblorosas, como cuando era niña—. No, no voy a volver allí —repitió, con la cabeza baja.

Se la quedó mirando fijamente. Cassidy había sido una estudiante modelo. Había sacado las mejores notas en todas las asignaturas. Eric recordaba que, cada vez que atravesaba el campus en su compañía, siempre había alguien gritándole. «Eh, Cassidy, vendrás después a la reunión, ¿no?». O bien: «Cassie, ¿me dejarás los apuntes de matemáticas esta mañana?». Y Cassidy saludaba y bromeaba con



todos ellos.

Excepto al final. Durante aquel último semestre, cuando apenas la vio. Las pocas veces que se había tropezado con ella, la había visto apagada, gris, aturdida. Le había dicho que estaba ocupada, trabajando mucho, que necesitaba hacer ese último esfuerzo para licenciarse...

Y ahora... ¿qué le estaba diciendo? Que no pensaba regresar a Saunders.

—Cassidy —le dijo, pero ella seguía tapándose los oídos con las manos. Se las retiró con delicadeza, apretándoselas por un momento. Todavía le temblaban un poco. Se las miró: la leve luz del pub le impedía ver sus pecas, si acaso todavía las tenía...

No la miró a la cara. Tenía miedo de abrassarla con la mirada. Ignoró la solemne promesa que se había hecho a sí mismo y le había hecho a ella al principio de la conversación. Tenía que saberlo.

—Cassidy, ¿qué sucedió?

Ella retiró bruscamente las manos.

—Algo te pasó. Cuéntame lo que fue.

—Tengo que irme. Me estoy retrasando —se levantó de golpe de la silla.

Eric cerró los ojos, aspiró profundamente y volvió a abrirlos.

—Lo sé. Perdona.

Él también se levantó. Vio que ya había metido un brazo en el abrigo y no conseguía meter el otro. Se apresuró a sostenérselo.

—Estás preciosa.

Cassidy se giró para mirarlo. No estaba furiosa. Muy al contrario, parecía a punto de llorar. Parpadeó varias veces.

—Supongo que irás a algún sitio elegante.

—A una... una fiesta —sonrió. No supo por qué, pero se sintió obligada a explicárselo—: En la residencia del embajador.

—Espero que te lo pases muy bien —le dijo, cortés.

—No, en realidad se trata de... un trabajo.

—A un trabajo no se lleva un vestido así —fue la respuesta de Eric.

## Capítulo 4

Ahora que su pasado había irrumpido de golpe, invadiendo su vida cuidadosamente reconstruida, el único refugio que le quedaba era la oscuridad de su habitación.

Se acurrucó bajo las mantas, estremecida, tapándose la cabeza con la sábana. Hacía mucho tiempo que no hacía eso. En Saunders, durante aquel fatídico y último semestre, la cama había sido el único lugar donde había podido estar. La convalecencia tras la extracción de las muelas del juicio, las cuatro en una sola sesión, había sido dura, pero afortunadamente los analgésicos la habían dejado sumida en un estado de constante sopor.

Y después, cuando sobrevino un dolor mucho más profundo, la pesadilla de su vida..., decidió recurrir también a los calmantes.

Aquellos recuerdos llevaban mucho tiempo enterrados. Hasta ese día, cuando Eric... Aquella noche le había dicho que estaba preciosa, la había mirado como antes solía hacerlo... Le había abierto galantemente la puerta del bar, ella le había dado las gracias y acto seguido se había marchado en un taxi.

Finalmente había ido a la fiesta y se había pintado una sonrisa en la cara en beneficio del embajador, a quien más de una vez había sorprendido mirándola con expresión pensativa. «Estoy perfectamente», había pretendido decirle con aquella falsa sonrisa. La comida había sido deliciosa, el vino perfecto y la gente encantadora. Pero Cassidy no había podido esperar para marcharse a casa. A la cama.

Aferró la sábana con las dos manos. No quería salir de allí. La cama era el único lugar donde quería estar, olvidada de todo. Había

adoptado aquella costumbre durante aquel último semestre en Saunders, un verdadero cambio para la alumna alegre y extrovertida que había sido hasta entonces. La chica alegre y extrovertida había ignorado un insistente dolor de muelas durante meses, entusiasmada ante las posibilidades que se le abrían, inminentes: un trabajo maravilloso, una vida maravillosa. En el fondo había sido consciente de que el dolor era una cosa seria, de la que debía preocuparse, pero no había querido bajar el ritmo.

Hasta que, una mañana, se despertó con un dolor que se extendía desde la boca hasta su oído izquierdo, y se derrumbó. El dentista le dijo que tenía infectada una muela del juicio. Había que extraerla inmediatamente. Y que lo mejor era extraerlas todas a la vez. Cassidy se mostró conforme. Sí, mejor todas a la vez. Sólo tardaría un fin de semana en recuperarse, y luego...

Pero no fue un fin de semana: fue más tiempo. El dolor la mantuvo alejada de las clases durante más de una semana entera. Se negó a aceptar ayuda de sus compañeras de habitación, de sus amigos, de Eric, porque no quería que la vieran así, con la cara toda hinchada, colorada, dolorida. Se había retrasado en sus estudios, y como era la primera vez que le sucedía algo así, no había sabido aceptarlo. El resultado fue un cúmulo de errores, uno tras otro...

«Sigue así, así, así...», había jadeado Randall contra sus labios. «Buena chica. Te mereces un sobresaliente por el esfuerzo».

Cassidy se apretó la cabeza con las manos, conteniendo el llanto ante aquel recuerdo. ¿Y ahora Eric le estaba pidiendo que volviera a Saunders? Profesaba un gran cariño a Gilbert, el viejo profesor y amigo, que había perdido a su esposa y ahora estaba a punto de perder su empleo. Recordaba bien el día que cambió para siempre su relación. El día en que ella descubrió su secreto. Era algo que no había tenido nada que ver con Cassidy, por supuesto, pero se sintió terriblemente decepcionada. Nunca había imaginado una debilidad tan humana en el profesor Gilbert Harrison. No mucho después, fue

ella la que tuvo debilidades y cometió errores, y muy graves.

Lo cual le permitió comprenderlo un poco mejor, aunque para entonces ya era demasiado tarde.

Gilbert no la había llamado. Resultaba obvio que no quería que regresara. Probablemente en aquel preciso momento estaría tan preocupado como ella. Sabía que Cassidy conocía sus secretos, pero al mismo tiempo ignoraba que ella tenía los suyos propios, mucho más repugnantes, y que no le atañían para nada. De modo que respiraría tranquilo cuando Eric regresara para informarle de que no tenía ninguna intención de volver a pisar el campus.

Apretó los dientes. Le dolieron las muelas, recordándole el dolor sufrido, los analgésicos, el sopor, el aturdimiento, la desesperación...

«Oh, Cassidy», oyó gemir a Randall en su recuerdo. Se tiró del pelo con fuerza, torturada por aquella voz. «Cassidy, Cassidy...».

—¡Cassidy! ¡Cassidy!

—No —dijo ella.

—Cassidy, despierta.

Tenía algo en la mano. ¿Qué era? ¿El teléfono? ¿Cómo había llegado hasta allí? El pelo enredado le tapaba la cara.

—¿Qué? ¿Eric?

—No, Cassidy, soy el embajador Cole.

—¿Qué? Oh —sacudió la cabeza—. ¿Embajador? ¿Se me ha hecho tarde? —miró el reloj despertador, pero sin las lentillas no podía leer los dígitos. No entraba luz en la habitación.

—No, en absoluto. Soy yo quien te ha llamado temprano, sobre todo teniendo en cuenta que es sábado y ayer la fiesta terminó muy tarde.

Cassidy se acercó el reloj para leerlo. ¿Las cinco y media? Los sábados también trabajaba, pero no solía empezar antes de mediodía.

—¿Qué pasa? ¿Ha estallado una guerra? —fue lo primero que se le ocurrió a su cerebro aturdido. Se sintió como una estúpida cuando

lo oyó soltar una carcajada.

—No, no. Pero me complace informarte de que se trata precisamente de todo lo contrario. He recibido nuevas noticias sobre nuestra iniciativa de paz para el conflicto irlandés.

—¿Y?

—Al parecer las facciones enfrentadas se la están tomando muy seriamente.

—¿De veras? —la importancia de lo que le estaba diciendo se impuso a su cansancio, y de repente abrió mucho los ojos—. Eso significa que...

—Eso significa que lo hemos conseguido. Pero, en cualquier caso, todavía queda mucho trabajo por hacer. Hoy necesito a toda la plantilla de la embajada al completo a primera hora.

—Convocaré a todo el mundo a las siete.

—Bien. Tendrás que cambiar de arriba abajo la agenda y crear una nueva para los próximos días. Flexible, por supuesto, según se vayan desarrollando los acontecimientos. A las tres tendremos una reunión general. Hay varias llamadas que quiero que hagas...

Cassidy encendió la lámpara y sacó lápiz y papel de la mesilla. Fue tomando rápidamente nota de las instrucciones del embajador, mientras la adrenalina empezaba a correr por sus venas.

Era un momento histórico. Sin saberlo, su jefe le había hecho un gran favor. Le había dado una razón para levantarse de la cama.

Eric se sentó en la pequeña pastelería italiana con una taza de té en la mano, un pastelillo delante, un periódico en el regazo... y el edificio de Cassidy a la vista.

Había vuelto la noche anterior al hotel. Allí había estado haciendo zapping con la televisión, para distraerse. Nada había conseguido distraerlo. Se había quedado dormido en el sofá, sin camisa, con los pantalones del traje puestos.

Se despertó antes del alba, pero no se dio cuenta de ello hasta que recorrió las cortinas y vio que el cielo seguía tan oscuro como antes.

En aquel momento tomó conciencia de que era muy probable que nunca más volviera a ver a Cassidy. ¿Qué otro motivo tenía para quedarse en Londres? Le había descrito la situación en Saunders y ella se había negado a hacer el viaje. Había llegado, pues, la hora de marcharse.

Pero en lugar de hacer el equipaje para salir temprano, se puso unos vaqueros y un suéter y abandonó el hotel. Tomó la única línea de metro que conocía: la que llevaba a casa de Cassidy. Si alguien le hubiera preguntado por qué, no habría sabido qué responder. Quizá para verla una última vez más, simplemente.

En aquel instante bajó la mirada al diario. Un artículo concreto atrajo su atención, reteniéndola durante varios segundos..., precisamente cuando Cassidy salía del edificio y cruzaba la calle hacia la pastelería.

Levantó la cabeza justo en el instante en que ella lo descubrió a su vez. Mirándolo con la boca abierta, se acercó rápidamente a su mesa. Eric llegó a temer seriamente que le lanzara a la cara la taza que llevaba en la mano

—Te juro que no sabía que ibas a entrar —se apresuró a asegurarle—. Ayer me tomé aquí un estupendo *cappuccino*. ¿Cómo iba a saber que solías venir? Además, a ti nunca te ha gustado el café...

—Es té —le informó sin alterarse. Se sentó frente a él y se le quedó mirando con una cierta expresión de resignación. Luego desvió la vista hacia la ventana, aparentemente absorta en sus reflexiones.

Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada. Cassidy bebía su té a sorbos y Eric terminó de comerse su pastelillo. Llegó a experimentar una extraña e inesperada sensación de comodidad, como si formaran un veterano matrimonio y estuvieran desayunando en uno de sus lugares preferidos. Intentó memorizar su rostro. Otra vez. Para atesorarlo durante los diez años siguientes que estaría sin verla, por lo menos.

—¿Te importaría sonreír? —le pidió en un impulso.

Aquello lo tomó desprevenida.

—Sólo una sonrisa —insistió—. Piensa en algo bonito y sonríe.

Casi podía ver su cerebro trabajando a toda velocidad. Transcurrieron varios segundos y seguía pensando, tensa.

—Ya casi lo tienes... Déjame ayudarte. ¿Te acuerdas de... lo de la rana?

Otro largo silencio. Hasta que de repente sonrió.

—Así me gusta —aprobó Eric—. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí.

Eric sonrió también. En aquel entonces él debía de tener unos trece años, y los padres de Cassidy se lo habían llevado a pasar el día en Long Island, en compañía de unos familiares. Jugando a la orilla de un arroyo, encontró una pequeña rana. Como daba la casualidad de que acababa de ver un documental sobre ranas en la televisión, aprovechó la oportunidad para dar una clase de biología a Cassidy y a sus primos.

Pero la clase quedó interrumpida cuando la rana, molesta, hizo sus necesidades directamente en su mano antes de escaparse de un salto.

De repente vio que se ponía seria.

—Tengo que irme.

—¿Otra vez?

—A trabajar.

—¿A esta hora? ¿Un fin de semana?

—Ha surgido algo.

—¿El qué?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué? ¿Se trata de un gran secreto de estado?

—No puedo hablar de ello...

—¿Te refieres a este secreto? —Eric levantó el periódico y le mostró el artículo que había llamado su atención unos minutos



antes, en la primera página.

Cassidy leyó en silencio los titulares: *Las partes enfrentadas analizan el plan de Cole*. No sabía que la noticia se hubiera filtrado a la prensa. El embajador no se lo había mencionado.

—Toma —Eric dobló el periódico y se lo entregó—. Puedes leerlo después, si quieres.

—Gracias —apuró su taza y se levantó. Lo miró directamente a los ojos—. Yo... voy a estar muy ocupada.

—Ya lo suponía.

—Así que no...

Cassidy no llegó a terminar la frase, pero esperaba fervientemente que su significado estuviera suficientemente claro. «No voy a poder hablar contigo, ni verte. Ya es hora de que te vuelvas a casa».

—Entiendo —dijo Eric.

Una vez superada la impresión inicial que le había provocado su aparición, de repente la idea de que fueran a separarse de nuevo le resultó insoportable. No podía comprenderlo, porque durante los últimos años no había hecho otra cosa que escapar de él, ocultarle su más íntimo secreto... Pero una nueva separación resultaba tan difícil como la primera, pese a todo el tiempo transcurrido.

Sintió que al menos le debía una disculpa. En un impulso, le tomó una mano. Era cálida, suave. Podía sentir su pulso bajo la piel.

—Lo siento —murmuró con voz apagada. Y se marchó.

«Lo siento», repitió Cassidy para sus adentros, irónica, mientras caminaba a toda prisa, enjugándose las lágrimas ¿Cómo podían un par de palabras aliviar el dolor de una herida como la suya?

«Una simple disculpa no conseguirá frenarme», pensó Eric en aquel momento. Había atravesado el océano para hablar con Cassidy. Y no se marcharía sin ella.

Además, la había hecho sonreír. Lo cual le había dado una esperanza.

Recorrió media manzana, compró una tarjeta de teléfono y llamó a Estados Unidos desde una cabina.

—Ambas partes están considerando actualmente la iniciativa de paz que les propuse —declaró el embajador Cole alzando la voz, para que todos pudieran escucharlo en la sala abarrotada de gente.

Cassidy, sentada a su derecha, tomaba abundantes notas, mientras el embajador informaba a sus empleados de todo lo que iba a necesitar de ellos durante las próximas semanas, que era mucho. A pesar de las exigencias del trabajo, el entusiasmo de la plantilla se podía palpar. Estaban viviendo y protagonizando un momento histórico.

Cassidy compartía aquella sensación. Con cada palabra del embajador que escuchaba y apuntaba, las últimas veinticuatro horas iban quedando más y más atrás. El trabajo acudiría en su auxilio. Como siempre.

El embajador Cole los informó de que se había entrevistado durante la mañana con todos los jefes de misión. El departamento de Estado enviaría a varios expertos de Washington para revisar y pulir el texto de la propuesta, y se esperaba que la mayoría llegara el lunes por la mañana.

—Afortunadamente —continuó—, ha dado la casualidad de que uno de los mejores asesores se encontraba en Londres por otros asuntos. Debe de estar a punto de llegar. Le he pedido que viniera y... Ah, ya está aquí.

Cassidy alzó la mirada para ver al hombre de traje negro y maletín que acababa de entrar en la sala. Cerró con fuerza los ojos. No debía de haber dormido lo suficiente la noche anterior. Estaba viendo visiones. Creía haber visto a Eric.

—Les presento a Eric Barnes —continuó el embajador—. Economista y asesor político residente en Boston.

«Todo esto no puede estar ocurriendo», exclamó Cassidy para sus adentros.

—Con el señor Barnes aquí, en Londres, ya podemos comenzar con los puntos económicos de la iniciativa. Cassidy, ¿serías tan amable de atender al señor Barnes en todo lo que necesite?

Cassidy se dijo que, por lo que parecía, el señor Barnes ya se las había arreglado bastante bien solo.

—Desde luego, embajador.

Vio que Eric se limitaba a asentir, muy serio. Le entraron ganas de lanzarle el bolígrafo a la cabeza.

Se dio cuenta de que el embajador seguía hablando. Se había perdido lo que acababa de decir. Maldiciendo a Eric por haberse dejado distraer por él, siguió tomando notas. Aquel acontecimiento podía ser el más importante de toda su carrera como especialista y asesora, y la calidad de su trabajo podía afectar al éxito de la iniciativa de paz.

Sólo alzó la mirada de su cuaderno para mirar al embajador, decidida a ignorar a Eric. Cuando terminó la reunión, fue la primera en salir de la sala, contra su costumbre. Ansiaba refugiarse en su despacho. Si alguien le preguntaba, siempre podía decir que tenía mucho trabajo acumulado...

Cerró la puerta y se cubrió la cara con las manos. «Concéntrate», se ordenó. De modo que Eric estaba allí, en la embajada... ¿Y qué? De repente llamaron a la puerta.

—Adelante —recuperándose rápidamente, ocupó su puesto tras el escritorio.

Eric asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar?

Cassidy soltó un exagerado suspiro mientras se dejaba caer en el sillón.

—Volvemos a vernos —cerró la puerta a su espalda.

—¿Cómo has...? —empezó, indignada, pero él la interrumpió:

—Llamé a un conocido que tengo en el departamento de Estado, un antiguo senador al que asesoré en su campaña hace unos años. Y

ayudó, por supuesto, el hecho de que yo me encontrara aquí.

Cassidy asintió, apretando los labios.

—Yo creía que hoy mismo te marchabas del país.

—Bueno, pues ya ves que no.

—Sí. Ya lo veo —repitió, sarcástica.

Se miraron fijamente. Cassidy estaba decidida a mantenerse en sus trece. Y él a no dejar de presionarla.

Finalmente, Eric se volvió para marcharse. Cuando ya tenía una mano en el picaporte, oyó que ella le espetaba:

—No sé lo que pretendes conseguir...

—La paz en el conflicto irlandés —la interrumpió—. Como todos los que estamos aquí. Supongo que estarás de acuerdo en que eso es mucho más importante que lo nuestro.

Cassidy se sintió avergonzada, una reacción poco frecuente en ella. Se dijo que tenía razón. Bajó la mirada a su escritorio y asintió.

Cuando volvió a alzar la cabeza, Eric ya se había marchado.

## Capítulo 5

Cassidy no estaba acostumbrada a llegar temprano al trabajo un domingo por la mañana. Ni a ver a Eric esperándola en la puerta de la embajada.

La siguió en silencio por el vestíbulo hasta la oficina principal, y la habría seguido hasta su propio despacho si ella no le hubiera cerrado la puerta en las narices. Se sentó ante su escritorio, encendió su ordenador y se dedicó a leer los mensajes recibidos. Escribió a las diferentes secciones de la embajada que necesitaban atender consultas de Washington. Al cabo de una hora de trabajo, se asomó al ventanal. La oficina se había llenado de gente trabajando en las tareas asignadas. Todo el mundo parecía despierto y alerta, pese a haberse pasado el sábado entero allí.

Vio a Eric frente a una máquina de fax, intentando averiguar cómo funcionaba. Y se quedó observándolo durante unos segundos más antes de salir de su despacho.

Se le acercó. Eric seguía apretando botones. Y la máquina dejaba escapar un ruido extraño, negándose a obedecer.

—Creo que no estoy haciendo algo bien —comentó al fin—. La máquina que uso yo es diferente.

Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, Cassidy le habría advertido que aquella máquina en particular funcionaba mal y a menudo había que avisar al servicio técnico. Pero Eric era Eric, así que se limitó a murmurar:

—Yo me encargo.

Retrocedió un paso y la dejó hacer. Cuando la máquina se tragó el documento y expulsó el comprobante, suspiró aliviado.

—Gracias.

—No sé qué es lo que le pasa a esta máquina —pronunció una voz a su espalda. Era el embajador—. Cassidy es la única que la hace funcionar. Lo siento, tenía que haberos presentado formalmente después de la reunión.

—No hay necesidad —dijo Eric.

Cassidy se tensó de inmediato, temiendo lo que él pudiera decirle a su jefe. Se lo podía imaginar. «Yo enseñé a Cassidy a montar en bicicleta. La ayudé con su colección de tarjetas de béisbol. Fue alumna mía. Se suponía que tenía que haberse convertido en mi novia. Oh, y la besé. Ayer mismo, de hecho, en la puerta de esta embajada...».

—Estudiamos juntos en la universidad de Saunders —fue lo único que le comentó al embajador. Cassidy suspiró aliviada.

—Ah. ¿En Massachusetts?

—Sí.

—Bueno, supongo que no tengo entonces que hablarte de sus numerosas virtudes.

—No, señor.

—Y supongo también que no tengo necesidad de hacer lo mismo contigo, ¿verdad, Cassidy?

—Oh... —tragó saliva—. No, claro.

El embajador Cole arqueó las cejas, escrutando su expresión. Cassidy forzó un tono desenfadado:

—Si yo hubiera tenido que elegir a alguien... lo habría elegido a él.

—Me alegra oír eso. Cuando quieras, Eric.

Y se marcharon los dos, dejando a Cassidy preguntándose cuándo terminarían con aquella iniciativa de paz. Sólo llevaba una hora del primer episodio de «Eric en la embajada» y ya estaba más que harta.

Varias horas después, mientras Cassidy terminaba de adaptar su agenda, el embajador Cole asomó la cabeza por su puerta.

—¿Hay algo urgente? —preguntó.

Cassidy le hizo un breve resumen de las actividades del día. No era gran cosa, y nada tan importante como la iniciativa de paz que el diplomático tenía entre manos.

—Bien —dijo mientras Cassidy continuaba tecleando—. Te veré luego. Ah, una cosa más.

—¿Sí? —sus dedos permanecieron suspendidos sobre el teclado.

—Respecto a Eric Barnes...

Cassidy tragó saliva.

—Me ha parecido detectar una pequeña tensión entre vosotros dos. ¿Va todo bien?

—Por supuesto que sí.

—Porque...

—Está todo perfectamente —insistió ella—. Eric es muy bueno en su especialidad. Tiene una mente brillante.

—Hasta el momento no puedo menos que estar de acuerdo contigo.

El embajador se marchó y Cassidy sacudió la cabeza. Eric tenía una mente brillante, desde luego. Y manipuladora también. Pero aquellos increíbles ojos negros... Y aquel cuerpo, duro y esbelto bajo aquel traje formal...

Procuró contenerse. Iba a tener que refrenar su imaginación para no distraerse demasiado. Y para no despertar las sospechas del embajador.

Cassidy sacó un paquete extra de servilletas de un armario y lo colocó al lado de la columna de platos de cartón. Era lunes, y el resto de los asesores habían llegado de Washington. Había quedado encargada de la comida con que iban a obsequiarles a modo de recibimiento.

Suspiró profundamente, tentada de picar algo antes de que llegara alguien, pero de repente entró el primer invitado, y luego otro, y otro... Hasta que en poco tiempo la sala quedó abarrotada.

Cassidy se quedó discretamente en una esquina, cuidando de que no faltara nada. Eric fue el último en aparecer. Recogió un plato y eligió pollo en vez de pasta, tal y como ella había previsto que haría. Luego se sirvió un panecillo y dijo algo a la mujer que estaba a su lado: un comentario que le arrancó una carcajada. Cassidy frunció el cerio.

Seguía con el ceño fruncido cuando entró el embajador Cole. Antes de que llegara a mirarla, se apresuró a corregir su expresión. El embajador, perfecto anfitrión, saludó a todos los invitados.

Al ver que se disponía a acercarse a Eric, Cassidy se dirigió directamente hacia él.

—Eric —forzó un tono ligero, desenfadado—, dime, ¿qué tal te va en Boston?

Se mostró tan sorprendido como si le hubiera preguntado si había visto a la reina de Inglaterra desnuda.

—Bien. Sigue siendo la vieja y elegante ciudad de siempre.

—Hace tiempo que no voy por allí.

—Sí, yo diría que diez años —respondió él.

El embajador los miraba. Cassidy forzaba tanto la sonrisa que le dolían los músculos de la cara.

—¿Sigues enseñando en Saunders?

Afortunadamente, Eric le seguía la corriente.

—No, dejé de enseñar después de que tú te marcharas. Me metí en la política a tiempo completo. Ya no tenía ninguna razón para seguir allí.

Cassidy miró al embajador, preguntándose si habría escuchado aquel último comentario. Al parecer no, ya que se hallaba enfrascado en una conversación sobre fútbol con varios invitados. Suspiró aliviada.

—Hablando de Saunders... —continuó Eric.

«No empieces otra vez con lo de Gilbert Harrison. Aquí no, por favor...», le suplicó con la mirada.



—¿Te acuerdas de aquella noche que os desalojaron de vuestros dormitorios por un simulacro de incendio y no os dejaron volver hasta varias horas después? Yo me había quedado a estudiar hasta tarde en la biblioteca, y la gente estaba en el campus, esperando. Te encontré sentada en el césped en bata y zapatillas. Al menos hacía una buena noche, ¿te acuerdas?

Cassidy parpadeó asombrada. Por supuesto que se acordaba de aquella noche.

—Fuimos... a comer algo.

—Sí, a la cafetería de la calle, la que abría las veinticuatro horas. Y a ti te preocupaba que te vieran en bata y pijama, y se rieran de ti.

—Sólo que todo el mundo llevaba el mismo atuendo —repuso ella, evocando aquella escena. Numerosos chicos y chicas de su alojamiento habían tenido la misma idea que ella. La cafetería a la que a esas horas sólo se acercaba algún trabajador de turno de noche para tomar un café... se convirtió en local de acogida de una verdadera fiesta de madrugada.

—Es verdad, todo el mundo. Menos yo. Yo iba vestido con ropa de calle. Recuerdo que algunas chicas todavía llevaban crema de pepino en la cara. Tu bata era rosa, con flores amarillas.

Cassidy se ruborizó. Pero ella también recordaba algunos detalles. Como por ejemplo que se pidió un batido de chocolate y un pastel. Y que un compañero empezó a entonar una canción de Prince, y que todos lo secundaron. Recordaba también haber regresado con Eric a su alojamiento, al amanecer. Hacía tiempo que lo habían vuelto a abrir, pero nadie había querido volver hasta entonces, para ducharse y vestirse inmediatamente antes del comienzo de las clases.

Estaba en su primer año de universidad, y Eric y ella todavía no se habían confesado abiertamente sus sentimientos. Pero recordaba que él le había dado un apretón de mano cómplice antes de despedirse en la puerta de su dormitorio. Y que se había alejado silbando tranquilamente por el campus, feliz y contento.

Todo aquello lo recordó de golpe. Un recuerdo enterrado que no había vuelto a evocar en años. Polvoriento, pero cargado de colores y de matices.

—Fue una noche divertida —comentó.

—Oh, sí. Una de cientos de ocasiones memorables.

«¿Cientos?», se preguntó Cassidy. ¿De verdad tenía cientos de recuerdos buenos de Saunders? Quizá sí...

—¿Qué, recordando los buenos tiempos de la universidad? —el embajador Cole apareció de repente a su lado, sacándola de sus reflexiones.

«Los buenos tiempos», repitió, irónica. Pero Eric acababa de recordarle un momento de felicidad. Eso no podía negarlo.

—Así es —respondió Eric—. Ya sabe, incluso en aquel entonces Cassidy demostraba una fuerte inclinación por la política.

—No me sorprende. Las situaciones en política cambian continuamente, y Cassidy siempre está informada de todo. A veces se entera incluso antes que yo —comentó, haciéndole un guiño.

—Embajador... —protestó ella— eso no es verdad.

—Ciertamente nunca lo había admitido antes, pero es cierto —repuso con una sonrisa, y se marchó para seguir hablando con otros invitados.

Eric estaba comiendo de su plato. Cassidy bajó la mirada a sus labios mientras masticaba, hasta que se recordó que no debía hacerlo. En lugar de ello, lo miró a los ojos, pero él le sostenía la mirada con insistencia. Empezó a azorarse.

—¿Sabes? No me sorprende que estés trabajando aquí. Lo que me sorprende más bien es que tuviera que enterarme por tu madre, hace años.

Cassidy se quedó sin aliento, recogió un panecillo de la mesa y se lo llevó a la boca. Con una sonrisa tensa pintada en la cara, se alejó de él.

Para cuando los diplomáticos abandonaron la sala de reuniones

para dirigirse a sus hoteles, la oficina principal estaba a oscuras. Sólo se veía una luz procedente de uno de los despachos. El de Cassidy.

Cassidy había intentado guardar las distancias desde la comida del día anterior, pero a pesar de las grandes dimensiones de la embajada, seguían encontrándose continuamente. Cuando eso sucedía, se saludaban con la mirada, en silencio, incómodos.

Mientras los demás se dirigían hacia la puerta, Eric se acercó a su despacho. Podía distinguir su perfil a través del cristal. El resplandor de la pantalla de ordenador iluminaba su rostro. Llevaba la larga y ondulante melena recogida en la nuca. Se había quitado la chaqueta y su blusa negra de seda contrastaba maravillosamente con la blancura de sus brazos.

Eric se excitó, una sensación demasiado familiar durante aquellos últimos días. Se volvió para ver marcharse al último empleado. Alzó una mano y llamó ligeramente a la puerta.

Cassidy dio un respingo y giró la cabeza hacia él. Eric la saludó. Sacudiendo la cabeza con expresión contrariada, se levantó para abrir.

—Qué sorpresa.

—¿Sabes que te has vuelto sarcástica con los años?

—No soy tan mayor como tú.

—De espíritu, sí —replicó él—. ¿No deberías estar en casa? —vio que asentía con la cabeza, en silencio. Se asomó por encima de su hombro para mirar la pantalla del ordenador—. ¿Documentándote en la red?

—Sí.

—¿Recetas de cocina?

—Por motivos de trabajo.

—¿Vas a cocinar? Tú no sabes cocinar. ¿O sí?

—Por supuesto que sí —respondió, orgullosa.

—Vaya, vaya —se fijó en la imagen que figuraba en la pantalla—. Parece un postre muy sofisticado... ¿Vas a prepararlo para alguna

fiesta?

—Para el viernes. Un detalle para homenajear a nuestros invitados.

—¿Sueles hacerlo a menudo?

Se encogió de hombros. Evidentemente lo hacía de cuando en cuando, siempre que le apetecía.

—Es muy generoso por tu parte. Supongo que a todo el mundo le encantará —vio que volvía a asentir con la cabeza, en silencio. Miró de nuevo la pantalla—. ¿Eso son peras?

—Sí.

—¿Te acuerdas de la caja de peras? —ante su gesto de extrañeza, añadió—: Tuve que recordarte lo de la rana. Tuve que recordarte lo de la fiesta de madrugada en la cafetería... ¿y ahora tengo que hacer lo mismo con lo de las peras? Mujer, tienes una pésima memoria. De acuerdo, te la refrescaré. Yo debía de andar por los trece años, así que tú tendrías ocho. Y mi tía de Florida nos envió una caja de peras.

Vio que empezaba a hacer memoria.

—Peras. Por Navidad.

—Eso es. Fue en Navidad. Mi madre te enseñó las peras y tú te reíste a carcajadas. Dijiste: «¡Regalar peras! ¡Pero si las peras se compran en el supermercado!».

Un principio de sonrisa asomó a sus labios. Pero no llegó a esbozarla del todo. Por el momento.

—Y mi madre te dijo: «Cassidy, éstas no son peras normales. Pruébalas». Así que agarraste la caja y corriste a sentarte...

—Bajo el árbol —abrió mucho los ojos—. Lo recuerdo...

—Te sentaste al pie del árbol, abriste la caja y sacaste una pera. Ibas a morderla cuando te detuviste para ofrecermela otra. Nos las comimos al mismo tiempo. Tú te reías, las llamabas las «peras mágicas de Navidad». Cierra los ojos.

Cassie lo miró extrañada, sacudiendo la cabeza.

—Cierra los ojos —insistió él.

Obedeció. Eric no sabía por qué, pero lo hizo. Y se alegró de ello.

—¿Puedes saborear todavía aquellas peras? —le preguntó—. Porque yo sí. Tenían mucho zumo, te corría por las manos y tuviste que subirte las mangas. Entonces te lamiste las manos. Te reías como una loca. Y luego te pusiste a lamer las mías.

Deslizó un dedo todo a lo largo de su antebrazo desnudo. Cassidy se estremeció, pero aun así no abrió los ojos.

—¿Puedes saborearlo? —inquirió de nuevo. «Sé que puedes. Confía en mí, Cassidy, y dime que puedes. Dímelo».

—Yo... —empezó.

Se humedeció los labios con la punta de la lengua. Eric reprimió el impulso de acariciárselos. De besarla.

—Sí que puedo —dijo al fin. Su rostro reflejó el esfuerzo que tuvo que hacer para recordarlo. O para confesarle que lo había recordado.

De repente Eric lo comprendió todo. Comprendió que mientras él había pasado aquellos diez años alimentándose de recuerdos... ella se había dedicado precisamente a olvidarlos, a enterrarlos.

Lo que no entendía era el porqué.

Dejó caer la mano a un lado y ella abrió los ojos. Se miraron fijamente. Su mirada bajó accidentalmente hasta su pecho, donde podía distinguir los pezones endurecidos presionando contra la seda de la blusa. La levantó rápidamente.

Que Dios lo ayudara. No le acunaría una mejilla con la mano No la besaría. No la tumbaría sobre la mesa, no enterraría las manos bajo su falda ni la sentiría abrasándose bajo su cuerpo.

Ella ya lo había abrasado antes. Volvería a ganarse su intimidad. Descubriría sus secretos, la traería de vuelta a casa. Ése había sido su objetivo original y a él se aferraría.

Cassidy recogió su chaqueta de la silla y se la puso.

—Que pases una buena noche —se despidió, indicándole que abandonara el despacho.

Lo hizo, pero se quedó esperando a que terminara de cerrar. Acto

seguido Cassidy echó a andar con paso enérgico. Antes de que él se diera cuenta, ya estaba fuera del edificio.

—¿Te vas a casa?

—¿Por qué no me sigues, como tienes por costumbre, y lo averiguas? —preguntó. Las palabras pretendían ser hirientes, pero su voz sonaba débil, carente de irritación alguna.

—No vayas tan rápido, ¿quieres?

Se detuvo en seco.

—¿Qué quieres?

—Sólo que camines a paso normal, para que pueda acompañarte caballerosamente hasta la parada de metro.

Cassidy negó con la cabeza.

—Sé que no necesitas que te proteja, pero...

—De todas maneras no puedes.

—¿Que no puedo qué? —como no respondió, insistió—: ¿Qué es lo que no puedo? ¿Protegerte?

Nada. Seguía sin responder. Pero algo había cambiado en su expresión.

—Dime una sola vez que no te proteja. He velado por ti durante cada segundo de la mayor parte de tu existencia. Jamás dejé que te pasara nada malo. Jamás consentí que sufrieras.

Cassidy murmuró algo inaudible. Eric necesitó de toda su fuerza de voluntad para no obligarla a hablar. No podía hacer algo así. Si ella pudiera confiar de nuevo en él...

—Está haciendo frío —se inclinó para abrocharle el botón superior del abrigo. Fue un gesto que había hecho mil veces antes. La sintió estremecerse.

Continuaron caminando en silencio, sin tocarse. Era como si una distancia inconmensurable los separase. Al doblar una esquina, una mujer cargada con bolsas y paquetes casi tropezó con ellos. Eric acercó a Cassidy hacia sí para dejar pasar a la mujer.

Esa vez, sin embargo, ya no se apartó de él hasta que llegaron a la

parada de metro. Se volvió para mirarlo, claramente nerviosa: Eric no sabía si por lo que acababa de sentir o por lo que estaba a punto de decirle.

Decidió no seguir tentando su suerte. Dejaría de presionarla. Al menos por el momento.

—Buenas noches, Cassidy. Hasta mañana. Y gracias.

—Gracias a ti —repitió reacia, como si su frase de despedida le hubiera recordado sus modales. Quizá lo había hecho, inconscientemente.

Eric la observó mientras desaparecía escaleras abajo. Maldijo para sus adentros. Como asesor político, parte de su trabajo era analizar cualquier asunto desde múltiples puntos de vista. Tal debería aplicar la misma metodología a la situación que tenía entre manos.

Había esperado que la cercanía con Cassidy, después de tantos años, lo afectara. Pero no había contado con el efecto en particular que le produciría. El tiro le había salido por la culata. Con su estrategia de despertarle recuerdos, había buscado tocar su fibra sensible, activar algún resorte en su interior. Pero él no había permanecido inmune.

Hundió las manos en los bolsillos del abrigo, protegiéndolas del viento que se había levantado de repente. O quizá se debía al súbito frío que había experimentado tras la marcha de Cassidy...

El viernes a primera hora de la tarde, cansado tras una agotadora semana de trabajo, Eric encendió su portátil en la oficina de la embajada para revisar sus mensajes de correo y se puso a escribir uno:

*Para: Gilbert Harrison*

*De: Eric Barnes*

*Asunto: Viaje a Londres*

*Quería escribirle para preguntarle qué tal se encuentra y explicarle el motivo de mi retraso. Pero ahora supongo que se habrá enterado de que la iniciativa de paz del embajador Cole, en relación con el conflicto irlandés,*

*está siendo analizada por ambas partes. Como había ido a la embajada a buscar a Cassidy Maxwell, me presenté voluntario para asesorarle, un trabajo agotador pero gratificante. Espero regresar a casa en dos semanas. Y confío también en volver acompañado. Cassidy...*

Los dedos se le quedaron paralizados sobre el teclado después de escribir su nombre. Alzó la mirada de la pantalla y la vio sacando papeles de cartón y cubiertos de plástico de un armario. El postre del viernes. Un par de personas le preguntaron por el postre, pero ella se limitó a contestar:

—Ya sabéis que es una sorpresa.

Lo dijo con una sonrisa. Eric no dejó de mirarla hasta que se volvió para meterse de nuevo en su despacho.

*Cassidy...*

Escribió su nombre lentamente y retomó la frase inacabada.

*No puedo menos que sentirme orgulloso de Cassidy. Prácticamente lleva ella sola la embajada. El embajador Cole tiene plena confianza en ella y le consulta todo tipo de cosas. Destaca aquí tanto como destacaba en el campus de Saunders.*

¿Debería transmitir a Gilbert que Cassidy le había dicho, tozuda, que jamás volvería a Saunders?

No. Ese tipo de cosas no lograrían sino preocuparlo aún más.

Cassidy salió en aquel momento de su despacho, llevando el postre: una enorme tarta de chocolate. Levantó la vista de su tarta para posarla en su rostro. Lo estaba mirando. No tuvo problemas en interpretar su mensaje. Parecía decirle: «¿Lo ves? Ni una sola pera a la vista».

Esperó a que estuviera ocupada con sus colaboradores antes de permitirse una maliciosa sonrisa. Su mensaje reflejaba al mismo tiempo un hecho evidente: aquel antiguo recuerdo que le había evocado, el de las peras... la había afectado. Eso era seguro. Por eso había reaccionado como había reaccionado. Continuó escribiendo:

*Siga esperando, Gilbert. Volveré pronto con el principal testigo a su*



*favor, la estrella, el mejor de todos.*

*Afectuosamente,*

*Eric*

Esperaba que el mensaje le levantara el ánimo.

Gilbert cerró el mensaje de Eric sin contestarlo. Lo había dejado aún más deprimido.

Aquel «testigo» sería el mejor de todos, sin duda. Una estrella que brillaría tanto que iluminaría y lo descubriría todo... incluso sus propios errores.

Cassidy salió a toda prisa de la ducha el domingo por la tarde, atándose el albornoz, para descolgar el teléfono, que no paraba de sonar.

—¿Sí?

—Hola. ¿Qué tal?

Era Eric. Se dejó caer en el sofá, consternada. Nadie la llamaba al número del apartamento. La mayoría de las llamadas las recibía en el móvil.

—Cassidy, se supone que tú tienes que decirme algo. Las conversaciones por teléfono son así —bromeó.

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Estoy muy bien, gracias por tu interés.

Le entraron ganas de colgarlo, pero una voz interior le aconsejó que esperara a enterarse de lo que quería. Fuera lo que fuera, sería preferible hablar por teléfono con él que cara a cara en la embajada.

—Lo he conseguido llamando a Información — le explicó Eric—. Si no querías que nadie te llamara, ¿por qué no has sacado el número de la guía?

—Porque hasta ahora no conocía a nadie en Londres a quien quisiera evitar —respondió Cassidy.

Aunque no lo había dicho ni mucho menos en broma, Eric se echó a reír.

—Bueno, hasta ahora, yo tampoco conocía a nadie en Londres a

quien llamar.

Se sintió nuevamente tentada de colgarle, pero no lo hizo. Su risa era algo diferente de como la recordaba. Era más profunda, más vibrante.

—¿Y bien? ¿Qué tal estás? ¿No me vas a decir nada?

—Ve al grano —le espetó ella—. ¿Qué es lo que quieres?

—Sólo un poco de amable conversación. Después de una semana viendo la televisión por cable, uno acaba por hartarse.

«Inténtalo durante diez años más», le dijo Cassidy para sus adentros.

—Esta habitación de hotel es bonita, pero aburrida —añadió Eric—. Y solitaria.

A su pesar, Cassidy conjuró la imagen de Eric tumbado en su cama sin chaqueta, descalzo, con una mano detrás de la cabeza. En aquella imagen mental no había ningún teléfono, sólo su otra mano indicándole con el dedo que se acercase, que se reuniera con él...

«Para ya, Cassidy», se ordenó.

—¿No hay nadie más con quien puedas hablar? —le preguntó, más para sí misma que para él—. ¿Ninguna... mujer?

—Bueno, está la recepcionista del vestíbulo.

Cassidy sintió una extraña punzada.

—Tiene un acento fantástico.

Otra punzada. Arrugó la nariz.

—Pero debe de tener como cien años.

Esa vez fue alivio lo que sintió.

—Así que supongo que ella y yo no tenemos mucho en común —terminó Eric.

—¿Y tú y yo sí?

—Por supuesto. Muchas cosas. Cosas que no se olvidan fácilmente. Porque no se puede borrar el pasado, ¿verdad?

Cassidy experimentó una nueva punzada, que no tuvo ningún problema en reconocer: de culpa. Siguió un breve silencio.

—¿No tienes ningún libro que leer para entretenerte? —le preguntó, desesperada.

—No.

—Londres tiene muy buenas librerías. Muchas aún siguen abiertas a esta hora.

—He de confesarte que en el trabajo he estado demasiado ocupado para ponerme a leer un libro o cualquier otra cosa. ¿Me recomendarías algún título?

«¡Oh, por el amor de Dios!», exclamó Cassidy para sus adentros. Muy bien. Le seguiría la corriente si eso significaba que colgara pronto, así que pasó a resumirle rápidamente un libro de historia de la Revolución Francesa que había estado leyendo. Eric le hizo algunas preguntas sobre el mismo, pero al cabo de un rato estaban saltando de un tema a otro como en una partida de ping pong. Casi como en los viejos tiempos.

—El cricket no es solamente una «complicada y estúpida variante del béisbol» —se sorprendió a sí misma diciéndole en un momento determinado, citando la frase que acababa de utilizar.

La respuesta de Eric fue un resoplido desdeñoso.

—En primer lugar —insistió Cassidy—, ambos deportes no son tan parecidos. En segundo lugar, si acaso, las reglas del cricket son aún más sencillas. ¡Pero si tú nunca has jugado al cricket en tu vida!

—No, desde luego.

—Lo que no te ha impedido formarte una opinión al respecto. Y, para colmo, tengo que escuchar todo esto de un tipo que jugaba pésimamente al béisbol.

—Me ofendes —bromeó Eric—. Y además no sé de qué estás hablando.

—¿Te acuerdas de cuando estuviste jugando con un puñado de estudiantes de posgrado en Saunders? Tú cubrías la tercera base.

—¿Y?

—El bateador golpeó la pelota justo en tu dirección. Y tú te

quedaste quieto. La pelota te dio en la espinilla.

—La agarré para devolverla —afirmó Eric—. Y el dolor fue terrible, por cierto.

—Tu lanzamiento llegó veinte minutos tarde.

—Me distraje un poco.

—Ya.

—Por ti.

Cassidy se quedó callada.

—Acababas de llegar y te sentaste a ver el partido. Dejaste tus libros en el asiento de al lado. Y me saludaste justo cuando la pelota me pegó en la espinilla.

—Recuerdo que tuviste que ponerte hielo durante una semana.

—Y tú te pasabas a verme diecisiete veces al día.

«Cambia de tema», se ordenó Cassidy. ¿Béisbol? ¿Cómo era posible que, habiendo empezado a hablar de béisbol, hubieran terminado hablando de eso? Error. Estiró el cuello para mirar el reloj de la cocina. Parecía mentira, pero llevaban cerca de dos horas hablando.

—Me alegro de que te acuerdes. Estaba empezando a pensar que te habían lavado el cerebro y te habían borrado todos los recuerdos.

Aquel recuerdo en concreto había aflorado a la superficie con mayor facilidad que cualquier otro que él le hubiera evocado durante los últimos días. Una situación peligrosa. Y todo gracias a Eric.

Se hizo un silencio. Cassidy se preguntó por lo que estaría haciendo. ¿Estaría tumbado en la cama, mirando al techo? ¿Estaría pensando en la joven inocente a la que tanto había querido? ¿O quizá en la Cassidy actual, gruñona y amargada? ¿Se sentiría tan confundido como ella?

¿Y tan atraído como ella? Pero no. Intentó convencerse de que no se sentía atraída por él.

Era imposible. No podía mentirse a sí misma. La verdad no la sorprendía: la aterrorizaba. Y aquel embarazoso beso, todavía fresco

en sus labios pese a los días transcurridos, también la llenaba de terror.

Se quitó la toalla con la que se había envuelto la cabeza y la lanzó al suelo. La melena, seca casi del todo, le cayó sobre los hombros.

—Qué maravilla escuchar tu voz, Cassidy.

Aquel comentario aparentemente inocente estaba cargado de significados, y ella lo sabía. Antes de que pudiera ceder al impulso de admitirlo... se dio cuenta de que ya había colgado.

El escote del albornoz se le había abierto y le estaba entrando frío. Se disponía a cerrárselo cuando se detuvo en seco. Cerró los ojos. Evocando la risa profunda y vibrante de Eric, se acercó el auricular del teléfono al pecho por unos instantes, antes de dejarlo en su lugar.

Acto seguido se dirigió al cuarto de baño, perversamente agradecida por el desastroso estado de su melena, toda enredada. Se la cepillaría a fondo. Necesitaba distraerse con algo antes de irse a la cama.

Al día siguiente no sabía muy bien qué decirle a Eric en la embajada, pero no tardó en comprobar que tampoco tenía motivos para preocuparse. A primera hora de la mañana había tenido que pasar por la fotocopiadora y, para cuando llegó, el embajador llevaba horas reunido con sus asesores.

A media tarde, sola ya en la oficina, decidió que si no podía encontrar ningún pretexto para quedarse que estuviera directamente relacionado con el trabajo, se marcharía a casa. Una hora después recogía su chaqueta y su maletín y abandonaba el edificio.

Sacó los guantes y se los puso. Los informes meteorológicos habían previsto bajas temperaturas durante toda la semana y, por una vez, habían acertado. Y ella que había escogido aquel día para ponerse falda... No solía hacerlo porque sus jornadas eran largas y los pantalones eran mucho más cómodos, pero aquella mañana se había sentido de humor para... un cambio de vestuario.

«Si el teléfono suena esta noche, no contestaré», se dijo de pronto.

Para cuando al día siguiente viera a Eric, habría pasado tiempo más que suficiente para que los dos se hubieran olvidado del lamentable episodio de la larga conversación telefónica. Pero se engañaba.

Quizá bastara con una sutil insinuación. Un gesto que expresara que había estado bien que se pusieran al día de tantas cosas, pero que prefería mantener la relación en un nivel estrictamente profesional. Tuvo una idea. Sí. Le compraría el libro de historia de la Revolución Francesa que le había recomendado por teléfono.

Recorrió tres manzanas y entró en la librería más cercana a la embajada. Estaba abierta hasta tarde y solía frecuentarla durante sus horas de ocio. Saludó al librero, que la reconoció con un gesto. Era un lugar muy tranquilo, casi reverente, donde la gente hablaba en susurros y buscaba silencio y sosiego.

Se dirigió a su sección preferida, la de historia y política. Acababa de doblar la esquina de biografías cuando se detuvo en seco al ver a Eric.

Esa vez sí que se mostró sorprendido, para variar. Tenía que ser una forzosa casualidad. No podía haberla seguido para entrar allí antes que ella.

—Vaya —le enseñó el texto que estaba hojeando: era el mismo que ella le había recomendado y que tenía intención de regalarle—. Parece que ambos tenemos la cabeza llena de libros...

Era desesperante. Aunque, por otro lado, ¿para qué molestarse? En algún momento de la semana anterior, había perdido todo control sobre su vida.

—¿Estás buscando algo especial? —le preguntó Eric.

Cassidy escrutó su expresión. Era una pregunta sincera, sin doble intención.

—Sí —señaló el libro que tenía en la mano.

Eric lo cerró con un golpe sordo y le mostró la cubierta.

—¿Éste?

—Sí. Para ti, precisamente.

—¿Ibas a comprármelo?

A Cassidy le habría gustado que hubiera utilizado un tono menos ilusionado, más distante. Porque eso la hacía sentirse terriblemente culpable...

—Bueno, pues ya no hace falta. Acabo de comprármelo, dado que me lo recomendaste ayer. Ya sabes que confío en ti —lo dijo como si se le hubiera escapado la frase. Como si no hubiera tenido intención de pronunciarla. Y añadió, precisándola—: Confío en tu buen juicio en lo que a libros se refiere. Ya lo comentaremos una vez que lo haya leído.

A pesar de que su plan había fracasado, de que todo le había salido al contrario de lo que había pensado... la perspectiva de una próxima conversación sobre libros con Eric pareció despertar algo en su interior, algo parecido a un...

—Como solíamos hacer antes, en la universidad.

Justamente. Eso era.

Eric se agachó para recoger otro libro que había dejado sobre la estantería, con intención de comprarlo.

—También he elegido éste —se lo pasó.

Era el texto que le había comentado la noche anterior que estaba leyendo. Cassidy lo hojeó al principio casi desinteresadamente, sólo por cortesía, pero una frase llamó su atención. Leyó el párrafo, y luego la página entera, absorta.

Todavía leyó una página más, casi sin darse cuenta. Alzó rápidamente la cabeza. Eric la estaba contemplando con una sonrisa tan sensual que estuvo a punto de soltar el libro. Se encogió de hombros, avergonzada.

—Lo siento. He tropezado con una parte interesante y...

—El libro entero es absorbente —se lo quitó de las manos—. Lo descubrirás por ti misma porque pienso regalártelo. Vamos.

Echó a andar hacia la caja. Cassidy tuvo que correr para ponerse a su altura.

—No —le tiró de la manga.

—Es un regalo. Sólo tienes que decir «gracias».

—¿Por qué?

—Porque siempre está bien hacer regalos.

El librero la miró con una expresión de curiosidad en los ojos. Siempre la había visto sola, nunca acompañada. Alzó los ojos al cielo y el hombre sonrió mientras metía en una bolsa los dos libros.

Eric firmó el comprobante de la tarjeta de crédito.

—¿Por qué? —insistió ella.

—Hasta luego —se despidió del librero antes de abrirle caballerosamente la puerta a Cassidy—. Es un regalo de agradecimiento —añadió, deteniéndose en el último escalón de la entrada para abrocharse el abrigo.

—¿De agradecimiento por qué?

—Por no haberme echado de la embajada cuando descubriste que había aceptado el encargo de asesor.

Cassidy se puso los guantes.

—El embajador te quería a su lado.

—¿Y?

—Dudo que te hubiera echado por un capricho o por un enfado mío.

—Yo no estoy tan seguro —repuso Eric mientras empezaban a caminar—. Está encantado contigo, y con razón. Estoy seguro de que habría preferido que tú te quedaras contenta.

Cassidy hizo una balanza con las manos:

—A un lado, la felicidad o el humor de Cassidy. Al otro, la paz en el mundo. Mmmm... Difícil elección —comentó, irónica.

—Asesores como yo no faltan, pudo haberse conseguido otro. Pero tú toleraste mi presencia, y ahora yo estoy trabajando en una iniciativa emocionante, viviendo un momento histórico. Todo esto significa mucho para mí. Mucho más que el coste de este libro. Es lo menos que puedo hacer para agradecértelo —llevaban recorrida



media manzana cuando se detuvo frente a un pub. Sin consultarla, abrió la puerta y la hizo pasar.

—No puedo, tengo que irme a casa...

Pero Eric ignoró sus protestas.

—Una mesa para dos —le dijo a la camarera, que se apresuró a instalarlos en un tranquilo rincón—. Comamos antes —se volvió hacia ella.

Negó con la cabeza, tozuda.

—Es la hora de la cena. Tienes que alimentarte. Vamos.

A regañadientes, se dejó caer en el asiento de madera. Como quiso que pareciera al mismo tiempo un gesto de protesta, lo hizo con tanta fuerza que se hizo daño en el trasero. Esbozó una mueca de dolor.

—Eh, eso casi me ha dolido a mí —Eric procuró aguantar la risa.

Por toda respuesta, Cassidy bizqueó lenta y deliberadamente. Era una antigua broma entre ellos.

—Ah, que visión más horrible —alzó una mano para taparse los ojos—. Detesto que hagas eso.

Como si no lo supiera... Esperó hasta que él, tentativamente, bajó la mano y la miró. Entonces volvió a ponerse bizca. Eric agarró un puñado de sobrecitos de azúcar de la mesa y se los tiró. Cassidy lanzó una carcajada. Cuando volvió la camarera, todavía no se le habían pasado las ganas de reír.

—El embajador debería verte en este momento... —le comentó él—. Seguro que entonces no te asignaba tantas responsabilidades.

Cassidy no pudo menos que mostrarse de acuerdo.

—¿Cómo conseguiste el trabajo, por cierto?

—Bueno, me enteré de que había una plaza... y me admitieron.

Había sido así de fácil. Pocas semanas después de la ceremonia de graduación a la que no había asistido, volvió un día a casa de la cafetería donde trabajaba de camarera... y se encontró con un mensaje en el contestador automático. En aquel entonces vivía en un

minúsculo apartamento de un empobrecido barrio cercano a Saunders. Una mujer que no dejó su nombre, pero que afirmaba conocerla, le dio algunos detalles sobre un trabajo fantástico en Londres y un número de teléfono.

Cassidy se presentó a la entrevista con la empresa intermediaria. Que no hubiera ningún titulado o licenciado en la sala de espera despertó sus sospechas. Pero al día siguiente la llamaron para comunicarle que había sido aceptada, y una semana después se encontraba ya en Londres.

Siempre había estado convencida de que, de algún modo, la entrevista había estado manipulada, de que no había sido más que una formalidad superflua. De que todo había estado decidido de antemano. En cualquier caso, el trabajo se había revelado como absolutamente real y maravilloso: el mismo por el que siempre había suspirado. Un trabajo que no creía merecer... después de la manera en que lo había estropeado todo.

—¿Qué tipo de cosas haces? —le preguntó—. Además de lo que ya he visto, quiero decir.

Cassidy le describió sus variadas tareas, y pasaron luego a hablar de política internacional.

Aunque no podían tratar de los detalles de la iniciativa de paz en un lugar público, conversaron sobre las tradicionales relaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y Estados Unidos, así como sobre los acontecimientos más recientes.

Volvió a sentir el entusiasmo de antaño. Había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que habían hablado así... Y además estaba tan cerca... Casi podía oler el aroma de su piel y...

—¿Sabes? Yo soy un antiguo admirador del embajador Cole —le confesó Eric cuando les sirvieron el té—. Pero sólo ahora estoy tomando conciencia de lo brillante y generoso que es como persona.

—Sí, a mí no deja de sorprenderme cada día —repuso Cassidy, soplando su té antes de beber un sorbo.

—Es curioso, pero te recuerdo haciendo ese mismo comentario sobre Gilbert Harrison. Admirabas su inteligencia y las atenciones que prodigaba a los estudiantes. Era como una especie de héroe para ti.

Cassidy acogió su comentario con un leve asentimiento de cabeza, fija la mirada en su taza. Gilbert había sido ciertamente una persona a la que había admirado, una persona que no había podido hacer nada mal... hasta que cierto día entró accidentalmente en su despacho y descubrió que era tan humano como cualquiera, como todos. Nunca le dijo nada al respecto, y él tampoco le ofreció ninguna explicación, pero a partir de entonces su relación empezó a deteriorarse silenciosamente.

—Le escribiré cuanto antes esa carta de apoyo —le dijo—. Te lo prometo.

Esperó alguna objeción, un nuevo intento de convencerla de que regresara a Estados Unidos con él, pero no ocurrió nada. Eric se limitó a asentir con la cabeza y cambió de tema.

—Supongo que tendrás que marcharte ya —le comentó poco después.

Cassidy se dio cuenta de que era la primera vez que lo oía decir eso desde que llegó. Hasta el momento, siempre había sido ella la que se le lo había dicho a él.

Pagaron la cuenta y salieron del restaurante. Eric paró inmediatamente un taxi.

—No —protestó Cassidy cuando él ya le abría la puerta.

—Bueno, para mí no es tarde. Mi hotel está justo al otro lado de la calle.

Miró en la dirección que le indicaba y sólo pudo pensar en una cosa: «Allí es donde se aloja Eric. Donde duerme. Donde se ducha...».

Eric volvería pronto a Boston. Y, después de eso, vería cada día su hotel de camino a casa después del trabajo... y pensaría en él. Muy a

su pesar, había vuelto a formar parte de su vida.

Vio que le estaba pagando al taxista y abrió nuevamente la boca para protestar. No llegó a hacerlo, porque Eric le puso un dedo en los labios:

—No discutas.

Tenía los labios entreabiertos. Le entraron ganas de lamerle el dedo. Se quedó sin aliento, y él no tardó en bajar la mano. El pulso le atronaba en los oídos. Lanzó su maletín sobre el asiento y se sentó. Eric se inclinó entonces para entregarle el libro que le había comprado.

—Bonita falda, por cierto —le dijo, y cerró la puerta.

El taxi partió al momento. Cassidy le dio al conductor la dirección y se giró en su asiento para mirar por el parabrisas trasero. Había niebla, pero aún pudo distinguir la oscura figura que cruzaba la calle a paso ligero.

El teléfono estaba sonando cuando terminó de abrir la puerta. El teléfono de su casa. Sabía, pues, quién era. Se dejó caer en el sofá y lo descolgó sin decir nada.

Eric tampoco habló. Se quedaron los dos en silencio.

—Así que ya estás en casa —pronunció al cabo de un buen rato.

—Mmmm.

—Bien. ¿Comemos juntos mañana? —le preguntó él.

Cassidy vaciló, pero sólo por un segundo.

—De acuerdo.

Recordó las largas noches en la biblioteca de la universidad de Saunders, simulando ambos que estudiaban sus manuales mientras en realidad se dedicaban a mirarse fijamente a los ojos. Eric solía telefonarla cada vez que regresaba a casa, para darle las buenas noches. Lo hacía con la declarada intención de ser el último en dárselas, justo antes de que se metiera en la cama. La palabra «cama» estaba cargada de significado en aquel entonces, como una promesa de futuro.

—Bueno, pues... buenas noches.

Aquella voz tenía la virtud de excitarla a la vez que sosegarle el corazón.

—Buenas... buenas noches.

Cassidy esperó a que colgara él. Luego apagó la luz y se quedó recostada en el sofá. Su intención era rumiar la conversación que acababa de tener, deleitarse en ella. Pero, en cuestión de segundos y con una sonrisa en sus labios, se quedó dormida.

—Un grave error, señorita Maxwell. Grave, pero que muy grave...

Cassidy intentó tragarse el nudo que le subía por la garganta.

—Pero creo que usted ya es consciente de ello.

Randall Greene se acercó a su escritorio, amenazador. Ella no podía retroceder, no podía moverse. Apoyó los codos sobre la mesa, acercando su rostro al suyo.

—Aprobando siempre con la nota máxima, durante cuatro años, hasta que ahora...

Sintió su aliento a patatas fritas y a café. Sus palabras resonaron en las paredes de su cerebro.

—Dime, ¿cómo es que se te ocurrió hacer eso?

—No lo sé. Soy consciente de que lo estropeé todo. Pero sólo fue una vez. Por favor...

—Y, lo que es más importante, ¿cómo diablos piensas salir del apuro?

—No lo sé, no lo sé, no lo sé...

—Esto te destrozará. La brillante Cassidy Maxwell, el mejor expediente del curso... suspendida y expulsada. No te licenciarás. Y después de todo el trabajo que te has tomado...

Intentó no ponerse a gimotear, pero aun así una súplica brotó de sus labios.

—No te pongas así —añadió Greene, echando un vistazo por el cristal de la puerta antes de ponerle una mano en el hombro—. Tienes una solución. Una solución que no suelo ofrecer todos los

días. Pero tú, bueno... por algo eres una de mis alumnas favoritas.

Alzó un dedo para enredarlo en un rizo de su melena. A continuación tiró con fuerza, provocándole una punzada de dolor. Las lágrimas que había estado reteniendo empezaron a resbalar por sus mejillas.

—Todos cometemos errores. Pero tú no tienes por qué vivir con éste. ¿Qué sentido tendría? ¿Para qué?

Se inclinó todavía más, se quitó las gafas y le susurró la solución que le ofrecía...

Cassidy se despertó y se deslizó torpemente del sofá al suelo. Prácticamente se arrastró hasta el cuarto de baño y, sin encender la luz, abrió el grifo y se refrescó la cara. Finalmente se miró en el espejo: su palidez destacaba en la penumbra.

Habría dado cualquier cosa por tener pesadillas. Las pesadillas eran trucos de la mente, ilusiones. No eran reales.

No. Ella no tenía pesadillas. Tenía recuerdos verdaderos, a todo color, con todo lujo de detalles.

Hacía tiempo que no la asaltaba aquel recuerdo en mitad de la noche. Su intensidad todavía la sobrecogía, y se quedó sentada en el suelo del cuarto de baño. Sin lugar a dudas había sido una especie de aviso de su conciencia, una advertencia acerca de Eric. Porque se había quedado dormida pensando en él. Como en los viejos tiempos.

No, no podía volver a intimar con Eric. Si lo hacía, tendría que sincerarse. Y contarle toda la verdad.

Incluso después de tanto tiempo, sabía que no podría soportar su desaprobación, el violento rechazo que seguiría a una confesión semejante. Se estaba exponiendo a sufrir aquel rechazo. No tenía sentido recriminarse por haber sucumbido a los encantos de Eric. Lo que necesitaba ahora era corregir el rumbo antes de que terminara perdiendo el control. Completamente.

## Capítulo 7

Cassidy tamborileó con los dedos sobre el escritorio y miró su pequeño reloj negro: las doce y treinta y cinco. Continuó tamborileando durante un rato más. Miró de nuevo el reloj: las doce y treinta y siete.

Al ver a un par de asesores entrar en la oficina principal, se levantó rápidamente. Se puso su chaqueta roja y descolgó el abrigo del perchero de la esquina. Salió del despacho justo cuando Eric se dirigía hacia allí.

Vio que le estaba sonriendo y se sintió fatal. Pero enseguida recordó el rechazo al que se expondría si se le ocurría revelarle su secreto. La verdad.

—Hola, Eric —lo saludó, como sorprendida de verlo—. Lo siento, pero hoy no puedo comer contigo. Me había olvidado de que tenía una cita.

—¿Con quién? —inquirió.

Cualquier otra persona habría supuesto que la cita era importante, dando por buena su vaga explicación. Debería haber imaginado que Eric le pediría detalles. Afortunadamente, Sophie pasó en aquel momento a su lado y aprovechó la oportunidad.

—Ah... Con Sophie —le dijo a Eric.

Sophie se giró en redondo.

—¿Sí?

—Er... ¿estás lista? —le preguntó Cassidy, improvisando.

La joven frunció el cerio, extrañada.

—Bueno, he hecho todas esas llamadas y ahora mismo iba a poner un correo electrónico a...

—Es igual, recoge tu abrigo. Ya hablaremos mientras comemos.

—¿Comemos? ¿Juntas?

—No me digas que te has olvidado —replicó Cassidy, rezando para que le siguiera la corriente.

Sophie lanzó una rápida mirada a Eric.

—No, claro que no. Dame un minuto para recoger mis cosas.

—Yo te acompaño —se ofreció Cassidy, pero Eric la agarró de un brazo.

—Estás huyendo de mí.

—Tengo que irme —rezongó, soltándose, y se dirigió directamente hacia el escritorio de Sophie, donde su ayudante ya se estaba abrochando su cazadora.

Abandonaron juntas la oficina. Cassidy se negó a volverse. No podría soportar verlo allí, solo, mirándola...

Media hora después, las dos mujeres aguardaban su turno en el restaurante más cercano. Tuvieron suerte en conseguir una mesa al lado del gran ventanal que daba a Hyde Park. Apenas habían abierto la boca excepto para expresar su alegría por el lugar que les había tocado.

De unos veintitantos años, Sophie Messing tenía el cabello castaño, cortado en capas, y unos enormes ojos azules de mirada vivaz. Era animosa, muy despierta. Incluso las peores tareas las hacía contenta, de buen humor. Fue ella quien habló primero.

—¿Sabes? Me ha sorprendido que me pidieras que comiéramos juntas. Incluso aunque sólo fuera como excusa para librarte de ese Eric Barnes —sonrió—. Pero me alegro de verdad. Es una buena oportunidad de llegar a conocerte fuera del trabajo. Dejando aparte los actos sociales de la embajada, no te vemos el pelo. Algunos piensan... —se interrumpió de repente, ruborizándose.

Cassidy se quedó sobrecogida. Nunca había imaginado que alguien podría pensar algo de ella, al menos en un plano personal y no profesional. La idea de que sus compañeros pudieran estar



especulando sobre su persona la alarmó. ¿Qué podían estar diciendo sobre ella? ¿Que era fría, distante? ¿Que tenía complejo de superioridad?

—¿Qué es lo que piensan? —se obligó a preguntarle con tono tranquilo.

Sophie la miró directamente a los ojos.

—Bueno, hay gente que se pregunta, yo incluida, lo admito... si quizá no te sentirás un poco sola.

Cassidy no había esperado nada parecido. Algo en su expresión animó a su subordinada a continuar:

—Eres una gran jefa, nos tratas muy bien. Pareces una persona dulce y buena. Yo llevo poco tiempo aquí, pero incluso la gente que lleva mucho me ha comentado que eres muy reservada. Nadie sabe a ciencia cierta, por ejemplo, si estás casada. O de dónde eres.

Cassidy aspiró profundamente, abrió la boca y la cerró de nuevo.

—En cualquier caso —añadió Sophie—, sólo son suposiciones. Quizá seas una estrella de las habilidades sociales, y hasta el momento no se lo hayas demostrado a tus compañeros de trabajo...

—No lo soy —declaró con tono rotundo.

La risa de Sophie era contagiosa: ella también soltó una carcajada. Llegaron sus ensaladas y empezaron con las preguntas de rigor. Sophie se había criado y estudiado en Connecticut. Tenía un novio estable, que estaba pensando en trasladarse a Londres a medio plazo, con ella. Cassidy le contó que era de Nueva Jersey, pero ocultándole que conocía de antes a Eric Barnes.

Aunque Sophie prefería las novelas a los libros de historia, descubrieron que a ambas les encantaban las canciones de Frank Sinatra y las películas de Nicholas Cage. Además de que las dos eran consumadas jugadoras de black jack.

Cuando llegó la hora, Cassidy se lamentó de tener que volver al trabajo. Hacía años que no había disfrutado tanto la compañía de alguien. Recogió la cuenta e insistió en pagarla.

—Por favor —insistió—. Lo de la comida fue idea mía, ¿recuerdas?

—Pues será mía la próxima vez —le aseguró Sophie—. Me lo he pasado muy bien. Escucha, Cassidy, en el trabajo, tú serás siempre mi jefa. Pero fuera, bueno... no tienes por qué ser mi amiga. Pero creo que a mí sí me gustaría poder decir que lo eres.

—A mí también.

El camarero recogió la cuenta y Cassidy pagó con su tarjeta de crédito.

—Gracias —le dijo a Sophie.

—¿Por qué?

—Porque hoy me has salvado.

—Ya me lo figuraba. Pero me muero de ganas de saber por qué. Quizá dentro de poco estés en condiciones de decírmelo —le hizo un guiño de complicidad.

El teléfono seguía sonando y, al otro lado de la línea, Eric ansiaba escuchar la voz de Cassidy.

Lo había dejado plantado a la hora de la comida, y eso le dolía. En aquel momento estaba viviendo y trabajando en otro continente por su culpa. Por eso no podía renunciar tan fácilmente a ella. Además, la noche anterior habían hablado mucho, y la víspera también. De modo que tenía todo el derecho del mundo a hacer un nuevo intento.

Se hallaba sentado ante el escritorio de su habitación de hotel. Ni siquiera se había quitado el traje. Nada más recoger la cena, había vuelto al hotel para llamarla. Tenía la cena dentro de la bolsa, justo delante. Olvidada.

El teléfono dejó de sonar. Cassidy debía de haberlo descolgado, pero se negaba a iniciar la conversación con un simple saludo. Ya lo había hecho la última vez, pero en esa ocasión creía percibir una sensación hostil al otro lado de la línea. Decidió callarse también.

Transcurrieron varios minutos sin que oyera nada, aparte del rumor de su respiración.

—Sé que eres tú, Eric —pronunció al fin, tensa.

—Bien. Los saludos son innecesarios. Eso me gusta. Podemos pasar a hablar directamente. Estoy leyendo el libro que me recomendaste y...

—No te funcionará.

—¿Qué es lo que no me funcionará?

Siguió otro largo silencio.

—Lo que estás intentando hacer.

—Sólo estoy intentando volver a ser tu amigo.

—Estás intentando hacerme regresar contigo a Saunders para testificar en la vista contra el profesor.

Eric pensó en alguna respuesta vaga. Todo con tal de no admitir que estaba en lo cierto.

—Y —añadió ella—, también estás intentando que me enamore de ti otra vez.

Eric tragó saliva. No sólo por las palabras, sino por el hecho de haberlas escuchado de los labios de Cassidy. Incluso en la universidad, cuando habían estado tan enamorados que el mundo parecía difuminarse a su alrededor, ella le había demostrado su afecto con sonrisas, caricias, miradas sensuales. Había sabido lo que sentía por él, pero ella jamás se lo había expresado de una manera directa. No era su estilo.

De cualquier manera, estaba equivocada.

—Te equivocas —le dijo. Ciertamente necesitaba llevarla de vuelta a Massachusetts. También estaba intentando volver a ser su amigo, porque lo contrario le parecía absurdo. Y, llegado al límite, tendría asimismo que reconocer que albergaba la secreta esperanza de que le contara por qué había huido de él hacía diez años. Su orgullo demandaba alguna explicación, pero únicamente para cerrar el asunto de una vez por todas.

En absoluto tenía intención de hacer que volviera a enamorarse de él. Sencillamente porque no podía soportar la idea de un nuevo

abandono.

—Estás muy equivocada —insistió con mayor énfasis.

—¿De veras?

Lo estaba desafiando a que lo negara. Recordaba el dolor que lo había embargado aquel mediodía, cuando rompió sus planes de comer juntos para marcharse con su ayudante. Pero aquello no había sido nada comparado con el que sintió años atrás. Y sin embargo venía a ser como un lejano eco de aquel mismo dolor.

Durante los dos últimos días, cuando no estaba trabajando, apenas había podido pensar en otra cosa que en lo bien que lo estaban pasando juntos, las cosas que se habían dicho en el pub, en cómo había conseguido volver a hacerla reír...

La había estado animando a que se abriera nuevamente a él, y Cassidy había empezado a responder... Pero, en el proceso, y ahora se estaba dando cuenta de ello... él también había comenzado a abrirse. A desprenderse de su armadura. Y ése no era un movimiento muy inteligente por su parte. No podía enamorarse por segunda vez de una mujer que ya le había roto el corazón. Porque no sólo se lo había roto: se lo había desgarrado y había lanzado los mil pedazos al viento, imposibilitándolo para amar a ninguna otra mujer.

—Créeme, Cassidy —pronunció entonces en voz baja—. Tú me has dado todas las razones del mundo para no volver a intentar que te enamores de mí.

No respondió, lo cual no era ninguna sorpresa. El pulso le atronaba en los oídos.

—Cambiemos de tema —añadió, forzando un tono ligero.

—No, yo...

—¿Ni siquiera quieres que conservemos nuestra renovada amistad?

«Por favor, no lo digas», rezó Eric. «No lo digas. No quiero que me falles a mí. O a Gilbert, mejor dicho».

—Creo que es mejor... —respondió al fin—que dejes de

llamarme.

Eric no tuvo que esperar mucho tiempo antes de sentir la familiar punzada de dolor en el pecho. Algo más fuerte que la de aquel mediodía. Habría jurado que podría soportarlo, pero no fue así. Al parecer, por lo que se refería a Cassidy, el dolor era algo con lo que tenía que convivir. Era su destino.

—Y, en la oficina... —agregó ella.

—Ya no tendrás que preocuparte por eso. Me voy a Belfast.

—Oh —ya no dijo nada más.

—Supongo que sabías que el embajador se marchaba.

—Claro. Hace un par de horas dimos una conferencia de prensa.

—De hecho, había pensado que tú lo acompañarías.

—No, tengo que quedarme para arreglar algunas cosas —le explicó Cassidy.

—El viaje está previsto para el jueves por la noche.

—Lo sé.

—Seguro que podremos soportar pasar un par de días sin tropezamos cada dos por tres en la oficina, ¿no te parece? —Eric intentó mantener un tono ligero, pero seguía teniendo aquel peso en el corazón—. Y quizá cuando me haya ido, tú... —se interrumpió. ¿Qué había estado a punto de decirle? ¿Que quizá lo echaría de menos? No. No quería decirle eso.

—Lo haré.

Eric se quedó sorprendido.

—¿Qué es lo que harás?

—Escribiré esa carta para Gilbert. La tendrás preparada para cuando regreses. Porque después te marcharás, ¿no?

—Sí —cerró los ojos.

—Bien. Te la llevarás entonces.

Eric volvió a abrir los ojos y se quedó mirando la pintura que colgaba en la pared, frente a él. Representaba un pequeño barco amarillo flotando en las tranquilas aguas de un lago azul turquesa.

Irradiaba calma y sosiego, pero a Eric lo inquietaba pensar que aquel lugar existía solamente en la imaginación del artista. Si analizaba en su propia vida, resultaba evidente que jamás encontraría un paisaje semejante ni la sensación que sugería.

—Supongo que hemos hecho algún progreso —le dijo a Cassidy—. Una vez más estás huyendo de mí. Pero al menos en esta ocasión me lo estás confirmando verbalmente. Es un paso adelante, ¿no? Un paso que has tardado diez años en dar.

La oyó contener el aliento antes de colgar. Luego dejó caer la cabeza sobre sus brazos cruzados y permaneció durante un buen rato en esa postura. No llegó a probar la cena.

Eric se encontró con Cassidy unas pocas veces durante los dos días siguientes, y en ninguna de ellas ocurrió nada. En dos ocasiones vio a Cassidy y a Sophie regresando de la cafetería donde habían comido juntas, riendo y charlando.

Aunque a Cassidy se le caía la sonrisa de la cara en cuanto lo veía. Evitaba mirarlo a los ojos. Alguna vez se había dedicado a contemplarla a escondidas, sin que ella se diera cuenta. La observaba mientras se dirigía a la fotocopidora, caminando con sus zapatos de tacones altísimos con tanta gracia y fluidez como si llevara zapatillas. La veía inclinarse sobre el escritorio de algún compañero, con sus pantalones azul oscuro destacando su perfecto trasero...

Por las noches soñaba con Cassidy. Parte de su ser deseaba regresar a casa y no volver a hablar con ella. Otra parte ansiaba acorralarla y obligarla a confesar que ella también daba vueltas y más vueltas en la cama, incapaz de dormir. Y besarla, por supuesto, rendir su resistencia a besos y caricias y arrancarle la confesión de que había malgastado aquellos diez años que podían haber pasado juntos.

El jueves, mientras preparaba su equipaje en el hotel, decidió concentrarse por entero en el trabajo que tenía entre manos. Lamentarse y torturarse a sí mismo era absurdo. Técnicamente se encontraba en la misma posición que cuando había llegado a

Londres, con Cassidy negándose a hablarle y sin la menor idea de por qué había abandonado Saunders de repente.

Aunque eso no era del todo cierto. Algo había cambiado. Tenía que añadir un beso a su colección de polvorientos recuerdos. Aquella mujer lo trastornaba completamente. Quizá se había hecho un favor a sí mismo al ir allí. Quizá había tenido que verla de nuevo y conocerla de nuevo para demostrarse a sí mismo que no era la mujer adecuada para él, que nunca lo sería. Que su relación nunca habría funcionado.

Sí, pensó mientras recogía su maletín y abandonaba la habitación. Había ido a Londres, como había sido su obligación. Y en aquel momento estaba haciendo lo que tenía que hacer. Después podría volver a casa.

Hacía mucho tiempo que Cassidy había adquirido la costumbre de quedarse en casa los viernes por la noche, viendo los informativos de la televisión mientras cenaba, en vez de salir por ahí. Y habitualmente no se resentía de ello.

Mientras se instalaba en el sofá, con un generoso plato de macarrones gratinados en la mano, se preguntó si aquella noche, de no haber tenido aquella última conversación con Eric, habría salido a alguna parte con él. Desde que se marchó de Estados Unidos... ¿cuántas mujeres habrían tenido el placer de vestirse y acicalarse sabiendo que iban a verse con un hombre como Eric Barnes?

No. No. No iba a empezar a torturarse ahora, como tenía por costumbre. Ya se había torturado lo suficiente durante los dos últimos días, y la situación empeoraría muy pronto, cuando Eric volviera a Boston. Necesitaba un descanso mental.

Pensó en llamar a Sophie, que era lo mejor que le había pasado durante las últimas cuarenta y ocho horas. Habían comido juntas un par de veces más, y en ambas ocasiones se había divertido mucho con ella. Ya casi se había olvidado de lo que significaba tener una amiga, y se alegraba enormemente de poder contar con una. Entre

otras cosas porque estaba más necesitada que nunca después de haberle dado la espalda a su mejor amigo... por segunda vez.

Encendió la televisión con el mando a distancia. Al menos se había retirado a su casa a una hora razonable. Tras la marcha del embajador con sus asesores a Belfast, sólo le habían quedado unas pocas tareas pendientes. Como tendría que volver durante el fin de semana, se había obligado a salir pronto. Así estaba más descansada.

Cuando empezaron los informativos, su primer y estúpido pensamiento fue que, a pesar del tiempo transcurrido, aún no se había acostumbrado a escuchar las malas noticias con acento británico. Todo le parecía encantador con aquel acento, incluso las noticias de horribles cochesbomba que...

Cochesbomba. Oh, Dios.

Dejó caer el tenedor. Belfast. La comitiva del embajador estadounidense en Londres. Una explosión. Pánico. Una caravana de vehículos diplomáticos en ruta para negociar una iniciativa de paz... Todavía no se habían reunido todos los datos, era demasiado temprano... Las informaciones hablaban de varios heridos, personas sin identificar que podían estar...

Las imágenes mostraban una columna de humo negro y las carcasas carbonizadas de varios coches. Cassidy se dio cuenta de que se había doblado sobre sí misma, meciéndose rítmicamente, gimiendo.

El embajador. Eric, Eric, Eric, Eric...

Dejó caer el plato al suelo y sacó su móvil. Le temblaba tanto la mano que apenas pudo abrirlo. No había mensajes.

Aturdida, volvió al sofá y recorrió todos los canales de televisión. Londres estaba aterrado por la suerte que podría haber corrido su admirado embajador Cole. De repente sonó su móvil. Dio un respingo antes de apretar el botón de llamada.

— ¿Diga? — gritó.

— Cassidy, soy Sophie. ¿Te has enterado?



—Acabo de verlo... en la televisión.

—Bueno, si tú no sabes nada más, entonces nadie lo sabe.  
¿Necesitas que vaya a la oficina?

—Estoy en casa.

—Ya, bueno... ¿necesitas que vaya de todas formas? ¿Necesitas ayuda? Puedo estar allí en quince minutos y...

Cassidy sabía que no había nada que pudiera hacer en la oficina excepto esperar.

—No, no...

—¿Te encuentras bien? Tranquila, no pasará nada. Estoy segura de que el embajador se encuentra perfectamente. Probablemente no ha tenido oportunidad de llamarte todavía, quiero decir que es demasiado pronto y...

Las palabras de Sophie parecieron disolverse en su mente, fuera de su comprensión.

—Eric —susurró.

—¿Has dicho «Eric»? —le preguntó Sophie. Siguió un corto silencio—. Oh, está bien, Cassidy. Salgo ahora mismo para tu casa.

—No...

—Sí. Dame tu dirección.

Cassidy se la dio, demasiado afectada para protestar.

—Estaré allí en unos minutos. Tranquila, cariño, tranquila. En unos minutos estoy contigo.

Cassidy abrió la puerta y lo primero que hizo Sophie fue abrazarla. Sorprendida, le devolvió el abrazo.

—Todo va a salir bien...

Nunca le había contado a Sophie quién era Eric, y la relación que los unía, pero resultaba evidente que su nueva amiga lo había intuido.

Sophie le acarició cariñosa el pelo y dejó sobre la mesa la bolsa con las compras del supermercado. Sacó chocolate en polvo, galletas y sopa. Cassidy volvió al sofá y continuó mirando la televisión. Seguía

sin saberse nada: apenas había transcurrido media hora desde la explosión.

Sophie fue a la cocina y volvió con una bayeta para recoger el plato y limpiar el suelo.

—Oh, no...

—Tranquila, tú quédate sentada.

Seguía mirando la televisión, pero sin ver casi nada. No hacían más que repetir mil veces la primera información. Sophie no tardó en aparecer con dos tazones humeantes.

—Sé que el té es la pasión de los británicos —le confesó—, pero yo prefiero, con mucho, el chocolate caliente.

Cassidy intentó sonreír, pero no pudo.

—Gracias.

—De nada. Me gusta tu piso.

Cassidy contempló su salón. A ella siempre le había gustado. Ahora se preguntaba si lo recordaría para siempre como el lugar en el que se había enterado de que Eric... Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sophie fue lo suficientemente discreta como para no hacerle preguntas o darle seguridades que no podía ofrecerle. Veinte minutos después sonó el móvil de Cassidy.

—¿Cassidy? —era la voz del embajador Cole, por encima de las interferencias— ¿Me oyes?

—Sí, sí, embajador —gritó, sin saber si él podía escucharla a ella.

—Estoy bien. Todo el mundo...

—No puedo oírlo —dijo, pero de repente la comunicación pareció aclararse.

—Así está mejor. Todos estamos bien.

—¿Eric?

—Sí, he dicho que todos... —se interrumpió de nuevo, pero en esa ocasión no fue por las interferencias—. Eric Barnes se encuentra perfectamente. Acabo de verlo hace un par de minutos.

—Oh, gracias a Dios...

—Sí. Lamento no haber podido llamar antes. Todo ha sido... frenético, por decirlo con buenas palabras.

—¿Qué ha sucedido exactamente? Las televisiones siguen sin informar de nada en concreto.

—Estalló un cochebomba aparcado en la ruta de la comitiva diplomática. Todos los de la comitiva estamos bien, pero por desgracia algunos peatones que pasaban por allí resultaron heridos.

—Es horrible...

—Sí. Pero las conversaciones de paz darán comienzo mañana, según el plan previsto. Los servicios de seguridad están registrando la embajada, así que quiero que trabajes desde casa este fin de semana, ¿entendido? Y que todos los demás hagan lo mismo.

—¿No quiere que me reúna con usted mañana?

—No hay necesidad. Te veré el lunes cuando vuelva.

—Estoy tan contenta de que no le haya pasado nada, embajador... Estaba muy asustada.

—Todos estamos bien. Y... Cassidy.

—¿Sí?

—¿Quieres que le pida a Eric que te llame?

Sintió que se ruborizaba. Tenía todo el rostro acalorado.

—Er... no. No hay necesidad. Ni siquiera se moleste en decirle que yo...

—Tranquila —le prometió él.

Cassidy colgó, aliviada.

—Todo el mundo está bien —le dijo a Cassidy.

—Ya me lo figuraba. Es maravilloso.

Cassidy se recostó en el sofá, procurando relajarse. Sophie se levantó para traer la caja de galletas de la cocina.

—Comida para celebrarlo —anunció—. ¿Sabes? No sé si preguntarte o no... por Eric.

Cassidy siguió masticando su galleta, nada sorprendida. Aquella

noche había enseñado sus cartas. Incluso el embajador estaba empezando a enterarse de los detalles de su vida privada.

—¿Es tu novio? Dime que me calle y me callaré. Supongo que todo esto tiene que resultarte muy difícil.

Cassidy asintió y tomó otra galleta.

—No, no es mi novio. Fue mi...

—¿Fue tu novio?

—No exactamente —respondió, sincera.

—El otro día prácticamente huiste de él. Creo que ese hombre siente algo por ti.

Cassidy arqueó una ceja.

—Sí, estoy segura —insistió Sophie—. Durante estos dos últimos días no ha dejado de mirarte.

—No creo... —replicó, pese a saber que su amiga tenía razón.

—Y tú sientes algo por él.

Habría sido inútil contradecirla.

—No quiero hablar de ello.

—Está bien. Lo siento.

—No, no es por ti —repuso Cassidy—. Yo... nunca hablo de ello.

—Secretos —dijo Sophie, y sacudió la cabeza con expresión triste—. Yo sé lo que es eso.

—¿A qué te refieres?

—Cuando tienes algo dentro de lo que no puedes hablar. Es duro cargar con eso todo el tiempo.

Cassidy se quedó sorprendida. ¿Sophie también?

—Pero este fin de semana —añadió su nueva amiga—, pienso hacer algo al respecto. He tomado una decisión.

—¿Qué vas a hacer?

—Oh, ya sabes. Ni siquiera debería estar hablando de esto ahora. Si he venido aquí ha sido para ayudarte.

—Y lo has hecho —afirmó Cassidy—. Mi crisis ha terminado. Si tú tienes una... permíteme devolverte el favor.

Sophie sonrió, pero fue la sonrisa más triste que Cassidy había visto nunca.

—Soy yo la que tiene que ayudarse a sí misma.

Cassidy no respondió, sino que esperó a que continuara.

—Ken es lo mejor que me ha sucedido en mi vida. Es maravilloso. Bueno. Atractivo. Es perfecto, vamos... Pero yo no lo soy. Yo hice algo... una vez. Cometí un gran error.

Cassidy seguía sorprendida, pero procuró disimularlo. Sophie no se extendió sobre su presunto pecado. Tampoco ella esperaba que lo hiciera.

—Cuando Ken me pidió que me casara con él, fue como si el sol saliera en mi vida, ¿sabes? Es increíble. Pero si alguna vez llegara a averiguar lo que yo hice... Sé que se sentiría tremendamente desgraciado. Si lo descubriera, podría perderlo.

—¿Cómo podría descubrirlo?

—Sinceramente, sólo tendría una manera: que yo se lo contara.

—Entonces ¿por qué...?

—Voy a decírselo. Lo he decidido.

—¿Qué? —Cassidy no pudo disimular su incredulidad—. ¿Por qué?

«No se lo digas», le aconsejó en silencio. Hay secretos que no puedes contar, que tienes que guardarte para siempre...».

—Dentro de seis meses se trasladará a un país diferente, para vivir aquí y casarse conmigo. Se sacrificará por mí. Y yo le debo la verdad.

Cassidy sacudió la cabeza.

—No te enfades conmigo por lo que voy a decirte, pero... creo que estás cometiendo un error.

Sophie volvió a esbozar aquella sonrisa tan triste.

—Aprecio tu sinceridad, pero no estoy de acuerdo contigo. He pensado muchísimo en esto. Puede que lo pierda, pero el verdadero error sería precisamente no decírselo. ¿Cómo podría prometerle

amor y fidelidad, guardándome al mismo tiempo algo de lo que es completamente ignorante? Si lo hago, todo nuestro matrimonio sería una mentira.

—Pero él nunca lo sabría.

—Pero yo sí. Mira, si me deja, me romperá el corazón. Pero si no le cuento la verdad, si vivo día tras día a su lado sin darle la oportunidad de que me conozca tal cual soy... eso me destrozará como persona, para siempre.

—Oh, por favor, Sophie, no lo hagas —Cassidy le tomó una mano—. Por favor, te lo suplico.

—¿Por qué? —inquirió, desconcertada por su actitud.

—Porque simplemente no podría soportar... —«ver cómo me rechaza», estuvo a punto de decir— ver cómo te sientes rechazada, cuando no tiene por qué ser así...

—Eso es lo que pensaba yo. Lo que pensé durante mucho tiempo. Pero me cuesta demasiado llevarlo dentro, sin soltarlo. Es una carga demasiado pesada.

—Con el tiempo te resultará más fácil —insistió Cassidy, a sabiendas de que no era verdad.

—No —Sophie negó con la cabeza.

—Eres muy valiente —«mucho más que yo. Y por eso sufrirás», pensó.

—En realidad no lo soy. Aunque ya he tomado la decisión, todavía no me siento capaz de decírselo a la cara. Le dije que llegaría el domingo. Así que mañana, durante el viaje en avión, me dedicaré a escribirle una carta. Se la dejaré en su apartamento y yo me quedaré en el de mi madre. Luego... esperaré a ver qué sucede —suspiró y entrelazó las manos detrás de la cabeza, estudiando la expresión preocupada de Cassidy—. Sé que piensas que no debo hacerlo, pero yo estoy completamente segura —insistió de nuevo—. Además, cada situación es diferente. Ésta es la decisión correcta para mí, incluso aunque, en tu caso particular, tú estés convencida de que lo mejor es

callarse.

Aquello tomó desprevenida a Cassidy.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—Oh, no soy psicóloga ni nada parecido —repuso Sophie—. No sé cuál es tu historia. Pero por la manera en que has reaccionado cuando te he explicado mi decisión, apuesto a que tú también guardas un profundo secreto.

Cassidy no dijo nada.

—He pensado mucho en ello. Al final, todo se reduce a confiar en el otro. Lisa y llanamente —declaró Sophie—. Cuando tú confías en alguien, le estás dando la oportunidad de que llegue a comprenderte. Y de que te quiera de verdad. Por supuesto, a lo mejor no tengo razón y es un consejo estúpido y prematuro, pero pronto lo sabremos, ¿no te parece? Volveré el miércoles. Puede que para entonces necesite que tú te pases por mi casa y me prepares un chocolate caliente —terminó bromeando.

—O a ayudarte a elegir tú vestido de novia —replicó Cassidy con mayor convicción de la que sentía realmente—. ¿De verdad que estás segura de esto?

—Sí, de hecho, será un alivio desprenderme de ello. Incluso aunque las consecuencias no sean positivas. De cualquier manera, sean buenas o malas, tendré que afrontarlas. Será mejor que lo que he estado haciendo hasta ahora, eso seguro.

Sophie se quedó durante un buen rato más con ella, viendo las noticias de televisión y charlando. Antes de marcharse, se abrazaron. Pero fue Cassidy la que llevó esa vez la iniciativa del abrazo.

—Ya sabes que siempre puedes cambiar de idea...

—No lo haré, Cassidy. Tengo que hacerlo —se puso el abrigo.

Mientras la despedía en la puerta, no pudo menos que preocuparse por ella. Y por Ken. Y por Eric.

Y por ella misma.

Porque tan pronto como terminó de hablar con el embajador, tan

pronto como se hubo enterado de que Eric se encontraba a salvo...  
había tomado su propia decisión sobre lo que debía hacer.



## Capítulo 8

Sentado en el asiento trasero del coche con chófer, clavada la mirada en el lluvioso paisaje nocturno, Eric apoyó la frente en el cristal de la ventanilla con gesto cansino. Volver a Londres no era exactamente como regresar a casa, pero después del día anterior, se conformaba con cualquier cosa.

El día anterior, en Belfast, en el asiento trasero de un coche muy parecido a aquél, había estado charlando con otros miembros de la delegación diplomática estadounidense de camino al lugar de la negociación. Nada lo había preparado para el ruido, para la violenta explosión que destrozó los cristales. Instintivamente se cubrió el rostro. Le atronaron los oídos y alguien le puso una mano en el cuello, empujándolo al suelo alfombrado del coche, gritándole que se quedara agachado. El coche había frenado en seco y Eric había sentido un sabor a sangre en la boca.

Cassidy. Se acordaba de que había estado pensando en ella. Y probablemente incluso pronunciando su nombre en voz alta, en el interior del coche destrozado.

Luego lo ayudaron a salir del vehículo, lo llevaron junto a sus colegas asesores, todos ellos indemnes. Varios coches aparcados estaban ardiendo. Cuando lo escoltaron hasta un recinto protegido, todo el mundo se puso a hablar al mismo tiempo.

Las negociaciones de paz comenzaron a insistencia del embajador Cole, aunque algo más tarde de lo previsto. Y continuaron durante aquella misma mañana y el resto del día, antes de que Cole y su plantel de cansados colaboradores regresaran a Londres. Cansados por el susto del atentado, pero también contentos con las productivas

sesiones con las facciones enfrentadas del conflicto irlandés.

A Eric lo dejaron en el hotel del que salió, en la misma habitación que había ocupado. La lluvia había arreciado. A esa hora de la madrugada del domingo, todo estaba en silencio. El recepcionista lo reconoció y le entregó la llave.

Ya se volvía hacia el ascensor cuando se detuvo en seco al ver a Cassidy durmiendo en el sofá del vestíbulo. Estaba acurrucada en una esquina, con una mano debajo de una mejilla, cerrándose las solapas del abrigo con la otra. Su melena cobriza se derramaba sobre un brazo del sofá. Llevaba vaqueros: aunque había sido su atuendo favorito de estudiante, se dio cuenta de que era la primera vez que la veía con ellos desde que llegó a Londres. Tenía los labios levemente entreabiertos.

Había ido a esperarlo.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. El taxista le había dicho que había estado lloviendo todo el día en Londres, pero su paraguas rojo estaba seco. Se preguntó por qué el recepcionista la habría dejado quedarse...

—Lo siento, señor Barnes —se adelantó a explicarle el joven—. No sabía que lo estaba esperando a usted. Ya estaba aquí cuando empecé mi turno a medianoche. No me atreví a despertarla.

Eric se acercó al sofá y se arrodilló frente a ella. Seguía sin moverse. Dispuesto a despertarla, se quedó con la mano suspendida en el aire. No sabía dónde tocarla.

—Cassidy —pronunció, dejando caer la mano.

Se despertó de inmediato. Abrió mucho los ojos y, sobresaltada, se quedó mirándolo fijamente. Sólo al cabo de varios segundos, quizá un minuto entero, se deslizó del sofá hasta quedar arrodillada frente a él. Le echó los brazos al cuello.

Enterró el rostro en su chaqueta, rozándole los labios con el pelo. Pese a la cantidad de ropa que llevaban los dos, Eric aún pudo sentir el acelerado latido de su corazón contra su pecho.

Ahora sí que se sentía como si hubiera vuelto a casa.

Eric lanzó su maletín sobre una de las camas gemelas, mientras Cassidy se sentaba en la otra y contemplaba la habitación. Se sorprendió a sí mismo esperando que le gustara, como si la hubiera decorado él mismo y se tratara de su propia casa.

Todavía no estaba muy seguro de lo que estaba haciendo allí. Después del abrazo que se habían dado en el vestíbulo, se habían dirigido en silencio hacia el ascensor. Eric había presionado el botón del cuarto piso y, mientras esperaban, la había sorprendido mirándolo una, dos, tres veces. Y siempre había rehuído la mirada.

Había sido la primera en salir. Luego lo había seguido hasta la habitación. Y en aquel momento se encontraba sentada en una de las camas. La lámpara de la mesilla derramaba una luz dorada sobre su cabello.

—Es demasiado tarde para que te vayas a casa —le dijo Eric como si estuviera intentando convencerla de que se quedara. Como si ella misma no hubiera tomado ya esa decisión.

—Sí —afirmó con la cabeza—, y...

—¿Y qué? —esperó con el aliento contenido.

Cassidy cerró los ojos, tambaleándose levemente.

—Estoy cansada.

Eric se llevó su cepillo de dientes al cuarto de baño, encendió la luz y se miró en el espejo. Estaba demacrado por la falta de sueño debido al atentado y a la interminable jornada de negociación con las partes del conflicto. Se frotó la mandíbula. Para colmo, se sentía aturdido, confundido.

¿Qué estaba sucediendo? Resultaba obvio que Cassidy quería quedarse allí con él. Lógicamente debía de haberse enterado del riesgo que había corrido, pero ignoraba cuáles eran sus expectativas. Y tenía miedo de no estar a la altura de sus necesidades para satisfacer las suyas propias, cediendo al impulso de tumbarla en la cama, desnudarla...

Se dio cuenta de que llevaba un buen rato mirándose al espejo. Se cepilló los dientes con movimientos enérgicos y metódicos. Tras enjuagarse, le dijo a través de la puerta cerrada:

—Cassidy, no sé lo que estás haciendo aquí. Y, en cierta manera, no me importa tanto como el mismo hecho de que estés. Quizá debería exigirte algunas respuestas. Quizá debería insistir en que te marcharas y llamasas a un taxi. Pero no puedo evitar sentir lo que siento en este momento. He esperado durante demasiado tiempo para volver a verte, lo suficiente para tragarme mi orgullo y aceptar lo que tú quieras darme. Porque estás aquí ahora, y eso es lo único que importa. Así que... —añadió, tragando saliva— voy a salir.

El corazón le latía a toda velocidad, expectante. Abrió la puerta y la vio tumbada en la cama. Ni siquiera había tenido tiempo de subir los pies: se había quedado dormida.

Eric se sentó al otro lado de la cama. Pensó en despertarla, pero hacía sólo unos segundos le había prometido darle todo lo que quisiera. Y lo que ella quería en aquel momento era dormir.

Porque no hubiera estado despierta para escuchar su discurso... no iba a arrepentirse de él. O a cambiar de idea al respecto.

Eran casi las tres de la madrugada. El silencio de la habitación resultaba opresivo. Pero su cuerpo mismo turbaba aquel silencio, gritándole, reclamándole satisfacer su propia necesidad y saciarse de ella.

Se levantó para agarrarla por debajo de los brazos y tumbarla debidamente en la cama, apoyándole la cabeza sobre la almohada. Le quitó los zapatos todavía mojados. Sonrió al ver sus calcetines rojos, con dibujos de diminutos gatos negros. Se preguntó cuándo habría estado de humor para comprarse unos calcetines así, y se preguntó quién o qué la habría puesto de ese humor. Por último, la arropó con exquisita delicadeza.

Se apartó de la cama. Quería tocarla, deslizar un dedo por su mejilla, por su cuello, por sus labios... Quería escuchar su voz, oírla

gritar su nombre mientras entraba en ella, tomando desesperadamente lo que durante tiempo le había sido negado por razones que ignoraba.

Pero, en aquel momento, sus secretos dormían con ella.

Se acostó en la otra cama, de lado, para poder mirarla. Durante todas las noches que había pasado en aquella habitación, había dormido en la cama que Cassidy estaba ocupando en aquel momento. Y él, que se había acostado allí mismo, pensando en ella, anhelando su presencia...

Cerró los ojos: no podía dormir. Apagó la luz, pero la oscuridad no lo ayudó. Podía escuchar el ritmo de la respiración de Cassidy en medio del silencio.

Una vez más, volvía a padecer de insomnio. Pero ya se había acostumbrado desde el día en que llegó a Londres y la besó.

Varias horas después Eric se dio cuenta de que debía de haber dormido algo. Porque cuando se despertó, Cassidy lo estaba mirando desde su cama, con una mano debajo de la cabeza.

Parpadeó varias veces: seguía allí. Entonces lo de que había pasado la noche en la habitación no había sido un sueño... Pero... ¿en qué estaba pensando? Por supuesto que no había sido un sueño. Si lo hubiera sido, en aquel momento habría estado compartiendo su cama. Y desnuda.

—Buenos días —la saludó mientras sus ojos se acostumbraban a la luz que entraba por la ventana.

—¿Te acuerdas de aquella vez que acampamos en el jardín de tu casa? ¿En tu tienda de campaña?

Eric tardó unos segundos en hacer memoria.

—En mi tienda... sí, creo que sí. En el jardín de mi casa... es verdad. En verano. Hacía un calor horrible. Era como estar en un horno.

—Desde luego. Y tú compraste la tienda para hacer una excursión con tus amigos y sus padres, a la que yo no podía ir, de manera que

tú...

—Te sugerí que me ayudaras a probar la tienda en el jardín una noche. Para ver si funcionaba —se pasó una mano por el pelo—. Recuerdo también que mi madre nos hizo palomitas de maíz. Y que tú llevabas un estrambótico saco de dormir de color rosa...

—Así es —sonrió Cassidy—. Tú te quedaste dormido antes que yo.

—Al contrario que anoche.

—Lo siento, estaba...

—Cansada, lo sé. Se te notaba a las claras. ¿Cuánto tiempo estuviste esperando en el vestíbulo?

—Un rato.

—¿Cómo sabías a qué hora regresaba?

—No lo sabía.

—Pero sabías de alguna manera que vendría a las dos de la mañana.

Cassidy se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos, suéltalo. ¿Durante cuánto tiempo estuviste allí? ¿Más de dos horas? —vio que asentía con la cabeza—. ¿Más de cuatro?

—Déjalo ya.

—Fueron más de cuatro, ¿verdad? ¿Más de seis?

Cassidy cruzó los brazos y apretó la mandíbula, desafiante.

—De acuerdo, ese gesto ha contestado suficientemente bien a mi pregunta —dijo Eric—. Te interrumpí, lo siento. Estábamos hablando de lo de la tienda... ¿Quién se quedó dormido primero?

—Tú. Yo me quedé despierta escuchando música con tus cascos.

—¿Los que no prestaba a nadie?

—Ajá. Los estuve usando durante cerca de una hora.

—Muy astuta.

—Eso no fue nada. Hubo más cosas.

—¿Ah, sí? —Eric entrelazó las manos detrás de la cabeza—. Ilústrame al respecto.

—Te besé.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Se incorporó de pronto, apoyándose sobre los codos.

—No es posible.

—Sí que lo es. Lo hice —declaró con aire orgulloso, satisfecho.

—¿Por qué?

—Porque tenía nueve años y sentía curiosidad. Y porque tu boca estaba muy cerca de la mía.

—¿Me besaste en la boca? —vio que asentía con la cabeza y reflexionó por un momento—. ¿Y a qué te supe? ¿Te gustó?

—Fue una sensación asquerosa.

—Vaya, gracias.

—Te recuerdo que tenía nueve años.

—No tenía ni idea —Eric se rascó un hombro—. ¿Existe alguna razón en particular por la que lo has recordado ahora?

—Sí.

—¿Cuál es?

—¿También eso tengo que decírtelo?

—Nunca consigo que me digas nada, Cassidy —replicó—. Eso ya lo hemos dejado bastante claro.

La sábana resbaló por su torso desnudo y vio que Cassidy se lo recorría con la mirada antes de alzarla nuevamente hasta sus ojos. Experimentó una pequeña punzada de satisfacción.

—Exacto —pronunció, distraída.

—Pero, aun así, me gustaría saber por qué te has acordado de eso.

—Oh, sólo fue una especie de *déjà vu*. Estabas dormido.

—Ya. Y tú tienes treinta años y sentías curiosidad, ¿no? Y mi boca estaba tan cerca de la tuya...

Lo dijo en plan de broma, pero ella se no se rió.

—Algo parecido.

Eric no supo qué responder a eso.

—Tenía miedo —añadió Cassidy.

—¿Miedo... de besarme?

—No. Me quedé muy asustada cuando vi la bomba en televisión. Creí que tú... —se interrumpió de pronto.

Aunque Eric hubiera sabido qué responder, se habría quedado callado. Durante aquellos pocos minutos, Cassidy le había confesado todo tipo de pensamientos y sentimientos, algo insólito desde que fue a buscarla a la embajada.

Pero no dijo nada más: al parecer había agotado su cuota de revelaciones. Intentando disimular su decepción, volvió a apoyar la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Rendido de cansancio, empezó a adormilarse.

La olió antes de sentirla.

Su piel, el aroma de su piel suave y de su cabello... No supo qué fue lo que le hizo contener el aliento de repente. Quizá la familiaridad de aquella fragancia.

Pero no dispuso de mucho tiempo para reflexionar, porque enseguida sintió la suavidad de sus labios, la dulce presión de su boca contra la suya. Se obligó a no hacer nada, a dejar que fuera ella quien explorara, quien lo sedujera...

Todo su cuerpo se tensó de necesidad mientras Cassidy terminaba el beso para comenzar otro. Al tercero, Eric sintió la punta de su lengua y ya no pudo contenerse más.

La tomó suavemente de la nuca y la atrajo hacia sí, estrechando el contacto. Al oírla gemir, le acunó una mejilla con la otra mano, acariciándole los labios con el pulgar. Cassidy deslizó a su vez las manos por las sábanas hasta tocar su pecho y recorrer su fino vello con los dedos.

Eric se negaba a abrir los ojos y encontrarse con su mirada, temeroso de que se arrepintiera de lo que estaba haciendo. En lugar de ello, prefirió disfrutar a fondo de aquel placer. Cassidy trazó un lento sendero de besos desde sus labios, mandíbula abajo, hasta la sensible piel de su cuello. La sentía saboreando su piel, y se aferró



desesperado a sus hombros. Bajo las sábanas, sólo llevaba unos calzoncillos bóxer. Era completamente suyo. Le daría cualquier cosa que le pidiera, satisfaría cualquier deseo, lo que fuese...

Deslizó las manos por los costados de su camiseta interior, acercándose a sus senos. Al principio lo hizo tentativamente, con cuidado, pero cuando la oyó contener el aliento repitió la caricia y rozó con los pulgares los pezones que se destacaban a través de la prenda.

De repente, una llamada a la puerta los dejó paralizados. Eric abrió los ojos y vio la mirada desorbitada de Cassidy. Ambos se quedaron expectantes y la segunda llamada la hizo saltar como un resorte de la cama.

— ¿Quién es? — preguntó Eric con voz ronca.

— Servicio de limpieza.

— ¿No podría volver más tarde?

Oyó el ruido del carrito al alejarse por el pasillo. Se sentó y miró a Cassidy. No supo cómo interpretar su expresión. Estaba ruborizada y todavía podía distinguir sus endurecidos pezones tensándose contra la tela de su camiseta.

— ¿Estás bien? ¿Era eso lo que...?

Sacudió la cabeza, confundida.

— ¿Era esto... lo que tú querías? — terminó esa vez la frase.

— No... no lo sé.

Por mucho que la deseara, que necesitara volver a sentir su contacto, sus caricias, no podía presionarla.

— ¿Tienes... hambre?

Cassidy asintió.

— ¿Quieres que encarguemos el desayuno?

Miró a su alrededor y Eric la imitó, en un esfuerzo por ver las mismas cosas que ella, por ponerse en su lugar. Su cama desarreglada, su torso desnudo... incluso el calor que despedían sus cuerpos era visible. La habitación rebosaba tanta intimidad que se

cuestionó la conveniencia de retenerla allí, donde el recuerdo constante de lo que acababa de suceder podría ahuyentarla...

—O mejor salimos de aquí. Seguro que conoces un buen lugar para desayunar.

—Sí. ¿Podrías prestarme una camisa o...?

—Por supuesto —hizo a un lado las sábanas y se levantó, de espaldas a ella, para ponerse unos vaqueros. Acto seguido buscó en un cajón y sacó una sudadera—. Esto es lo único que tengo —se la lanzó.

Cassidy no hizo amago de recoger la camiseta azul que descansaba en su regazo, clavada la mirada en el logotipo de la universidad de Saunders.

«No te vayas», le suplicó Eric en silencio. «No sé adónde vamos a ir a parar con todo esto, pero creo que el rumbo es el adecuado. No te vayas».

Cassidy se levantó y fue al cuarto de baño con su bolso. Salió minutos después con la sudadera puesta y el cabello recogido en la nuca. Eric entró después, tomó una ducha rápida y se puso una camiseta de color verde.

Cuando salió del cuarto de baño, se la encontró tumbada en la cama donde había dormido. Había encendido el televisor y estaba haciendo zapping.

—Nadie ha asumido la autoría de la bomba.

—No me extraña. Pudo haber sido cualquiera. En un conflicto, siempre hay partes de ambos lados interesadas en no resolverlo. Al menos de una manera pacífica.

—Es sencillamente estúpido —masculló.

—Estoy de acuerdo —se calzó sus zapatillas—. ¿Qué sentido tiene poner las cosas difíciles cuando puedes solucionarlo de la manera más fácil?

Por la mirada que le lanzó, resultó obvio que se había tomado su comentario por lo personal.

—Cassidy, yo no...

—Salgamos de una vez. No tenemos por qué hablar de... de eso. Mira, no sé adónde nos puede llevar esto, pero... ¿por qué no nos limitamos a improvisar, a intentarlo sin expectativas de ningún tipo?

Eric pensó en su trabajo de la última semana. Pensó en las dos partes enfrentadas en el conflicto, en la necesidad que tenían de expresar sus diferencias para llegar a un acuerdo. Si se le pedía a cualquiera de ellas que se limitara a «improvisar» una solución sin reflexionar sobre su actitud, el conflicto se eternizaría.

Pero, hasta el momento, era Cassidy quien había avanzado más de los dos. Le había confesado algunas verdades, así que... quizá tuviera razón, y Eric debería dejarle hacer las cosas a su manera para luego...

¿Qué? ¿Luego qué? ¿Convertirse en su amante? ¿Realizar por fin aquello que habían planeado años atrás? ¿Podía ser eso lo que él quería? ¿Lo que necesitaba?

Lo ignoraba. Quizá, después de todo, lo más prudente fuera improvisar, como decía ella.

—¿Adónde vamos? —le preguntó.

—Ya te lo he dicho, no sé adónde vamos. Pero no podemos esperar y ver si...

—No, quiero decir que adónde vamos a desayunar.

—Ah —apretó los labios, azorada—. Bueno, los domingos por la mañana suelo comprar cruasanes y acercarme paseando a un lugar que creo que... te gustará.

—Adelante entonces —se plantó ante ella y le tendió la mano.

Cassidy se la quedó mirando durante unos segundos antes de aceptarla.

Eric caminaba pesadamente al lado de Cassidy por Hyde Park sintiéndose como si llevara cinco kilos sobre sus hombros: medio de los cruasanes, y el resto de sus emociones, de los sentimientos que lo embargaban.

—¿Adónde vamos? —le preguntó.

Cassidy se encogió de hombros, haciéndose la misteriosa. Delante de ellos, Eric distinguió un gran edificio.

—¿Qué es eso?

—El Arco de Mármol. Fue concebido como entrada del Palacio de Buckingham, pero al final resultó demasiado estrecha.

—Así que ahora está en medio del tráfico. Supongo que las cosas nunca salen como las planeas...

—Ya hemos llegado —dijo Cassidy, deteniéndose en un cruce de senderos.

A su espalda, Eric podía ver a un hombre subido a una especie de podio improvisado, protestando contra la guerra desatada por Estados Unidos contra Irak. Varias personas se habían reunido a su alrededor. Cerca había varios grupos escuchando y aplaudiendo a otros oradores, que pronunciaban sus discursos sobre diferentes temas.

—¿Qué es esto?

—Speaker's Comer, el Rincón del Orador —le explicó Cassidy—. Cada domingo, los buenos ciudadanos de Londres disfrutan y celebran su derecho a hablar en libertad, públicamente.

—¿Vienes tú aquí cada semana?

—Lo procuro. Me gusta escuchar lo que tiene que decir la gente.

Se sentaron en el césped. La temperatura había subido y Cassidy se desabrochó el abrigo y se lo dejó caer por los hombros. Luego alzó la cara para disfrutar de la caricia del sol de invierno, a través de las ramas desnudas de los árboles. Finalmente, miró a Eric.

Allí estaba, vestida con la sudadera de Saunders, con una expresión de felicidad en su rostro de piel cremosa, libre de maquillaje... De aquellos tres recuerdos que nunca se permitía evocar, el segundo retornó con toda su fuerza. Sí, aquella vez había llevado una camiseta igual que ésa, en Saunders, bajo el roble del parque central.

—Cassidy —le dijo mientras veían a los estudiantes apresurarse

hacia sus respectivas clases—. Tú sabes lo que siento por ti, ¿verdad?

Se volvió hacia él y asintió, esperanzada.

—Quiero que seamos algo más —continuó. El nudo que le atenazaba la garganta volvía temblorosa su voz.

—Lo sé —respondió.

La rotunda sencillez de aquella respuesta lo dejó momentáneamente asombrado.

—Pero todavía no podemos. Aquí soy profesor, técnicamente al menos. Quiero pedirte... —se interrumpió y empezó de nuevo—. Quiero pedirte que esperes. Aunque sé que no es justo. Eres joven y hermosa...

Cassidy lo acalló poniéndole un dedo sobre los labios.

—Ya he estado esperando —respondió lentamente—. Esperando a que me dijeras esto mismo.

—Entonces ¿por qué no me lo dijiste primero?

Cassidy se echó a reír.

—Porque tú siempre has adivinado mis sentimientos.

—El día de tu graduación... —le tomó una mano— empezaremos nuestra relación. Iniciaremos una nueva vida. Seremos algo más. Nos encontraremos... aquí mismo.

—Aquí estaré —le aseguró ella. Se inclinó hasta que su boca quedó sólo a unos centímetros de sus labios, y se apartó de golpe—. Vaya... Ya casi no podía esperar...

—No puedo esperar para ver lo que está haciendo ese hombre —dijo de pronto Cassidy.

Eric salió de su ensimismamiento, se frotó las sienes y miró hacia donde ella le estaba señalando. Frente a ellos, un hombre vestido de rojo, con un gran corazón roto de papel prendido en la camisa, acababa de montar una mesa y una silla plegables en el césped. En aquel momento estaba colocando sobre la mesa un cartel en el que podía leerse: *Asesoría amorosa*.

—Interesante —comentó Eric.

El hombre se instaló detrás de la mesa, pero en vez de esperar pacientemente a que se acercara alguien, se lanzó a un discurso de presentación.

—Damas y caballeros —gritó—. Me han dejado.

Un par de viandantes se detuvieron, curiosos. Eric miró a Cassidy, que arqueó una ceja.

—Me llamo Rex, y me han dejado —volvió a gritar, golpeándose el pecho con un puño—. Y fue por mi culpa.

—No me extraña —susurró Eric.

Cassidy rió entre dientes.

—Shhh.

—Me han dejado —repitió Rex—, y si quieren saber por qué...

—¿Por qué? —gritó Eric.

Cassidy, azorada, le tiró de la manga.

—Me alegra que me haya hecho esa pregunta, amigo. Yo se lo diré: ¡por miedo!

Un niño de corta edad, de paseo con su padre, se detuvo al escuchar el grito y se quedó mirando boquiabierto al hombre del traje rojo.

—Miedo, sí, fue por miedo —gritó Rex al mundo, reducido en aquel momento a una media docena de espectadores—. Miedo a confiar, miedo a la verdad, miedo a amar. ¡Y ahora he perdido a mi amada!

No estalló en sollozos ni nada parecido. Pero sus desesperadas palabras le llegaron a Cassidy al corazón.

—Me estoy confesando ante ustedes, mis queridos amigos —prosiguió Rex—, porque ya no me queda nada. Soy un hombre roto, destrozado. Y si puedo evitar que alguien más pueda cometer el mismo error, bueno... eso me consolará lo suficiente como para no lanzarme al Támesis de cabeza.

—Este tipo está empezando a ponerme nervioso —susurró Eric.

Pero Cassidy era incapaz de sonreír, de tomárselo a broma. Se

levantó de golpe del suelo.

—Vamos.

Eric se levantó también.

—¡Eh, usted! —le gritó Rex en aquel instante.

—Ohoh —murmuró Eric a Cassidy, antes de volverse hacia el hombre de rojo.

—¿Me merecía yo que mi mujer me dejase?

—Yo, er...

—¡Hable! Exprese su opinión.

—Pues... sí.

—¡Muy bien! ¡Eso es! —Rex acogió eufórico una respuesta tan deprimente—. Sí, claro que me lo merecía. Y ahora, amigo, míreme bien. ¿Está usted dispuesto a convertirse en el patético personaje que soy yo ahora?

—Desde luego que no —contestó Eric con una sonrisa satisfecha. Algunos espectadores aplaudieron su respuesta.

—¡Muy bien otra vez! Pues no corneta la misma estupidez que yo, si no quiere perder a esa preciosa mujer que lo acompaña.

Cassidy le metió prisa para que se marcharan de una vez.

—Buena suerte —se despidió Eric del hombre de rojo mientras pasaba por delante de su mesa.

—Mi suerte se ha agotado, amigo. Pero muchísimas gracias, de todas maneras, por su interés y comprensión.

Cassidy siguió a Eric, y justo en aquel momento Rex volvió el rostro hacia ella. De repente se detuvo en seco, impresionada por la inmensa desesperación que reflejaban sus ojos grises, sin vida. Una desesperación que le resultaba terriblemente familiar.

—Ah, claro —murmuró Rex—. Es usted.

Eric se alejaba ya de ella, creyendo que lo seguía. Pero Cassidy se había quedado paralizada, como hipnotizada por el hombre del corazón roto.

—Es usted... —repitió— quien tiene miedo. No su compañero.

Estoy seguro. Usted es como yo.

Cassidy se estremeció.

—Sea fuerte —la urgió Rex, tocándole un hombro—. Sea fuerte y vivirá feliz para siempre.

Cassidy, todavía paralizada, no vio que Eric se giraba en redondo.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió, muy serio—. ¿Te está molestando?

Cassidy negó con la cabeza y él se la llevó de allí.

En realidad, Rex sí que la había estado molestando... porque había tocado precisamente su punto sensible. Sabía que el pobre hombre sólo le había dirigido unas pocas palabras, pero con ello la había hecho sentirse aún peor. Tanto había bajado la guardia con Eric, que incluso un perfecto desconocido había podido leer su expresión como si fuera un libro abierto.

A pesar del consejo, no podía ser fuerte. Precisamente se sentía más débil que nunca.

—Ese tipo... ¿te ha dicho algo que te haya molestado? ¿Qué te haya alterado? —volvió a preguntarle Eric.

—No —Cassidy aspiró profundamente—. Tengo que irme.

—¿Qué? —se detuvo en seco—. ¿Por qué?

—Hoy tengo trabajo que hacer —resistió el infantil impulso de cruzar los dedos detrás de la espalda—. Tengo que ocuparme de algunas cosas antes de la jornada de mañana.

—Pero... ¿no habíamos decidido seguir adelante, improvisar, como tú misma dijiste?

—Así es.

—Y lo estás haciendo, ¿verdad? —inquirió decepcionado—. Sólo que sin mí.

Por primera vez en su vida, Cassidy deseó desesperadamente chillar, gritarle a todo el mundo lo que sentía, como Rex. Quería gritarle a Eric que, en su presencia, todo lo demás desaparecía. Que se olvidaba de todo excepto de él. Sus penetrantes ojos oscuros, sus



labios increíblemente suaves... le imposibilitaban pensar, y eso era muy peligroso.

—Esto no es el final —le aseguró—. Sólo tengo que...

—Lo siento. Sé lo importante que es tu trabajo para ti.

—Quizá, una vez terminada la jornada de mañana, podamos... podamos...

—Continuar con esto —terminó la frase por ella.

—Sí —musitó. Pero ahora no... no puedo.

Tenía que irse, estar sola. Lo necesitaba.

—Está bien —aceptó Eric, reacio—. Pero espero verte pasado mañana. Por favor. Saldremos a cenar, daremos un paseo, lo que quieras. Sea lo que sea lo que nos pasa, no quiero apresurarte, ni presionarte...

Cassidy advirtió que no le había recordado que no disponían de mucho tiempo antes de que se volviera a Estados Unidos. Tenía la sensación de que se quedaría si ambos decidían que era lo correcto para solucionar su situación.

Retrocedió un paso, dispuesta a volverse para enfilarse hacia la parada de metro. Pero antes de que pudiera hacerlo, Eric la tomó suavemente de la nuca y, atrayéndola hacia sí, la besó. Fue un beso leve como la caricia de una pluma, un lejano eco del tórrido y apasionado beso que habían compartido en el hotel.

Cuando se separó de ella, Cassidy sintió que la sangre le ardía en las venas. Y un violento calor se agolpaba entre sus muslos.

—Nos veremos en el pub donde comimos aquella vez, cuando salimos de la librería —le dijo él—. A la hora que tú digas. Te esperaré allí. Me llevaré un buen libro para estar entretenido —sonrió.

Cassidy se limitó a asentir con la cabeza.

—Hasta mañana —se despidió Eric con un tono tan tierno como su beso.

Se giró en redondo para dirigirse a la parada de metro. Aquel

beso la había dejado aturdida, casi mareada, pero intentó caminar bien derecha... en caso de que la estuviera observando.

## Capítulo 9

Durante todo el día siguiente, cada vez que el embajador Cole se asomaba a la oficina, era acribillado a preguntas y parabienes por los miembros de su plantilla. Por supuesto, durante el fin de semana ya se habían enterado de que había salido ileso del atentado, pero aun así suspiraron de alivio cuando lo comprobaron por sí mismos.

Todavía no había visto a Eric. Siempre había sido capaz de adivinarle el pensamiento, de modo que quizá había supuesto que desearía estar sola y se había evaporado en consecuencia. Todavía no estaba preparada para enfrentarse a él. Había sido idea suya lo de dejarse llevar, improvisar... pero eso no le había evitado sentirse terriblemente nerviosa e insegura.

A media tarde, el embajador entró en la oficina y carraspeó como si fuera a dirigirse a todo el mundo. Cassidy pidió un poco de silencio.

—Por favor, chicos, el embajador Cole quiere decirnos algo.

—Esta última semana habéis estado trabajando muy duro — empezó el diplomático—. Cada uno, en vuestra respectiva especialidad, habéis colaborado eficazmente y de manera personal en la actual iniciativa de paz para el conflicto irlandés. Por eso me siento tan orgulloso de vosotros.

Cassidy vio que Eric entraba por la puerta principal y se situaba discretamente en una esquina. El embajador pasó a elogiar la labor de los asesores enviados por el departamento de Estado. Cuando hubo terminado, pidió un aplauso general, para todo el mundo.

La sala entera estalló en vítores y aclamaciones. La mirada de Cassidy se encontró con la de Eric. Alzando las manos, aplaudió con

más fuerza. Sonriendo, Eric la imitó. Fue una especie de homenaje recíproco.

Cassidy era consciente de la importancia de aquel momento en su trayectoria profesional. Había sido un gran logro personal y, precisamente, lo estaba compartiendo con su viejo amigo y aliado: Eric Barnes.

En aquel instante, los problemas de su relación no importaban. Sólo eran dos personas que habían crecido juntas y que habían tenido la oportunidad de hacer algo importante para el mundo.

Cuando terminó el aplauso, el embajador dio por acabada la jornada de trabajo por ese día. Todo el mundo se apresuró a volver a sus mesas para apagar los ordenadores y recoger sus abrigos. Cassidy estaba pensando en hacer lo mismo cuando vio que el embajador Cole le hacía una seña a Eric. Los dos hombres desaparecieron en el despacho del diplomático. Frunció el cerio, extrañada.

—Eric, quiero darte personalmente las gracias por el inestimable trabajo que has hecho para nosotros —le dijo el embajador—. Me has sido de gran ayuda.

—Gracias, embajador —repuso, halagado—. Ha sido un honor poder trabajar con usted en un proyecto de tanta trascendencia.

—¿Te quedarás en Londres?

—Lamentablemente, no. Mañana por la noche sale mi avión para Boston.

El embajador se recostó en su sillón, observándolo mientras juntaba las puntas de los dedos, pensativo.

—Si decidieras quedarte en Londres, establecerte aquí, yo podría facilitarte las cosas...

—Es usted muy generoso —dijo Eric, sorprendido—. Pero no creo que tenga necesidad de aprovecharme de su amabilidad.

—Está bien, pero si en algún momento descubrieras que tienes una buena... —carraspeó— razón para quedarte aquí, yo podría

ayudarte en todo lo que hiciera falta.

Desvió deliberadamente la mirada hacia la ventana interior. Eric la siguió y vio a Cassidy cargada con un fajo de carpetas. Inmediatamente volvió a concentrarse en el embajador. ¿Cómo se habría dado cuenta? ¿Tan obvia había sido la relación que había mantenido con Cassidy en la embajada? Lo dudaba seriamente.

—Voy a darte un consejo —continuó el embajador—. No te marches tan rápido. Quédate un tiempo por aquí y explora tus opciones.

Eric decidió seguirle la corriente.

—Supongo que eso siempre entrañaría un riesgo.

Una sonrisa se dibujó en los labios del embajador.

—Como probablemente ya sabrás después de haber trabajado conmigo, yo no suelo hacer afirmaciones sin sólidas evidencias que las respalden.

«Me está diciendo que sabe que Cassidy me quiere», se dijo Eric, Ignoraba cómo lo había sabido, aunque eso no era tan extraño teniendo en cuenta que el astuto embajador la conocía desde hacía diez años. Los mismos diez años que había permanecido separada de él.

—No quiero entretenerte más —el embajador Cole se levantó de su sillón—. Confío en que me llamarás siempre que necesites algo.

—Por supuesto. Y lo mismo digo: me tiene a su disposición para lo que quiera.

—Me alegro de ello —sonrió, sincero.

De repente sonó el teléfono de su escritorio.

—Cúidese, señor —se despidió Eric, cerrando la puerta.

Recogió sus cosas y abandonó el edificio. Quería cambiarse antes de encontrarse con Cassidy en el pub.

Cassidy abrió la puerta. El corazón le latía acelerado mientras guardaba su agenda en el maletín. Se moría de expectación y de impaciencia. Durante todo el día se había estado imaginando a sí

misma besando a Eric en su hotel. Intentaba refrenarse, pero era imposible...

De pronto escuchó la voz del embajador, en la oficina:

—¿Os importaría prestarme atención un momento?

¿El embajador Cole? ¿De qué querría hablarles? Recogió cuaderno y bolígrafo y salió a la oficina principal. Una simple mirada a su rostro bastó para inquietarla. Estaba pálido, entristecido. Algo no iba bien.

El grupo reunido era mucho más selecto que el que había escuchado su discurso un rato antes. La mayoría habían aprovechado su invitación para marcharse temprano. Los que quedaban parecían perplejos. Charles miró a Cassidy y arqueó las cejas con expresión interrogante. Ella se encogió de hombros como respuesta.

El embajador Cole se aclaró la garganta:

—Me duele terriblemente tener que deciros esto. Acabo de recibir una llamada de teléfono. Nuestra compañera, Sophie Messing, ha fallecido esta semana como consecuencia de un accidente de tráfico en Estados Unidos.

Fue como si el suelo cediera bajo los pies de Cassidy. Se tambaleó, apoyándose en la pared.

—Oh, no —exclamó en voz alta.

La sala entera se quedó paralizada por unos segundos, hasta que varias mujeres rompieron a llorar. Charles se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cómo fue? —inquirió alguien, sollozando.

—Salía del aeropuerto en un taxi —explicó el embajador—. Otro vehículo perdió el control y colisionó contra el taxi.

—No —murmuró Cassidy de nuevo. Había resbalado por la pared hasta quedar sentada en el suelo—. No, no, no...

—He asistido a muchos trágicos sucesos en mi carrera —añadió el embajador—, pero éste... Sophie era una persona maravillosa, encantadora, entregada a su trabajo...

Continuó hablando, en un intento por consolar todo lo posible a su plantilla. Finalmente fue abrazando a sus empleados uno a uno. Cassidy se tocó la cara: la tenía bañada en lágrimas. ¿Sophie? ¿Cómo podía ser? Una chica tan joven, tan vibrante de vida, de amor... Y más valiente de lo que ella habría podido serlo nunca.

No supo durante cuánto tiempo estuvo sentada allí, en el suelo, conmocionada por la noticia. Finalmente, su jefe se arrodilló a su lado.

—Cassidy, lo siento mucho...

—Sí —susurró.

—La semana pasada la estuviste frecuentando bastante. ¿Os habíais hecho buenas amigas?

Intentó responder afirmativamente, pero se lo impedía el nudo que le cerraba la garganta.

—¿Recuerdas la sugerencia que te hice de que te tomaras unos días libres siempre que lo necesitaras? Probablemente éste sea el momento adecuado.

—Pero otra gente tal vez quiera tomarse vacaciones y... —protestó con voz débil.

—Nos las arreglaremos. Anda, vete de permiso. Intenta relajarte.

El diplomático la ayudó a levantarse antes de acercarse a otro miembro de la plantilla para presentarle sus condolencias.

Cassidy ni siquiera había querido que Sophie volviera a Estados Unidos. No después de que ella le hubiera contado que planeaba revelar a su prometido su más íntimo y oscuro secreto. ¿Había tenido al menos la oportunidad de aliviarse de aquella carga, de limpiarse antes de...?

Sabía que no. Había muerto de camino a su casa, procedente del aeropuerto. ¿Qué le había dicho Sophie? «Al final, todo se reduce a confiar en el otro. Lisa y llanamente. Cuando tú confías en alguien, le estás dando la oportunidad de que llegue a comprenderte. De que te quiera de verdad».

Sophie era diferente de Cassidy. Y Cassidy sabía que si su amiga hubiera podido prever su muerte, habría querido que Ken conociera la verdad de todas formas, para que pudiera recordarla tal y como había sido en realidad. Para que pudiera guardar duelo a la persona que realmente había sido.

Aquella nueva resolución se abrió paso en la niebla que envolvía su cerebro. Sacando fuerzas de flaqueza, se acercó al escritorio de Sophie y revisó sus objetos personales. Una grapadora. Unos cuantos collares de cuentas estilo Mardi Gras. Una fotografía de Sophie bebé en los brazos de su madre, con el Big Ben de fondo. Se dio cuenta de que nunca había tenido oportunidad de preguntarle a Sophie por aquella foto. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se las enjugó con el dorso de la mano y apartó una columna de papeles. Allí estaba. Su agenda.

La hojeó frenéticamente, saltándose páginas, hasta que llegó al final. No hubo suerte. Tuvo que comenzar desde el principio, por la letra «A». Se esforzó por concentrarse.

—Ken... casa, Ken... móvil... Ken... trabajo.

Se apuntó los datos en una tarjeta, corrió a su despacho a recoger sus cosas y salió de nuevo sin detenerse siquiera a ponerse el abrigo.

—¿Podría hablar con Ken, por favor?

Una entristecida voz de mujer mayor había respondido en el número de teléfono de su casa.

—No sé si podrá...

—Por favor, señora —la interrumpió—. Me llamo Cassidy Maxwell y soy... —tragó saliva— era amiga de Sophie. Me urge hablar con él.

—Espere —le dijo la mujer tras una pausa.

Cassidy escuchó voces apagadas de fondo, de hombre y de mujer. Luchó contra el impulso físico de colgar, de dejarlo todo en paz, de no remover nada. Tantos años se había pasado ocultando su oscuro y repugnante secreto que parecía como si su propio cuerpo se negara a obedecerla. Las manos le temblaban tanto que apenas podía sostener



el teléfono, su cerebro le gritaba que colgase, el corazón amenazaba con salirse del pecho. Sentada en el sofá, flexionó las rodillas y se las abrazó, intentando dominarse.

Se recordó que la pobre Sophie había estado a punto de hacer eso mismo por propia voluntad. Tenía que sobreponerse y mantener el coraje necesario durante unos minutos más...

—¿Diga?

Escuchó finalmente la voz de Ken, y se le rompió el corazón. Parecía vacía, hueca, desgarrada de dolor.

—Hola, Ken. Me llamo Cassidy Maxwell. Trabajaba con Sophie en Londres.

—Sí, eras su jefa —lo dijo sin ningún sentimiento, como constatando un dato—. Me habló de ti.

—Últimamente habíamos intimado mucho. Quería presentarte mis condolencias más sinceras —le estaba costando un gran esfuerzo. Expresarse verbalmente no era su fuerte: peor aún en unas circunstancias tan trágicas—. Era una persona... maravillosa.

—Sí —respondió Ken, y se le escapó un sollozo—. Sí que lo era.

Cassidy esperó unos segundos a que se recuperara.

—Ken, te llamaba también por otra razón. Sophie... Sophie pretendía entregarte algo a su llegada a Estados Unidos. Una... una carta.

—¿Una carta?

—Sí. Pensaba escribírtela.

—¿Por qué?

Se le cerró la garganta. ¿Qué estaba haciendo? Ella no conocía el secreto de Sophie. Podía cometer un enorme error al hablar con Ken.

Estaba a punto de colgar tras volver a darle el pésame cuando recordó las palabras de Sophie: «Sé que piensas que no debo hacerlo, pero yo estoy completamente segura. Además, cada situación es diferente. Ésta es la decisión correcta para mí, incluso aunque, en tu caso particular, tú estés convencida de que lo mejor es callarse».

Sophie había tomado una decisión que no le correspondía a ella juzgar. Su obligación era respetar y hacer cumplir sus deseos. Se aclaró la voz y reunió las fuerzas necesarias para continuar.

—Jamás se me habría ocurrido molestarte en una situación como ésta, pero hace unos días Sophie me dijo que estaba decidida a escribirte una carta y que era... de vital importancia que la leyeras — interpretó su silencio como una autorización para continuar—. Yo no conozco el contenido de esa carta. Iba dirigida a ti personalmente. Pero ella me dijo que pensaba escribirla en el avión, de camino a casa. Puede que la carta esté en su bolso, o en su equipaje. Será mejor que esperes hasta que estés mínimamente... recuperado para leerla... Yo sólo quería que supieras de su existencia.

El silencio de Ken se prolongó de manera insoportable. Cassidy empezó a preocuparse de que no la hubiera escuchado bien, debido a su estado.

—Yo... —pronunció al fin— buscaré esa carta.

—Sophie te quería con locura, Ken. Y esperaba construir un futuro contigo.

Escuchó un sonido que pudo haber sido un sollozo o una amarga carcajada.

—Lo sé.

Cassidy sonrió entre lágrimas. Por supuesto que lo sabía.

—Gracias, Cassidy.

Sin darle tiempo a que se despidiera, colgó suavemente el teléfono.

Cassidy presionó una mejilla contra sus rodillas, clavada la mirada en la ventana. El cielo estaba oscuro: era más de medianoche. Aquella llamada, cumpliendo con el último deseo de Sophie, había sido necesaria, pero aterradora.

Revelar su propio secreto sería quizá aún más aterrador, pero afortunadamente no tan necesario. Se había dejado arrastrar por Eric. Por sus recuerdos, y por el Eric actual: su sonrisa, sus besos...

Sonó el teléfono por enésima vez durante las cuatro últimas horas. Y, por enésima vez, no contestó. Tres horas atrás la había llamado al portero electrónico. Se había quedado en el salón, en silencio, oyéndolo sonar por lo menos cuatro veces, con cinco minutos de diferencia. Hasta que dejó de insistir.

Se sentía mal, pero no tanto como para arrepentirse de lo que había hecho. Había bajado la guardia con Eric. Y sabía que si volvía a verlo, volvería a sucederle lo mismo. No estaba a salvo, ni ella ni sus secretos, cuando estaba cerca de Eric.

De manera que había llegado la hora de alejarse. Y sabía el lugar exacto adonde ir.

Se levantó del sofá para dirigirse apresurada al dormitorio. Sacó su maleta de debajo de la cama y empezó a abrir los cajones de la cómoda para llenarla de ropa. Se marcharía. Se iría sola y esperaría a que Eric regresara a Boston. Luego volvería a Londres y empezaría de nuevo. Sabía que podría hacerlo. Siempre se le había dado bien comenzar desde cero.

Eric se levantó de la cama dos horas antes de las ocho, la hora que tenía programada en el despertador. No tenía sentido quedarse acostado si no podía dormir.

Se sentó ante su escritorio. Un rayo de sol entraba por una rendija de las cortinas, iluminando la habitación. Los días pasados en ella la habían convertido en un hogar. Pero la noche anterior, tras el terrible descubrimiento de que Cassidy había decidido nuevamente desentenderse de él, había canalizado su furia haciendo las maletas para su vuelo de regreso.

Se había sentido como un verdadero estúpido, telefoneándola sin cesar y acudiendo incluso a su apartamento. Eso era algo que tiempo atrás se había prometido no hacer, pero lo había hecho. Peor aún: esa vez no había estado dispuesto a renunciar sin resistirse, sin plantar batalla.

Desde la calle había visto una luz encendida en su apartamento. Y

había vislumbrado una sombra detrás de una cortina, antes de que llamara por primera vez al portero electrónico, de modo que al menos se había asegurado de que físicamente se encontraba bien. Aunque habría preferido verlo con sus propios ojos, sentirla en sus brazos...

Cerró los ojos para visualizar mejor su imagen, y se despertó dos horas después con la cabeza echada hacia atrás, colgando del respaldo de la silla en una dolorosa postura. Se tumbó sobre la arrugada cama, ya fría, y se quedó mirando el teléfono por unos segundos.

Ya no le quedaba ni orgullo. Marcó el número de la embajada para pedir que lo pusieran con administración. Una secretaria le informó de que Cassidy Maxwell no se personaría en la oficina durante los próximos días.

Se recostó contra las almohadas, perplejo. Cassidy no era mujer que faltase a su trabajo. Habría sido capaz de presentarse hasta en camilla. Se vistió y salió a toda prisa del hotel. En un tiempo récord estaba ya en la calle de Cassidy, gracias al eficaz servicio de metro. Se disponía a pulsar el timbre cuando la puerta se abrió de golpe, dando paso a un trabajador con el mono manchado de pintura. Era el encargado de mantenimiento del edificio.

Revisó los nombres de los buzones: el apartamento de Cassidy se encontraba en el segundo piso. Subió un tramo de escaleras. En el rellano había trapos grandes en el suelo, brochas y un cubo de pintura. Una vez ante la puerta, vio que el pomo estaba salpicado de blanco. A la altura de los ojos había un pequeño gato de bronce adherido a la puerta, a modo de decoración, con un cartel de «Bienvenido». Llamó con los nudillos.

— ¿Cassidy? Por favor, soy Eric.

No hubo respuesta. Se estaba preguntando si debería localizar al propietario para asegurarse de que estuviera bien, cuando el trabajador que había visto salir antes apareció de nuevo con dos

cubos en cada mano. Eric le apartó amablemente las brochas y el otro cubo para que no se tropezara.

—Gracias, amigo —le dijo el hombre, dejando su carga en el suelo—. Si está buscando a la señorita Maxwell... hará una media hora que se ha marchado.

Eric frunció el ceño. Se preguntó si estaría enferma, si le habría pasado algo...

—¿Parecía... er... parecía encontrarse bien?

—Sí, claro. La señorita Maxwell siempre tiene buen aspecto, ¿no le parece? —rezongó mientras se agachaba para destapar un cubo—. Pero casi me alegro de que no esté aquí. Últimamente no tuve ocasión de avisarla de que hoy quería pintar todas las puertas. Así no tendrá que sufrir las molestias.

Eric se quedó allí durante unos minutos más, sin saber qué hacer. ¿Mirar tal vez en la pastelería del otro lado de la calle? ¿En la librería? No sabía adónde más podía haber ido...

El pintor alzó de repente su cabeza de un rubio ceniciento.

—¿Todavía sigue aquí? ¿Podría hacerme un favor? —se levantó pesadamente, retiró el gato de adorno de la puerta y se lo entregó—. ¿Podría guardárselo a la señorita Maxwell? Tengo que pintar su puerta y no sabía dónde dejárselo, dado que no regresará hasta dentro de unos días...

—¿Qué? ¿Cómo lo sabe usted?

—Bueno, yo le bajé la maleta. Y pesaba bastante, se lo aseguro.

—¿Adónde iba?

El pintor arqueó una ceja.

—Ni idea. Ni lo sabía ni se lo pregunté.

Eric se guardó el pequeño gato de bronce en un bolsillo interior del abrigo.

—Gracias —bajó las escaleras y salió a la calle. Pero cuando sintió el aire frío de la mañana, se detuvo en seco. Cassidy se había marchado con una maleta en la mano. Podría estar en cualquier

parte.

¿Por dónde empezar a buscarla?

Eric se dirigió al único lugar que se le ocurrió. La embajada.

Afortunadamente el embajador se encontraba en el edificio. Lo recibió en cuestión de minutos.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Bueno, ayer estuve pensando que quizá sí que tenga una buena razón para seguir en Londres, después de todo.

—¿Ah, sí? —replicó el diplomático, animado.

—Pero me temo que acabo de perderla.

El embajador Cole parecía confuso.

—Estoy hablando literalmente —le explicó Eric—. La he perdido. No encuentro a Cassidy. Se suponía que íbamos a vernos y... Sólo necesito saber que se encuentra bien.

El embajador soltó un profundo suspiro.

—Una de nuestras empleadas, Sophie, falleció en un accidente de tráfico en Estados Unidos, hace unos días.

Eric se quedó paralizado. ¿La joven y alegre Sophie? ¿La amiga de Cassidy?

—¿Cuándo...?

—Recibí el aviso ayer mismo, justo después de que tú te marcharas. Ha sido un duro golpe para todo el mundo. Le aconsejé a Cassidy que se tomara unos días libres.

Eric sintió una opresión en el pecho. Perder una amistad siempre representaba un duro golpe. Le habría gustado que Cassidy hubiera recurrido a él. Así habría estado a su lado para apoyarla, para hacer algo por ella, lo que fuera...

—La estuve llamando mil veces. Fui a su casa. Tengo que asegurarme de que se encuentra bien.

—Yo hablé con ella esta mañana.

Eric suspiró aliviado, pero no pudo evitar la pregunta que atravesó su cerebro: «¿Por qué no me llamó a mí?».

—Físicamente se encuentra bien —añadió el embajador—. Emocionalmente... bueno, su estado es algo frágil.

—Necesito... —empezó Eric, pero se interrumpió al instante.

—Entiendo que no se trata de una pregunta de cortesía por su estado de salud. Quieres que te diga dónde está, para poder ir a buscarla, ¿verdad?

No tenía sentido negarlo. Habría sido perder el tiempo.

—En efecto.

—Entiendo —el embajador lo observó por un momento—. Pero si no se ha puesto en contacto contigo... a lo mejor es porque no desea verte.

—¿Ella le dijo eso?

—No, pero es una conclusión bastante lógica, ¿no te parece?

Eric suspiró.

—Me preocupo por Cassidy —continuó el embajador—. Es como de la familia. No querría en absoluto contrariar sus deseos... Pero por otro lado soy bastante mayor que ella. Si me quedara aquí sentado, reflexionando al respecto, quizá decidiera ir contra sus deseos y hacer lo que considerara lo mejor para ella —se interrumpió—. Sin embargo, no tengo tiempo. Hoy voy a estar muy ocupado, gracias a la ausencia de mi mejor colaboradora.

Eric no quiso entretenerlo más. Levantándose, le tendió la mano. El embajador se la estrechó.

—¿Te he hablado alguna vez de la residencia de verano que poseo en Brighton?

—No, nunca —repuso Eric, sorprendido.

—Es pequeña y se levanta a la orilla justo del agua. Se llega por la carretera de la costa pasado el pub The Salty Goose. La última de la fila. Color verde oscuro.

Eric seguía sin saber qué decirle.

—La tengo bien amueblada —el embajador lo acompañó hasta la puerta—. Y me la limpian regularmente. Es el perfecto lugar para

escaparse, si alguna vez necesitas pasar algún tiempo a solas, para pensar y reflexionar...

Antes de que llegara a terminar la frase, Eric tomó conciencia del valor de aquella información. Cassidy.

Cassidy estaba allí.

—Mis colaboradores más cercanos saben que pueden utilizarla siempre que lo necesiten —añadió el diplomático.

—Suenas el lugar perfecto —repuso Eric, más animado.

—Lo es. Seguro que ha debido de hablarte de ella —le abrió la puerta.

—Sí. Probablemente se me olvidaría —y se marchó, con una sonrisa.



## Capítulo 10

*Estimado Sr. Broadstreet:*

*Le escribo esta carta en apoyo del profesor Gilbert Harrison. He tenido conocimiento de que...*

*Estimado Sr. Broadstreet:*

*Le escribo esta carta en protesta por la reciente decisión tomada por el consejo universitario de Saunders contra el profesor Gilbert Harrison...*

*Señor Broadstreet:*

*¿Está usted loco o es simplemente estúpido? El profesor Gilbert Harrison es un docente modelo para los alumnos, y encima usted pretende despedirlo. Como antigua alumna suya, no puedo creer que esté pensando en privar a los estudiantes de una influencia tan benéfica y enriquecedora. Si tan dispuesto está a echar a alguien... ¿dónde diablos estaba usted hace diez años, cuando aquel desagradable monstruo y maníaco sexual, Randall Greene, disfrutaba de una posición de privilegio en la universidad y...?*

Cassidy arrugó la enésima carta que había empezado y la lanzó a la papelería. Como no la terminara pronto, iba a quedarse sin papel. El problema era que no podía. Cada carta que comenzaba a escribir en defensa de Gilbert se le antojaba floja, convencional, cuando no cargada de rabia y resentimiento. Ninguno de esos dos estilos serviría para ayudar al profesor.

Y sin embargo, tenía que acabarla ese mismo día. Llevaba postergándola toda la semana, pese a saber que cuando la terminara, coincidiendo con la marcha de Eric de Londres aquella misma noche, se quedaría liberada. Para volver a empezar de nuevo.

Una vez más.

Sentada en su sillón tapizado de cuero, se apartó del elegante

escritorio. En la residencia de verano del embajador en Brighton se sentía como si estuviera en su casa. Era el último de una larga fila de edificios, en la misma línea de costa, un verdadero remanso de paz y tranquilidad. Nadie la encontraría allí.

La brisa marina azotaba el cristal de la ventana y las primeras gotas de lluvia empezaron a repiquetear contra el cristal. Todo estaba oscuro. Le costaba creer que el mar estuviera tan cerca, cuando sólo podía ver su propio reflejo a la luz de la lámpara del escritorio. Su pijama de satén amarillo resplandecía en la penumbra de la habitación.

Se había traído libros consigo, pero no podía concentrarse en la lectura. La televisión no llegaba a soportarla más de una hora. Había intentado dormir siesta. Incluso había probado a meditar, amontonando almohadones en el suelo y sentándose en ellos, pero su mente se negaba a sosegar. Siempre estaba pensando en Eric.

Había confiado en que aquel aislamiento autoimpuesto le despejaría el cerebro. Pero no. Todas y cada una de las escenas vividas con Eric desde que llegó a Londres desfilaban de manera incesante por su mente, una y otra vez.

Aquello ya le había sucedido una vez antes. Diez años atrás, cuando desapareció de Saunders. Los recuerdos de Eric la habían atormentado también en aquel entonces, mientras yacía en la cama, esperando aturdirse a base de calmantes y analgésicos. Pero no le sirvió, pese a la gran cantidad de pastillas que llegó a consumir.

Hasta que un día una mujer llamó a su puerta, la puerta de aquel mezquino apartamento que tanto odiaba. Aquella psicóloga pareció surgir de la nada. No le dijo cómo la había localizado, pero le prometió que la ayudaría a salir de aquel trance. A librarla de su adicción a los medicamentos. La oferta de trabajo en Londres fue la respuesta a sus plegarias, caída directamente del cielo.

Y aprovechó la oportunidad con tanta rapidez que ni siquiera perdió el tiempo en preguntarse cómo la había encontrado aquella

psicóloga. Luego, una vez en Londres, se concentró en bloquear todo recuerdo de Massachusetts, psicóloga incluida...

Pero ahora estaba pensando en ello. Recordándolo todo.

La misteriosa psicóloga experta en adicciones a medicamentos. La repentina oferta de trabajo. ¿Qué era lo que le había dicho Eric? Le había hablado de la existencia de un benefactor. Gilbert Harrison actuando de parte de un rico benefactor, una especie de filántropo.

¿Sería posible? Aquel benefactor... ¿le habría conseguido a Cassidy el trabajo de su vida? ¿Y la habría librado de su adicción a los medicamentos?

Y... ¿habría estado asimismo detrás del duro y merecido castigo que sufrió Randall Greene? Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que era cierto. Una punzada de remordimiento por Gilbert le atravesó el corazón. De alguna manera, aquel misterioso amigo suyo le había salvado la vida. Mientras tanto, el pobre Gilbert estaba viviendo un infierno. Perder el trabajo en la universidad lo destrozaría. Recordaba bien su pasión por la enseñanza. Como recordaba asimismo su oscuro secreto: una conversación escuchada al azar, un vistazo a un archivo. Se encontraba en una posición tan difícil como delicada. Años de simulación, de ocultamiento, podrían acabar en escándalo. Y Gilbert saldría definitivamente perjudicado, al igual que otra persona cuya identidad Cassidy conocía casualmente...

Pero ¿qué podía hacer en aquel momento por su antiguo profesor? ¿Escribir una simple carta? ¿Con eso sería suficiente? Tenía que idear algo más. Una carta no serviría de nada. Eric se había mostrado muy seguro al respecto.

Eric. Otra vez Eric.

La última vez que lo vio... los dos se estaban aplaudiendo el uno al otro, felicitándose por su labor. Ése tendría que ser su último recuerdo.

Tanto Eric como ella se habían sentido tentados de continuar su relación donde la habían dejado.

Pero había transcurrido demasiado tiempo. Eran personas diferentes, mayores, adultas. Habían cambiado.

Para Sophie, la decisión acertada había sido la de reconciliarse con su pasado. Después de todo, proyectaba casarse con Ken. Pero la situación de Cassidy era completamente distinta.

Eric ya no estaba enamorado de ella. Se le escapó una lágrima, pero no se molestó en enjugársela. Entre la tragedia de Sophie y la nueva separación de Eric, llorar se estaba convirtiendo en una costumbre.

Se asomó de nuevo a la ventana y volvió a ver su reflejo en el marco, esa vez con una lágrima brillando en su rostro como si fuera una perla. Unos golpes en la puerta le hicieron volver rápidamente la cabeza. No era demasiado tarde, pero la playa estaba desierta con aquel tiempo, y además a esas alturas de año.

Recorrió la habitación con la mirada hasta posarla en el abrecartas del escritorio. Estaba pasando la peor semana de su vida. Y estaba desesperada. Así que si algún lunático pensaba asaltarla, iba a llevarse una sorpresa...

Otra llamada, esa vez más fuerte. Y seguida de una voz. Cassidy salió del despacho y atravesó el salón para escuchar desde el vestíbulo. La lluvia caía más fuerte.

—¡Cassidy! —oyó—. ¡Cassidy!

No. Ningún lunático empeñado en asaltar la casa la habría llamado por su nombre. Pero el embajador sí. No le había mencionado que pensaba ocupar su residencia, pero probablemente habría ido a visitar a su amiga y se habría dejado caer por allí para asegurarse de que se encontraba bien.

Dejó el abrecartas sobre una mesa y descorrió la cadena para abrir la puerta.

—Cassidy.

No podía ser. Eric. Tenía el pelo empapado. Bajo el abrigo abierto, el fino suéter de algodón se le pegaba al pecho, húmedo. ¿Cómo

había podido...? Transcurrieron varios segundos. Fue él quien habló primero.

—Huiste de mí. Huiste de nosotros. Con una vez es suficiente, Cassidy. No toleraré una segunda.

Cassidy lo miraba fijamente. Encontró la voz para hablar, pero no pudo evitar un ligero tartamudeo.

—¿Porpor qué? ¿Cómo... cómo me has encontrado?

—¿Que por qué? —repitió él—. ¿Creías acaso que me olvidaría de ti? ¿Entonces... y ahora?

Cassidy no contestó.

—Sigues siendo tan buena escondiéndote como antes. Pero supongo que te acordarás de lo que te dije aquella vez, cuando éramos niños, ¿no?

Sacudió la cabeza. Estaba temblando como una hoja.

—Por mucho que tarde en encontrarte, lo único que tienes que hacer es esperar. Siempre descubriré dónde estás y siempre terminaré encontrándote. Eso fue lo que te dije.

Aquellas palabras, durante tanto tiempo olvidadas, la hicieron estremecerse por dentro. Aunque en el fondo sabía que debería haberse preparado para escucharlas de nuevo, el efecto fue semejante al de una descarga eléctrica, sobre todo cuando añadió:

—Porque te quiero.

—Yo... yo...

Incapaz de pronunciar palabra, se lanzó a sus brazos. Sus bocas se fundieron apresuradamente. Cassidy pudo sentir las fuertes manos de Eric acariciándole la espalda, mientras la fría lluvia le salpicaba el pelo. Se rindió a los elementos, a la noche, al único hombre que había amado en su vida.

Cuando empezó a sembrarle el cuello de besos, echó la cabeza hacia atrás con un gemido. Luego Eric bajó las palmas de las manos a sus senos, con los pulgares buscando sus endurecidos pezones bajo el fino satén. Cassidy arqueó la espalda para intensificar el contacto.

Con un gruñido, la levantó en brazos, entró en el vestíbulo y cerró la puerta con el pie. Cassidy se abrazó a su cuello y le dio otro apasionado beso, delineándole el contorno de los labios con la lengua. Lo sintió tambalearse por un momento hasta que recuperó el control.

Se detuvo en el salón, donde Cassidy había encendido la chimenea y varias velas que ardían sobre la repisa. Un resplandor dorado bañaba la habitación. La bajó al suelo, y ella lo miró a los ojos. En la penumbra tenían un brillo opaco, de deseo. Contuvo el aliento. Durante diez años había esperado aquel momento. Desde su llegada a Londres, no se había dejado tocar por ningún hombre.

Nunca había deseado a nadie más que a Eric. Vio que no se movía. Sabía que ansiaba hacerlo. Le quitó el abrigo empapado y lo dejó caer al suelo. Acto seguido le sacó el suéter también húmedo por la cabeza. Eric se limitó a descalzarse, aparentemente dispuesto a dejarle la iniciativa.

Tenía un torso hermoso, fuerte. El resplandor de la chimenea destacaba el dibujo de sus músculos, con su fino vello oscuro. De nuevo se miraron fijamente a los ojos.

«Sabe siempre lo que estoy pensando», se dijo Cassidy. «Incluso ahora». Una expresión de desafío asomó a sus ojos. Se desabrochó la chaqueta del pijama y, aspirando profundamente, se lo dejó caer por los hombros.

No llevaba nada debajo.

Eric no despegó los ojos de los suyos. Estaban absolutamente cautivados. «Léeme el pensamiento», parecía decirle ella. «Sabes lo que siento, ¿verdad?».

No parpadeó. Pero Cassidy llegó a vislumbrar un leve temblor en su labio inferior. Quería verla.

Sin vacilar, se bajó el pantalón del pijama y se lo quitó. Sin dejar de mirarlo en ningún momento. Eric tenía el rostro tenso, rígido. Como si le estuviera suplicando algo en silencio.

Pero aun así lo hizo esperar durante unos segundos más, para que pudiera leerle el pensamiento que estaba intentando transmitirle. «Yo también te quiero».

Cuando lo hizo, cerró lentamente los ojos. Pudo sentir entonces su mirada recorriendo su cuerpo, incendiándola. El primer contacto de las puntas de sus dedos la excitó de inmediato, insoportablemente: una sensación que hacía años que no experimentaba. Se estremeció por entero, de pies a cabeza.

Eric dejó caer las manos y ella abrió los ojos a tiempo de contemplarlo mientras se quitaba los pantalones, el calzoncillo y los calcetines. Todo a la vez. Se abrazaron, ya desnudos. Y mientras lo hacían, suspiraron de alivio. Finalmente se dejaron caer en la mullida alfombra oriental de color vino, frente a la chimenea.

Tumbándola de espaldas, se inclinó sobre ella y cerró los labios sobre un pezón. Le abrasaba la piel con la lengua, capturando la punta con los dientes. Sólo cuando Cassidy ya no pudo soportarlo más, cambió de seno.

Trazó luego un sendero de besos hasta su vientre y ella se incorporó sobre los codos para observarlo, gimiendo conforme iba descendiendo más y más... Le arrancó un jadeo en el instante en que deslizó un dedo por la pequeña tira de vello. Buscó el sensible botón entre sus pliegues, bajó la cabeza... y pasó a acariciarla con los labios.

Un grito de necesidad escapó de su garganta mientras Eric lamía, chupaba. Deslizó una mano todo a lo largo de la cara interior de un muslo, hasta la pantorrilla, y le alzó la pierna para apoyársela sobre un hombro. A continuación volvió a acariciarle un seno, frotándole suavemente el pezón con dos dedos.

Nunca antes había experimentado Cassidy nada parecido. La sensación fue creciendo por momentos hasta que de pronto explotó. Cada célula de su cuerpo, cada pensamiento de su cerebro se disolvió de repente.

El crepitar del fuego la sacó de su momentáneo ensimismamiento. Eric se inclinaba sobre ella. La tenía firmemente agarrada de las nalgas.

—Cassidy —suspiró—, si tú no...

Por toda respuesta, lo atrajo hacia sí y separó las piernas. Bajó una mano y cerró los dedos en torno a su dura erección. Eric le agarró la muñeca, sin aliento.

—No, si me tocas, te necesitare y...

Cassidy alzó los brazos sobre su cabeza. Eric aún no le había soltado la muñeca. Le sujetó la otra y la miró a los ojos como para comunicarse nuevamente a través del pensamiento. Ella tampoco parpadeaba.

La penetró lentamente, y a cada pequeño embate, su rostro se iluminaba de éxtasis. Saboreó la sensación de sentirlo completamente dentro de sí, de acogerlo en su cuerpo...

Cuando estuvo profundamente enterrado en ella, se quedó quieto. Cassidy alzó la cabeza y lo besó.

Acto seguido empezó a moverse, suavemente al principio, cada vez con mayor fuerza. Cassidy clavó los talones en la mullida alfombra mientras se adaptaba a su ritmo. Enredó las piernas en torno a su cintura, cruzando los tobillos. Podía sentir los músculos de su zona lumbar tensándole mientras empujaba una y otra vez. La fricción resultó insoportable y cerró los puños sobre su cabeza, exigiéndole que la acompañara en tan dulce liberación.

Eric pronunció su nombre en un suspiro y se derrumbó sobre ella. Cassidy lo abrazó emocionada, deseosa de fundirse con su alma.

Poco a poco su pulso se fue tranquilizando. Había dejado de llover. Desde donde estaban, podían distinguir claramente el rumor de las olas. Le acarició tiernamente el cabello, seco ya.

Permanecieron en aquella postura durante un buen rato. Cassidy contemplaba distraída las sombras que proyectaba el resplandor de la chimenea en el techo. Eric descansaba con el rostro enterrado en



su cuello.

—Cassidy.

Se apartó levemente para poder mirarlo a la cara.

—Quería decirte que no me importa lo que sucedió hace diez años —al ver su expresión confundida, añadió—: No, ya no me importa. Ni siquiera volveré a preguntarte nada. Lo pasado, pasado. Contamos con una nueva oportunidad de estar juntos. Lo importante es el presente, el ahora —alzó una mano para retirarle un mechón de cabello de la frente—. Este mismo instante.

Le acarició una mejilla, y Cassidy, temblando como consecuencia de lo que acababa de escuchar, de la libertad que le había otorgado, se separó para levantarse. Fue a la habitación de invitados que estaba ocupando y volvió con dos almohadas y un edredón. Una vez que estuvieron cómodamente acostados, cara a cara, enredadas las piernas, le confesó en un susurro:

—Te quiero.

Eric esbozó una radiante sonrisa y la besó. Luego se quedó dormido. Ella, en cambio, se quedó despierta durante horas. Pero ambos quedaron tranquilos, en paz.

Eric se despertó solo. La cruda luz de la mañana había transformado la mágica y misteriosa habitación de la víspera en otra mucho más real, casi anodina. Se estremeció: la chimenea estaba apagada.

¿Dónde estaba Cassidy? ¿Habría huido de nuevo?

Se levantó de un salto, todavía adormilado. Recogió sus vaqueros del suelo y se los puso. Sin molestarse en abrochárselos, miró a su alrededor y se dirigió al pasillo. Aquella residencia tenía muchas habitaciones, todas ellas vacías.

Se esforzó por no dejarse arrastrar por el pánico, pero su mente daba vueltas y más vueltas, preguntándose dónde tendría que buscarla ahora... Con el corazón encogido, abrió la puerta de la última habitación y la encontró allí, vestida con unos vaqueros azules

y un suéter... preparando tranquilamente su equipaje.

Se apoyó en el marco de la puerta, sin decir nada. Cassidy alzó la mirada con una expresión de sobresalto.

—Oh. Te has levantado. No quería despertarte.

—No me sorprende —arqueó una ceja—. Evidentemente despertarme no entraba en tu plan de salir corriendo una vez más.

Cassidy sacudió la cabeza. Durante un buen rato no dijo nada.

—Tenemos que irnos al aeropuerto.

—Cassidy, por favor...

—¿No se suponía que tenías que regresar anoche a Boston?

—Sí —se pasó las dos manos por el pelo—. Pero me vine aquí.

—Lo sé. Así que ahora nos vamos a ir al aeropuerto a conseguirte otro billete. Espero que nos pongan juntos.

Eric se la había quedado mirando sin comprender.

—Yo te acompaño —le explicó Cassidy—. Nos vamos a Saunders.

Experimentó un alivio tan inmenso que corrió hacia ella, dispuesto a levantarla en volandas.

—Lo siento, yo pensaba...

Cassidy le acunó el rostro entre las manos.

—Sé lo que pensabas. Pero escucha esta promesa que voy a hacerte. Nunca volveré a huir, a alejarme de ti. Por favor, créeme.

—Te creo —la abrazó, besándola, y ella le devolvió el beso. Cayeron en la cama, riendo.

—Espera, espera... Hablo en serio. Cuanto antes lleguemos al aeropuerto, más posibilidades tendremos de conseguir un vuelo para hoy. Por cierto, ¿cómo iremos hasta allí?

—He alquilado un coche. Por poco me estrello en el camino. Como van por el lado equivocado de la carretera...

Cassidy se echó a reír.

—De vuelta conduciré yo.

—Buena idea. Ah, y... gracias. Significa mucho para mí. Me refiero a lo que vas a hacer por Gilbert.

—Lo hago por varias razones —explicó, poniéndose seria—. Hay unas cuantas cosas que quiero hacer. Espero que cuando lleguemos... lo comprendas.

—Lo que sea —la besó en una oreja.

—Te quiero. Y, porque te quiero, voy a hacer lo que tengo que hacer.

—Lo que tendrías que hacer ahora mismo... es dejarme que te desabrochara este precioso suéter que llevas y...

—Nos vamos —ordenó Cassidy, poniéndose seria de nuevo—. Si colaboras, te dejaré que me desabroches mi precioso suéter en un motel de Massachusetts.

Aquello sonaba muy bien. Maravillosamente bien.

# Capítulo 11

—Embajador Cole.

—Embajador, soy Cassidy.

—Ah... ¿qué tal te va? ¿Cómo estás?

—Estoy... muy bien. Pero llamaba para pedirle que me prolongara el permiso de varios días... a un par de semanas. ¿Tiene..., tiene algún problema al respecto?

—Ninguno. Tómame el tiempo que necesites. Creo que ésta será la primera quincena de vacaciones que te tomas desde que empezaste a trabajar con nosotros, así que, evidentemente, no voy a reprocharte que me hayas avisado con tan poco tiempo de antelación —se echó a reír pero luego se quedó callado, como esperando alguna explicación por su parte.

—Me vuelvo a Massachusetts. Tengo que... ayudar a un viejo amigo.

—Entiendo. Y también te acompañará otro viejo amigo, ¿verdad?

—Como si usted no lo supiera... —bromeó—. Dudo que Eric me encontrara por pura casualidad en Brighton. Desde luego, no fue preguntando puerta por puerta... —miró hacia la tienda de la sala de espera del aeropuerto, donde Eric estaba comprando chicles y dos latas de soda, y sonrió—. Gracias por su ayuda, embajador.

—De nada.

—Debo decirle, sin embargo, que me preocupa no poder estar aquí para ayudarlo si su iniciativa de paz vuelve a caldearse.

—Cassidy, el conflicto irlandés lleva décadas así. Tanto si mi iniciativa funciona como si no, dos semanas no significarán ninguna diferencia —le recordó—. No te preocupes.

—¿Y si no funciona su iniciativa? —le preguntó.

—Pues entonces tendremos que ponernos a trabajar otra vez desde cero.

—Pero ha costado tanto trabajo... Sería tan duro verla fracasar...

—No existen los fracasos, Cassidy —se echó a reír—. Son sólo pequeños rodeos dentro de un viaje mucho más largo.

—No sé si se lo he dicho alguna vez, embajador Cole, pero... para mí ha sido un auténtico honor y un privilegio trabajar a su lado.

—Y yo no sé si te lo he dicho alguna vez, Cassidy Maxwell, pero para mí ha sido un auténtico honor y un privilegio trabajar contigo —se aclaró la garganta—. Que tengas buena suerte y puedas ayudar a tu amigo. Buen viaje.

Se despidieron y Cassidy colgó justo cuando

Eric se acercaba. Le tendió una lata de soda y un paquete de chicles de canela.

—¿Ha reaccionado bien el embajador?

Asintió con la cabeza. Las palabras del diplomático la habían emocionado. Eric la atrajo hacia sí y ella le pasó un brazo por la cintura, deleitándose con su calor... y preguntándose cómo había podido sobrevivir durante tanto tiempo sin aquel placer.

Y preguntándose también si tendría que volver a hacerlo una vez que hubiera hecho, en Saunders, lo que tenía que hacer.

El asistente de su vuelo llamó a embarcar. Cassidy se colgó su mochila y recogió la maleta. Con la otra mano tomó la de Eric.

—¿Te da miedo el avión?

—No.

—Qué pena. Esperaba que te agarraras a mí durante las próximas ocho horas.

Cassidy sonrió.

—Me agarraré a ti de todas maneras, si quieres.

—Oh, claro que quiero —se inclinó para darle un largo y profundo beso.

Alguien carraspeó a su espalda y tuvieron que separarse para colocarse en la cola.

Eric conducía el utilitario que había alquilado en el aeropuerto internacional Logan.

—Es extraño conducir normalmente otra vez.

Cassidy parecía nerviosa.

—Sólo estaba bromeando —rió Eric—. No te preocupes. No estoy cansado: podría conducir hasta Saunders y volver de un tirón. ¿Por qué no te echas una siesta mientras tanto? Alquilaremos una habitación cerca del campus y visitaremos a Gilbert por la mañana. Me olvidé de avisarlo, pero no pasa nada. Estoy seguro de que se llevará la sorpresa de su vida al verte.

—Yo también —murmuró Cassidy. Se removió en su asiento, incómoda—. ¿Por qué no hacemos una parada de camino y seguimos mañana por la mañana?

—A mí no me importa conducir de seguido...

—¿Para qué tanta prisa?

—¿Y para qué retrasarnos? —tan pronto como hubo pronunciado aquellas palabras, recordó otras muy diferentes. Las que ella le había lanzado en Londres asegurándole que jamás volvería a poner los pies en Saunders...

—Sólo quiero que estemos juntos.

—Lo estaremos en Saunders. Te lo prometo.

No estaba muy seguro de por qué había sentido la necesidad de prometérselo. Había sido como una corazonada.

Cassidy se quedó callada, con la mirada clavada en la carretera. Estaban en hora punta y el tráfico de Boston se hallaba en su apogeo.

—Gracias —pronunció.

—De nada —repuso él—. Aunque teniendo en cuenta este caos circulatorio... me temo que tu idea es mejor que la mía, después de todo. Avísame cuando veas la primera salida para un motel.

Cassidy estiró una mano hasta posarla en su muslo.

—Yo haré que tu espera merezca la pena...

Eric maldijo a los conductores que lo rodeaban, ignorantes de lo que se estaba perdiendo por su culpa.

Se le acercó para abrazarla por detrás, sin darle siquiera la oportunidad de abrir la maleta. La sintió relajarse mientras soltaba un suspiro de contento.

—La última vez que estuvimos en un hotel juntos —susurró él mientras intentaba desabrocharle el botón superior de la blusa—, me hice la solemne promesa de no tocarte mientras tú no me tocaras a mí primero. Esta noche no voy a andarme con tantos miramientos. Espero que no te importe.

—Por mí, adelante... —suspiró de nuevo.

—Muy bien.

—¿Te comportabas igual... con todas tus novias?

La inesperada pregunta lo dejó paralizado. Se apartó y la hizo volverse para escrutar su expresión.

—Perdóname por decirte esto, pero es la frase más insegura que te he oído pronunciar en toda tu vida.

Cassidy se ruborizó.

—Bueno, quizá me sienta un... un poco insegura —murmuró.

—¿Por qué? Lo hemos conseguido. Estamos bien. Donde queríamos estar —sonrió.

Pero ella seguía preocupada, inquieta.

—Te lo diré, de todas formas. Nunca intimé lo suficiente con ninguna de mis amigas para llegar a eso.

—No, no me cuentes nada...

—Quiero que lo sepas. Después de ti, nunca me acerqué a otra mujer. O al menos no estuve tan cerca de ninguna como lo estoy contigo. En parte porque... —tragó saliva— tenía el corazón tan destrozado que no quería volver a sufrir. Pero también porque sabía que jamás podría volver a intimar tanto con una mujer como intimé contigo. Intenté salir con algunas mujeres, pero ninguna me duró

más de dos semanas —continuó—. No habría sido justo por mi parte.

Cassidy enterró el rostro en su pecho. Dijo algo, pero Eric no llegó a entender las palabras.

—¿Qué? —preguntó.

Retiró la cara unos centímetros, pero seguía con la mirada baja, huidiza.

—Yo nunca llegué a tener un novio. Ni siquiera por dos semanas. Se suponía que tú eras el único. Así que nunca...

—Cassidy —la interrumpió—. Hablaba en serio cuando anoche te dije lo del pasado. Lo pasado ya no importa.

—Pero yo quiero que lo sepas.

—De acuerdo, entonces —cedió. No pudo evitar una sensación de agradecimiento, de satisfacción, al saberlo.

Se apartó lo suficiente para continuar desabrochándole el suéter, lentamente. Cuando llegó al botón inferior, se lo abrió para revelar no un discreto sujetador rosa de encaje, sino una camiseta de rayas rojas y anaranjadas. Se echó a reír.

—Me alegro de ver que conservas tus gustos estrambóticos. Lo único que tengo que hacer es ir retirando las capas...

Esperó que ella se riera también, pero no lo hizo. Antes de que pudiera leer su expresión, Cassidy lo tomó de la nuca y se puso de puntillas para darle un largo beso.

Eric se lo devolvió, aspirando su aroma, para inmediatamente caer con ella en la cama. Se desnudó con tanta eficacia como rapidez. Al ver que se disponía a quitarse la camiseta de rayas, la detuvo con un gesto. Inclinando la cabeza, capturó uno de los pezones a través de la tela, muy suavemente, entre los dientes.

La oyó jadear. Humedeciéndose los labios, se concentró en lamérselo, empapando la tela en aquella zona tan sensible.

Cassidy clavó los dedos en sus hombros desnudos, y protestó en el instante en que lo sintió apartarse. Eric le desabrochó entonces los



vaqueros y se los bajó por los muslos de una blancura cremosa, luminosa.

—Me encantan tus diminutas pecas —le dijo—. Creo que te las contaré todas, de la cabeza a los pies —empezó por la frente, muy cerca de la línea del cabello—. Una. Dos. Tres...

—No —replicó mientras se despojaba de los vaqueros, junto con la braga a juego con la camiseta.

—¿Ah, no? —se burló—. ¿Y por qué? No tardaría más de una hora.

Cassidy le agarró una mano y la situó entre sus piernas. Estaba caliente, húmeda. Esa vez fue Eric quien gimió.

—Bueno, si tú tienes otro plan...

Rodó sobre su espalda, atrayéndola consigo y sentándola encima. Cassidy se inclinó sobre su erección. El calor de su sexo lo excitaba cada vez más. Deslizó las manos por sus esbeltas caderas y la penetró con exquisita lentitud, hasta enterrarse en ella.

Cassidy se quedó quieta por un largo, desesperante instante, hasta que empezó a moverse. Mirándolo fijamente a los ojos, debió de ver algo en ellos que le hizo aumentar el ritmo, frotándose, creando una fricción que a punto estuvo de enloquecerlo.

De pronto distinguió algo detrás de él, y al ver que continuaba mirándolo, Eric se volvió ligera mente. Cuando se dio cuenta de que se estaba mirando en el gran espejo que colgaba encima de la cómoda, estuvo a punto de perder el control. Pero se obligó a esperar.

Ya había esperado durante demasiado tiempo por ella. Por los dos.

Mientras la respiración de Cassidy comenzaba a acelerarse, a transformarse en un continuo jadeo, Eric profundizó sus embates, empujando cada vez más rápido hasta que ambos se precipitaron en una dulce y palpitante inconsciencia.

Finalmente se acurrucaron bajo las sábanas, muy juntos.

—No puedo dar crédito a lo que voy a decir —murmuró Eric—,

pero... mañana tendremos que madrugar para ir a la universidad.

Creyó percibir una repentina tensión en Cassidy, pero se relajó de inmediato. Tal vez se lo había imaginado.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —respondió, besándola en una sien.

Cassidy le apretó una mano con fuerza, como si jamás quisiera separarse de él. Como si estuviera asustada. «No», pensó Eric. Tenía que ser uno de aquellos extraños y excepcionales momentos en que malinterpretaba sus gestos, sus miradas, sus sensaciones.

Quizá no pudiera creer que todo aquello estaba sucediendo en realidad. Por eso se aferraba a él con tanta fuerza. Podía entenderlo. De hecho, él también lo sentía. Sentía el alivio de ser al fin capaz de amarla.

«Sólo está aliviada», decidió. Después de besarla de nuevo, se quedó dormido.

Cassidy se estremeció mientras atravesaban la verja principal de la universidad de Saunders, con Eric al volante.

Los campus universitarios, reflexionó, estaban diseñados para permanecer inalterables. Especialmente los campus de estilo clásico de Massachusetts. Los estudiantes pasaban cada año, pero el recinto universitario parecía haberse detenido en el tiempo.

Continuaron por la carretera de acceso y pasaron al lado de los pabellones residenciales, tres de los cuales había ocupado Cassidy. Podía ver los pósters y banderines que decoraban las ventanas. Los alumnos charlaban y reían sin cesar.

—Son tan jóvenes... —comentó maravillada.

—Viéndolos uno se siente mayor, ¿verdad? —sonrió Eric.

—No, es sólo que me había olvidado de... lo joven que era cuando estuve aquí.

Eric le tomó una mano. Encontró un lugar para aparcar delante de uno de los edificios de administración.

—Supongo que tendré que conseguir un pase de aparcamiento.

Cassidy asintió con la cabeza.

—¿Te apetece pasear un poco? Así alimentarás esa sensación de nostalgia.

Cassidy asintió de nuevo y Eric bajó del coche. Se sorprendió a sí misma como paralizada en su asiento, incapaz de bajar.

Eric le abrió la puerta y le ofreció su mano.

—Si te parece, nos encontraremos aquí mismo dentro de cinco minutos. Para entonces ya habré conseguido el pase. ¿Dónde habré metido mi cartera? —se preguntó, registrándose los bolsillos interiores del abrigo—. Aquí está. Oh, hay otra cosa. Me había olvidado completamente.

Le entregó el pequeño gato de bronce con el cartel de «Bienvenido» que había retirado de la puerta de su apartamento en Londres.

—¿Cómo lo has...? —empezó, pero él se apresuró a explicarle que se lo había entregado el encargado del mantenimiento de la finca.

—Me había olvidado hasta ahora, pero supongo que la ocasión no puede ser más adecuada. Bienvenida de nuevo a Saunders. Y ahora permítame que haga otra cosa igualmente apropiada, y delante de todo el mundo —le plantó un beso en los labios—. Hasta luego.

Se lo quedó mirando mientras entraba en el pabellón de administración. Las dos últimas noches que había pasado con él habían sido de ensueño. Todavía podía sentir su cálido y tierno abrazo. De madrugada, cuando caía dormida, los recuerdos volvían y Randall Greene la amenazaba de nuevo. Pero cuando se despertaba y recuperaba la lucidez, se descubría protegida en los brazos de Eric.

Durante aquellas dos noches Eric no la había oído despertarse. De hecho, Cassidy había esperado a que se durmiera primero, concentrada en observarlo: sus labios ligeramente entreabiertos, el rostro de rasgos duros con una sombra de barba, el cabello despeinado. Y disfrutando de la sensación de seguridad que emanaba de su cuerpo dormido.

Él no lo sabía, pero aquel día lo había arriesgado todo. Porque había llegado el momento de hacerlo. Porque tenía que hacerlo, vivir su vida de verdad, como la verdadera...

—¡Cassidy Maxwell!

Cassidy se giró al escuchar aquella voz femenina. ¿Quién sería? Vio dos mujeres a lo lejos que la saludaban eufóricas. Alzó la mano en un confuso saludo, todavía intentando recordar su identidad. Corrieron hacia ella.

—¡Te habríamos reconocido a kilómetros, Cassidy, por esa maravillosa melena que tienes!

Cassidy reconoció por fin a sus dos antiguas compañeras: Sandra Westport y Jane Jackson. Se abrazaron con entusiasmo, dando saltos y gritos de alegría. A pesar de la inquietud que le producía volver a Saunders, a pesar del temor que le producía la inmensa tarea que tenía por delante, o quizá precisamente por ello mismo, Cassidy disfrutó enormemente de aquel reencuentro.

Jane era la que le había hecho el comentario sobre su pelo, cuyo color rojo llama habría destacado en medio de una multitud. Sus ojos verdes, increíblemente claros, brillaban de deleite. En cuanto a Sandra, su larga melena rubia y sus ojos azules seguían dándole una apariencia maravillosamente juvenil, como cuando ingresó en la universidad.

—Te hemos echado muchísimo de menos, Cassidy —le dijo Sandra—. Todas sabíamos que estabas haciendo algo especial. ¡La embajada! ¡Viviendo en Londres! Todas nos sentíamos tan orgullosas...

Cassidy sonrió.

—Bueno, no es exactamente eso, pero...

—Oh, miéntenos aunque sea un poco —le sugirió Jane, bromista—, para que podamos hacernos la ilusión...

—Muy bien. Me paso el tiempo tomando té y haciendo compras —explicó Cassidy, riendo—. Y todos los hombres se parecen a Hugh

Grant y a Austin Powers. Es maravilloso veros de nuevo. He estado tan... tan distraída con otras cosas que me había olvidado de que vendríais...

—Yo siempre estoy aquí —la informó Jane—. Trabajo para Gilbert.

—Supongo que todos los estudiantes se enamorarán perdidamente de ti.

—Bueno, ahora tengo una buena razón para darles calabazas —repuso mientras le mostraba su anillo de compromiso.

—Oh, me alegro tanto... —la felicitó Cassidy.

—Yo también —le confesó Jane.

—Smith Parker —le dijo Sandra a Cassidy, haciéndole un guiño—. Lo apruebo totalmente.

—Lo recuerdo —dijo Cassidy—. Era un gran estudiante. Y muy guapo, por supuesto.

—Lo pasé muy mal con mi divorcio —le confesó Jane—. De aquel matrimonio me quedó un niño precioso, pero cuando un hombre te deja, llegas a pensar que no volverás a enamorarte nunca más. Por suerte, la vida siempre te sorprende.

Cassidy asintió. Aquella frase era absolutamente cierta.

—¿Y tú, Sandra? ¿Sigues con el gran David Westport? ¿El atleta por el que se mataban todas las animadoras?

—Efectivamente.

—Mírala. ¿No ves la cara de felicidad que tiene? Nadie diría que llevan casados tanto tiempo.

—Ahora estamos mejor que nunca —admitió Sandra—. En el más amplio sentido de la palabra... Bueno, y ahora que ya nos hemos metido en el tema... ¿qué pasa contigo? ¿Sigues llamándote realmente Cassidy Maxwell o te has casado con algún apuesto inglés?

—Por cierto, he visto a ese embajador Cole por televisión —intervino Jane—. Dejando a un lado la diferencia de edad, ese hombre podría hacer que cualquier mujer se apasionara por la

política internacional...

Cassidy se echó a reír.

—No, no estoy casada. Y recogiendo tu comentario, el embajador Cole es como mi tío.

Se estaba pensando si contarles o no lo de Eric cuando sintió una presencia a su espalda. Vio que las expresiones de sus amigas pasaban de la curiosidad a la comprensión evidente.

—¿Conversación de chicas? —inquirió Eric—. Siempre me han encantado las conversaciones de chicas. Seguid. No os preocupéis por mí.

—Eric, ¿te acuerdas de Sandra Westport y de Jane Jackson?

—Claro que sí. Me alegro de volver a veros. Las dos tenéis un aspecto fantástico.

Jane se atusó automáticamente el cabello, pero Sandra arqueó las cejas con expresión burlona.

—Las zalamerías no te sacarán de esta tesitura, Barnes. No sé si te acuerdas del suspenso que me pusiste en Ciencias Políticas cuando eras profesor ayudante...

—Oh, vaya... —Eric fingió titubear.

—Muy bien, chicas —terció Jane—. ¿Por qué no nos vamos a comer todos juntos a la cafetería de la asociación estudiantil?

—Oh, discúlpanos —se dirigió Sandra a Eric, bromista—. Es evidente que mantienes algún tipo de relación con nuestra querida amiga Cassidy. ¿Por qué no nos pones al tanto de los detalles delante de una buena hamburguesa?

—¿Una hamburguesa de verdad? —inquirió Eric—. ¿O algún tipo de carne misteriosa?

—Hablando de misterios... —dijo Jane— tenemos que poneros al día en lo que se refiere a Gilbert Harrison y a todos los secretos que corren por ahí. Llamaré a Rachel y la invitaré a que se reúna con nosotros en la cafetería —informó a Sandra.

—¿Rachel James?

—La misma.

—Bueno, si nos hemos reunido aquí es por Gilbert, ¿no? De alguna manera, él nos ha convocado a todos.

Cassidy se limitó a asentir con la cabeza, con su cerebro trabajando a toda velocidad.

## Capítulo 12

Durante la comida en la cafetería, Jane y Sandra intentaron sonsacar a Eric y a Cassidy detalles de su nueva relación, pero tanto una como otro se mostraron contenidos en sus respuestas. Y las dos mujeres, conscientes de que estaban tocando un tema delicado, refrenaron su curiosidad. Después de aquello, Jane pasó a relatarles todo tipo de chismes y anécdotas sobre alumnos y profesores.

Cassidy estaba disfrutando enormemente hasta que Sandra inquirió de pronto:

— ¿Os acordáis del asunto Randall Greene?

Jane sacudió la cabeza:

— ¿Quién podría olvidar a ese canalla? Menudo miserable...

Cassidy se quedó paralizada, con el tenedor a medio camino de la boca.

— ¿No era ése el tipo que se acostaba con las alumnas? — preguntó Eric—. Recuerdo haber oído algo al respecto.

— Sí —confirmó Jane—. Y habría salido impune si los medios informativos no hubieran aireado sus actividades.

— Tú lo tuviste de profesor, ¿verdad? —inquirió Eric, volviéndose hacia Cassidy.

Cassidy rompió a sudar. De repente alzó la mirada y gritó:

— ¡Rachel !

Su antigua compañera no habría podido elegir un momento más oportuno para aparecer. Cassidy tenía un plan maestro para ese día, y quería hablar de Randall Greene y de todo lo demás en sus propios términos y condiciones...

Rachel se acercó a la mesa con una sonrisa tímida, poco habitual



en ella. Al menos desde que la conocían.

—Hola, chicas... ¡Cassidy, qué alegría verte!

Se levantó para besarla. Le maravillaba que conservara de aquella manera su belleza, que sin embargo parecía teñida de una cierta aflicción...

—¿Qué tal te va?

—Sobrevivo —contestó Rachel—. Las cosas... no me han ido muy bien.

No dijo nada más, y Cassidy no insistió. Se limitó a rodearle los hombros con un brazo, cariñosa, mientras Eric se apresuraba a conseguirle una silla.

—Bueno, ahora que todos estamos aquí —empezó Sandra—, creo que ya es hora de que le contemos a Cassidy un pequeño secreto. Tú, Eric, dado que has conseguido traérnosla de Londres, te mereces saberlo también. En esta universidad se han hecho cosas muy generosas por determinados estudiantes, incluyendo prácticas poco éticas como manipulaciones de notas y expedientes. Todo lo cual apunta a Gilbert, que al parecer ha estado actuando en representación de un misterioso benefactor.

—Sí, eso ya lo sabíamos —dijo Eric, y Cassidy asintió con la cabeza.

—Lo que no sabréis... —añadió Jane— es que Jacob Weber y Ellen Gardner, que ahora son pareja, por cierto, nos han revelado a unos cuantos la identidad del benefactor.

Cassidy se inclinó hacia delante, alerta.

—Es el propio Gilbert.

—¿Qué? —se llevó una mano al corazón, consternada.

—Gilbert heredó el dinero de su abuelo —apuntó Sandra.

—¿Estáis seguras? —preguntó Eric.

—Ya lo estábamos, pero es que además Sandra, Rachel y yo hemos estado haciendo algunas averiguaciones por nuestra cuenta... de manera oficiosa —dijo Jane—. Y hemos encontrado

documentación que lo demuestra. Es cierto.

Cassidy estaba aturdida. ¿El propio Gilbert? ¿Gilbert había...? No podía creerlo. Una cosa era pensar que su antiguo profesor había estado utilizando su influencia para ayudar a determinados estudiantes, pero invertir su propia fortuna era algo por completo diferente. Cassidy no sabía por qué se había sentido impelido a hacerlo, ni de qué forma había escogido a los beneficiarios.

Se sintió enormemente agradecida hacia el profesor por lo que había hecho por ella diez años atrás. Pero también experimentó una punzada de culpabilidad por haberlo descubierto tan tarde. Gilbert había acudido en su ayuda cuando más lo había necesitado, pero ella no había estado a su lado para ayudarlo, aunque sólo hubiera sido en calidad de amiga. En aquel entonces, ciertamente, había estado hundida en su propio infierno, pero aun así se sentía culpable...

Afortunadamente, había tomado la decisión de enmendarse.

—Cassidy, todas conocemos lo suficiente a Gilbert como para sospechar que nos está ocultando algo más —le dijo Sandra—. Algo grande. Pero todavía no hemos averiguado de lo que se trata.

—Tú eras su alumna preferida. A ti te metió a trabajar en su despacho —añadió Jane—. ¿Puedes contarnos algo? ¿Alguna cosa que te dijera en su momento? ¿Algo que accidentalmente se le escapara?

Cassidy miró a una y a otra, dejando a Rachel para el final. No había hablado mucho, pero la miraba con una expresión conmovedoramente esperanzada.

Durante un buen rato no contestó, sopesando cuidadosamente sus palabras.

—No, no puedo decirles nada —pronunció al fin, sincera—. Lo siento.

Las tres soltaron a la vez un suspiro de decepción.

—Esto sigue siendo un acertijo —concluyó Sandra—. Por mi parte seguiré apoyando a Gilbert contra viento y marea... pero me habría

facilitado las cosas conocer exactamente su situación.

—Creo que...—añadió Cassidy— al menos podría daros un consejo.

—¿Cuál?

—Quizá deberías intentar hablar con él. Como amigos. Cordialmente. Sólo... preguntárselo. Si pensáis que tiene algo que ocultar, quizá podáis darle al mismo tiempo la oportunidad de desahogarse con gente que lo quiere y aprecia. Y que está dispuesto a apoyarlo.

Las tres asintieron lentamente, rumiando sus palabras. Eric le pasó un brazo por los hombros mientras le susurraba al oído:

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia?

—Era inevitable —murmuró—. He tenido un buen profesor.

Cassidy y Eric se despidieron de sus antiguas compañeras en el campus, después de prometerse que quedarían para salir juntos una noche de aquella semana.

Una vez solos, aspiró profundamente y se volvió hacia Eric. Durante la última década, su coraje había sido inexistente. Ahora que lo había recuperado, no iba a dejar que se le escapara otra vez.

—Necesito ver a Gilbert Harrison ahora mismo. Me voy a su despacho.

—Buena idea. Estaba esperando este momento. Yo no llegué a avisarlo de que al final habías decidido venir. ¡Me gustará ver la cara que pone cuando te vea!

—Eric... —le tomó la mano— escúchame.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que... tú no eres la única persona a la que dejé plantada aquí, en Saunders. También dejé... algunos asuntos pendientes con Gilbert... y me siento especialmente mal porque, al parecer, él siempre intentó favorecerme.

Eric alzó una mano para acariciarle una mejilla.

—Por eso me gustaría estar durante un rato a solas con él —

añadió Cassidy—. Tengo que decirle algo en privado, disculparme... Arreglar las cosas.

—Por supuesto. Lo entiendo perfectamente.

«Me alegro», pronunció ella para sus adentros. «Vas a tener que entender muchas más cosas, muy pronto...».

—Iré a la biblioteca a revisar mi correo electrónico. Volveré cuando haya terminado. ¿Tendrás tiempo suficiente?

—Sí, gracias. ¿Sabes si sigue teniendo el mismo despacho?

—¿A ti qué te parece? ¿Sabes dónde es?

—Claro que sí. Lo recuerdo todo. Por mucho que me haya esforzado por olvidarlo... —le confesó Cassidy— en el fondo lo recuerdo todo.

Eric la miró algo extrañado.

—No estoy muy seguro de lo que quieres decir...

—No importa —lo besó en los labios.

—Buena suerte entonces. Te veré después.

Cassidy subió las escaleras lenta y penosamente. Recorrió luego el corto pasillo, familiarizándose de nuevo con el olor del viejo edificio, de los papeles, de los libros.

El corazón se le aceleró en el instante en que estuvo delante del despacho de Gilbert Harrison. La puerta era la misma. Llamó sin vacilar.

—¡Adelante!

Respiró hondo y entró.

Gilbert estaba sentado en la misma butaca de cuero que Cassidy recordaba.

—Profesor, es un verdadero placer verlo de nuevo.

El profesor Harrison se había levantado para estrecharle la mano que le tendía.

—Cassidy Maxwell —pronunció al fin, esbozando una débil sonrisa—. Qué sorpresa —le señaló una silla—. Toma asiento, por favor.

—Gracias.

Gilbert volvió a sentarse ante su escritorio. El despacho seguía siendo el exiguo y abarrotado espacio de siempre, con estantes rebosantes de libros y montañas de papeles en precario equilibrio sobre la mesa.

—Hay cosas que no cambian nunca —comentó ella.

—A mí me habría gustado que algunas no lo hubiesen hecho —sacudió tristemente la cabeza.

Su cabello, antaño negro, estaba prácticamente gris. Cassidy se preguntó si su encanecimiento se habría debido a un proceso natural, gradual, o si por el contrario se habría acelerado durante el último semestre. Medio oculta detrás de una columna de papeles, vio la fotografía enmarcada de su mujer. Era la misma que había visto allí diez años atrás.

—Lamento muchísimo lo de su esposa. Acabo de enterarme.

Gilbert asintió. Una sombra pasó por sus ojos, pero mantuvo fija la mirada en Cassidy, con las manos entrelazadas en el regazo.

Cassidy no quería que su amigo se preocupara más de lo necesario. Estaba más que dispuesta a confesarle lo que había venido a decirle.

—No lo he pasado nada bien. En su día tomé algunas decisiones equivocadas, y escogí sufrir en secreto durante demasiados años.

Gilbert frunció levemente el cerio, expectante.

—Desaproveché mi mejor oportunidad para ser feliz. Me encanta mi trabajo, vivo en una ciudad maravillosa, pero siempre estuve segura de que me faltaba algo fundamental. Me obligué a no pensar nunca en lo que tuve y en lo que había perdido. Me negué a dejarme llevar por los sentimientos, para seguir adelante con mi nueva vida. Pero eso me dolió. Me dolió cada día de estos diez años.

Una expresión compasiva se dibujó en el rostro del profesor.

—Hasta que Eric se presentó de repente en Londres y me encontró. Y me vi obligada a enfrentarme con lo que había perdido,

con la persona que había perdido. Intenté resistirme, esperar hasta que volviera a marcharse. Pero se quedó. Y entonces, Gilbert, ocurrió una cosa muy extraña... Empecé a recibir mensajes. Mensajes, señales obvias que no podía ignorar.

—¿Qué quieres decir?

Cassidy sacudió la cabeza. Había planeado explicárselo todo a Gilbert, pero seguía sin saber cómo.

—Hubo un atentado con un cochebomba... Por unos minutos llegué a pensar que Eric había resultado muerto, o herido. Eso me recordó que la vida es corta. Luego, ese mismo día, hice una amiga. Murió muy poco después, pero fue como si hubiera aparecido en mi vida lo suficiente como para enseñarme que no puedes esconder nada a las personas a las que quieres. Que no debes esconderles nada. Que sólo puedes disfrutar de una relación en plenitud si te muestras tal como eres ante ellos, sin secretos —se interrumpió por un momento—. Después conocí a un extraño, un hombre al que nunca había visto antes y al que probablemente nunca volveré a ver. Pero él comprendió lo que me pasaba y me aconsejó que no me dejara dominar por el miedo. Que resistiera. Que fuera fuerte. Y todo ello —sacudió la cabeza— en estas dos últimas semanas.

Ni uno ni otra dijeron nada durante un buen rato, pensativos.

—En el contexto de una conversación personal... —pronunció al fin Gilbert— tengo que decirte que jamás te había oído hablar tanto y tan seguido.

—Pues todavía no le he contado lo último —se sonrió—. El embajador Cole me dijo ayer que no existían los fracasos, que sólo eran pequeños rodeos dentro de un viaje mucho más largo. Cuando me lo dijo, recuerdo que pensé que entonces mis diez últimos años no habían sido más que un larguísimo rodeo...

—Cassidy, recuerdo cuando solías entrar aquí, con tu cola de caballo ondeante y una enorme sonrisa en los labios, para contarme algo que habías aprendido en clase, algo que te había entusiasmado o

de lo cual querías hablar conmigo. Siempre tenías montones de preguntas y necesitabas respuestas. Yo hice todo lo que pude por satisfacer tu curiosidad en aquel entonces. Pero no sé muy bien en qué te puedo ayudar yo ahora...

—Le estoy contando algo que he aprendido. He aprendido que los secretos pueden destrozar a una persona. Si alguien más lo descubre y lo desenmascara, bueno, eso es malo, pero es incluso peor guardárselo dentro para siempre. En el cerebro. En una caja fuerte. Uno pierde la felicidad que habría podido conseguir.

Gilbert parpadeó varias veces, pero aun así le sostuvo la mirada.

—Personalmente, estoy a punto de reconciliarme conmigo misma contando la verdad —continuó Cassidy—. Supone un enorme riesgo. Puede que incluso pierda lo mejor que me ha pasado en mi vida, y sin embargo estoy convencida de que la verdad es liberadora, nos libera a todos. Y si le estoy contando todo esto es porque tengo la sensación de que la verdad también podría liberarlo a usted.

Gilbert permaneció en silencio durante un minuto entero. Hasta que finalmente asintió con la cabeza. Cassidy, por su parte, se levantó de la silla.

—Declararé a su favor ante el señor Broadstreet. Y será un verdadero placer hacerlo.

—Gracias —le tendió la mano.

Esa vez, en vez de estrechársela, le dio un abrazo. No le pasó desapercibido su gesto de sorpresa.

—No —lo abrazó con más fuerza—. Gracias a usted —«por todo», añadió en silencio.

Llamaron de repente a la puerta, y Cassidy se apartó del profesor mientras se enjugaba las lágrimas.

Eric saludó efusivamente a Gilbert nada más entrar.

—¿No se ha sorprendido de verla? —le preguntó mientras la tomaba de la cintura.

—Desde luego. Créeme que nada habría podido hacerme más

feliz.

—Entonces mereció la pena que la arrastrara hasta aquí —bromeó Eric, ganándose con ello un codazo de Cassidy en las costillas. Luego añadió, más serio—: No es justo lo que están haciendo con usted. Pero todo se arreglará. Ahora ya estamos todos y lo respaldaremos hasta el final.

Cassidy asintió, aprobadora. Gilbert los miró con una sonrisa en los ojos.

—Entiendo que estáis otra vez juntos, ¿verdad?

Cassidy no pudo evitar ruborizarse.

—Como se suele decir, no hay mal que por bien no venga —añadió el profesor—. Algo bueno ha tenido que salir de la situación en que me encuentro.

—Todo se arreglará al final —insistió Eric—. Procure no preocuparse demasiado. Mañana volveremos a visitarlo, ¿de acuerdo?

Se despidieron. Antes de cerrar la puerta, Gilbert vio que ambos intercambiaban un guiño de complicidad.

Poco después de su marcha, Gilbert se preguntó si el final de la carrera de un profesor no llegaba precisamente el día en que recibía de un alumno una lección tan sabia como la que acababa de recibir.

Cassidy le había advertido que estaba a punto de arreglar las cosas, de reconciliarse consigo misma. Y él tenía la sospecha de que aquello tenía algo que ver con Eric. Esperaba que Eric hubiera conservado la exquisita sensibilidad que había desplegado diez años atrás.

Volvió a sentarse en su butaca de cuero. Cassidy no sólo le había insinuado que no estaba interesada en descubrir sus verdades, sino que le había sugerido que quizá había llegado la hora de que desvelara su secreto. ¿Estaría preparado para hacerlo? ¿Después de todo ese tiempo? Los afectados... ¿estarían dispuestos a escucharlo?

Apoyó la cabeza en el alto respaldo de la butaca y cerró los ojos. Tenía la corazonada de que iba a quedarse allí sentado, rumiando su



decisión, hasta la madrugada. Y la sensación de que, cuando llegara la mañana, seguiría sin tener una respuesta.

—Tengo que contarte algo —le dijo Cassidy a Eric mientras se alejaban del edificio.

—Claro, ¿de qué se trata?

—¿Podríamos buscar un lugar tranquilo para hablar?

—¿Por qué no me lo dices tranquilamente en el coche, de regreso al hotel? —le sugirió Eric—. Esta tarde tengo que hacer unas cuantas llamadas de teléfono si quiero poder ausentarme unos días del trabajo. Luego podremos relajarnos hasta la cena. Dormir o ver la televisión. O hacer alguna otra cosa, si prefieres...

—No, quiero decírtelo aquí.

—Bueno, de acuerdo.

Se dirigían ya a la parte trasera del edificio cuando escucharon una voz a su espalda:

—Disculpen.

Se volvieron para descubrir a un hombre que se dirigía presuroso hacia ellos. Cassidy lo vio sacar un bloc de notas de un bolsillo y frunció el ceño.

—Me llamo Ian Beck —se presentó, mencionando a continuación el periódico de tirada nacional para el que trabajaba— y me gustaría...

—Ahora mismo estamos ocupados —dijo Eric, tirando suavemente a Cassidy de la manga

—¿Son ustedes antiguos alumnos de Gilbert Harrison?

—¿Ha venido por Gilbert?

—Sí. ¿Podría hacerles unas cuantas preguntas?

Cassidy vio que Eric tomaba aliento antes de hablar, y lo detuvo poniéndole una mano en el pecho. Ella se haría cargo. Se había pasado media carrera profesional lidiando con periodistas.

—No tenemos declaraciones que hacer —y añadió, adelantándose a cualquier objeción—: Si cambia de idea y decide escribir un decente

e inteligente reportaje sobre algún tema de interés general, como por ejemplo la reciente iniciativa estadounidense para el conflicto irlandés, estaré encantada de concederle una entrevista. Pero si lo que quiere es escribir un inmundo panfleto sobre Gilbert Harrison, no contará con mi ayuda.

—Sí, señora —repuso el periodista, aturdido.

Eric y Cassidy se alejaron tranquilamente.

—Buen trabajo —la felicitó—. Pero sospecho que volveremos a verlo. ¿Sigues de humor para hablar?

—Sí, desde luego.

Eric la guió detrás del edificio, donde encontraron un pequeño banco de madera con vistas al campus. El lugar estaba desierto. Cassidy se sentó y se abrazó las rodillas.

Se aclaró la garganta. Pensó en Sophie e intentó imaginársela a su lado, dándole ánimos. Luego miró fijamente a Eric y procuró memorizar su rostro tal como era en aquel preciso momento, como quizá no volviera a verlo nunca después de aquella conversación.

Como quizá tuviera que recordarlo siempre...

—Quiero contarte por qué falté a mi cita contigo el día de mi graduación —empezó, y se sorprendió ella misma de lo tranquilo y equilibrado de su tono.

—No hace falta, ya te lo dije. Lo pasado, pasado.

—Tengo que hacerlo —afirmó Cassidy—. Te quiero.

—Yo también.

—Tú quieres a la Cassidy que conoces. Pero hay otra parte de mí que ignoras. Si vamos a compartir un futuro juntos, no puedo seguir ocultándotelo por más tiempo. Quiero que lo sepas todo.

Abrió la boca para objetar algo, pero ella le puso un dedo sobre los labios.

—Déjame decírtelo —susurró.

Eric le besó la palma y Cassidy estuvo a punto de estallar en sollozos por la ternura de aquel gesto. Retiró la mano y volvió a

abrazarse las rodillas. Empezó de nuevo:

—Dos meses antes de mi graduación, fui al dentista para que me extrajera las muelas del juicio. Durante mucho tiempo procuré ignorar el dolor, pero ya no pude más. Sufría muchísimo. Así que acudí al dentista. Pensé que sólo necesitaría un día para recuperarme, pero fueron necesarios cuatro. Me sentía muy débil. No podía levantarme de la cama.

—Me acuerdo. Yo quería cuidarte... —de repente se interrumpió—. Perdona. Continúa.

—Sé que querías cuidarme, ocuparte de mí. Pero yo era joven, algo... vanidosa, y no quería que me vieras con la cara hecha un desastre. Durante días no pude comer nada más que sopa. No podía dormir por culpa del dolor. Y estudiar mucho menos. Lo cual me aterrorizaba, porque me había apuntado a numerosos proyectos y tenía que prepararme para una beca a la que me había presentado. Me quedé atrás. Rezagada. Recuerdo que me perdí un montón de clases. Tenía que presentar un último trabajo, y no pude leer ni la mitad de lo que necesitaba leer para prepararlo. Pero debía presentarlo, y tenía que ser bueno. Así que hice algo de lo que me arrepentiría toda la vida. Yo... lo plagué.

Eric se la quedó mirando con la boca abierta.

—Nunca lo había hecho antes, jamás —insistió Cassidy—. Pero, irónicamente, la falta de experiencia me condenó. Porque era una novata a la hora de plagiar, se dieron cuenta. El profesor lo descubrió y me amenazó con denunciarme a administración. Lo habría perdido todo, Eric. No habría conseguido mi diploma, después de lo mucho que había trabajado para ganarlo. Pero ese profesor... me planteó una solución.

Se interrumpió, nerviosa. El cerebro de Eric trabajaba a toda velocidad. No podía imaginar lo que seguiría a continuación, pero intuía que el plagio, con ser una falta grave, no era lo peor de su historia.

—Le dije que me lo pensaría. Volví a mi habitación y me quedé sentada en el suelo, a oscuras, durante horas. Me moría de ganas de llamarte, de pedirte ayuda. Pero me avergonzaba contarte lo del plagio. Temía que pudieras avergonzarte de mí. Te habrías enfadado conmigo, con toda razón. No podía contártelo. No podía contárselo a nadie. Me sentía tan sola...

Eric vio que se llevaba las manos a la cara, temblando, antes de continuar:

—Sólo me quedaba aceptar la solución del profesor. Pero la perspectiva me resultaba intolerable. Tenía las pastillas, los analgésicos que me había recetado el médico. Busqué aturdirme, olvidarme de todo. Así que tomé un par, y otro, y otro más. Luego, finalmente, acudí a la casa del profesor.

—¿A su casa? —inquirió Eric—. ¿Aquella misma noche?

—Era el profesor Greene, Eric. El profesor Randall Greene.

## Capítulo 13

¿Randall Greene? A Eric se le heló la sangre en las venas. Greene era el profesor que...

Que se había enredado con algunas alumnas. No. No podía ser. Tenía que tratarse de un malentendido.

—Me acosté con él —le confesó Cassidy—. Ésa fue la solución que me ofreció. Si me acostaba con él, no me denunciaría ni destrozaría así mi expediente académico.

Eric se llevó instintivamente las manos a los oídos para no escuchar lo que le estaba diciendo. Pero no pudo desterrar de su mente la imagen de Cassidy, su inocente Cassidy, desnudándose y acostándose con...

Cassidy fue a tocarle un brazo pero él la rechazó bruscamente, como si su contacto lo hubiese quemado.

—No me toques —le ordenó—. He dicho que no me toques.

Obedeció. Dejó de abrazarse las piernas. Ya no lo miraba.

—No pude decírtelo. Si en aquel entonces tú y yo todavía no estábamos juntos era porque...

—Porque yo era profesor —respondió él, rechinando los dientes.

—Durante toda mi vida no había querido estar con nadie más que contigo. Pero él me amenazó —repitió Cassidy—. No sabía qué hacer. Y al final ni siquiera eso sirvió de nada.

—¿Qué?

—Me suspendió de todas formas. No me expulsó de la universidad, pero me suspendió y yo le supliqué una explicación. Me contestó que lo hacía porque no me había quedado a pasar la noche entera con él.

Eric sacudió la cabeza, como si quisiera ahuyentar aquella pesadilla.

—Después de aquello... sólo... sólo fue una vez... me volví a la habitación y estuve dos horas bajo la ducha. Me acosté y no volví a levantarme durante varios días. Luego intenté terminar mis clases. Lo intenté de verdad, pero estaba como ida, como ausente, bajo el efecto de los medicamentos y de los analgésicos que me tomaba como si fueran caramelos. El médico de cabecera, el dentista y el de la clínica del campus me facilitaban las mismas recetas a la vez, sin que ninguno de ellos supiera que los demás lo estaban haciendo también. Tristemente, fue así de fácil. Yo intentaba aturdirme, evadirme de todo: cada dificultad cotidiana que tenía se me antojaba una consecuencia de lo que había hecho. Suspendí un par de asignaturas más, no estaba a la altura. Y me alejé de ti. No me atrevía a mirarte a la cara.

—Te vi —pronunció Eric con tono inexpresivo—. En la biblioteca, aquella única vez.

—Tenía que distanciarme de ti —repuso Cassidy con voz temblorosa—. De todos los estúpidos errores que había cometido, estaba segura de que el peor habría sido contarte lo que me había pasado. No habría podido soportar tu rechazo y tampoco quería arriesgarme. Tú lo eras todo para mí. No habría podido soportar que me dejaras, así que... Fui yo quien te dejó a ti.

En la inestable mente de Eric, el último de aquellos tres recuerdos, los que no nunca se permitía evocar, se le clavó como un cuchillo en el corazón:

Estaba bajo el viejo roble a las doce, el día que habían decidido empezar una nueva vida como pareja. Veía pasar a los recién licenciados, todos iguales con sus togas negras, pero estaba seguro de que la reconocería inmediatamente por su melena, por su luminosa sonrisa, por la manera que tenía siempre de destacar entre sus compañeros...

Miró todos los rostros, preocupado, diciéndose que tal vez le hubiera preparado una pequeña sorpresa... Cassidy era así. Él también le tenía una reservada. Se llevó una mano al bolsillo y tocó el relicario que iba a regalarle. Dentro llevaba una fotografía de los dos juntos. Una fotografía en la que aparecían sonrientes, realizada la misma noche de su decimosexto cumpleaños. La noche en que ella lo había besado.

—¿Has visto a Cassidy Maxwell? —le preguntó a uno de los rostros que desfilaban frente a él—. ¿Has visto a Cassidy?

Todo el mundo la conocía. Pero nadie sabía dónde estaba.

Se negaba a moverse de allí. ¿Y si aparecía de pronto y no lo veía? Derrumbado al pie del roble, apretaba con fuerza el relicario entre sus dedos.

—¿Alguien ha visto a Cassidy Maxwell? —preguntó a nadie en particular, con su voz resonando en el campus desierto—. ¡Cassidy! —chilló con todas sus fuerzas clavando los dedos en la tierra, arrancando puñados de césped.

El silencio que siguió a su desesperado grito se le hizo interminable. La mujer que le había abierto la puerta de su corazón se la había cerrado de golpe. Para toda la eternidad. Y...

... si no para toda la eternidad, al menos durante diez largos años.

—No asistí a la ceremonia de graduación —explicó Cassidy, innecesariamente. Se había vuelto de nuevo hacia él para mirarlo, pero Eric no la miraba a los ojos—. Aun así me gradué, porque tenía créditos más que suficientes. Pero ni siquiera recogí mi diploma. No podía. Les dije a mis padres que estaba enferma. Una semana antes me había trasladado a un pequeño apartamento en las afueras del campus, en un barrio degradado, triste. Conseguí un empleo de camarera en una cafetería a la que sabía nunca se te ocurriría entrar. Pero, durante el primer mes, creía verte en cada hombre que entraba por aquella puerta... —dejó inconclusa la frase y empezó de nuevo.

»Fue lo mismo todos los días. Trabajo, vuelta a casa, dormir,

tomar las pastillas... Hasta que una mañana, mientras me tomaba el café, abrí el periódico y me encontré con una fotografía de Randall Greene. Los medios de información lo habían desenmascarado. Yo no era la única alumna a la que... había otras, y leí que sus expedientes habían sido limpiados. No quise dar un paso al frente y confesar que yo había sido una de ellas, pero varios días después, movida por la curiosidad, llamé para pedir una copia de mi expediente. No sólo me habían borrado la nota desfavorable que tenía en su asignatura después de lo del plagio, sino que también había aprobado en las otras materias que me habían suspendido. No supe explicarme cómo había podido ocurrir algo así. Pensé que alguien lo habría descubierto, o quizá se había equivocado en mi favor...

Eric seguía escuchándola, con su cerebro procesando sus frases como si fuera una máquina, un autómata.

—Empecé a tomar cada vez menos pastillas —continuó ella—, porque me impedían pensar con claridad, y de repente me entraron ganas de pensar de nuevo en mi futuro. Un día recibí una llamada de teléfono de una mujer a la que no conocía, avisándome de que ofertaban un puesto de trabajo en la embajada de Londres. Me presenté a la entrevista y me admitieron enseguida. Antes de marcharme, otra mujer vino a visitarme. Era una psicóloga experta en adicciones a drogas. Se ofreció a ayudarme. Para entonces ya estaba lo suficientemente motivada como para aceptar su ayuda —se interrumpió por un momento.

»No podía dar crédito a aquella racha de buena suerte, después de todo lo que me había pasado. Por supuesto, ahora lo entiendo todo. Fue Gilbert, el benefactor. De alguna manera debió de enterarse de mi situación. Yo ya no hablaba con él. Dejé mi trabajo en su despacho después de mi sesión con el dentista. Me sentía incómoda en su presencia porque me había decepcionado a raíz de una cosa que había descubierto. Era algo que no tenía nada que ver conmigo. Preferí no contarle mis problemas. Y tampoco quería que él



se sintiera decepcionado conmigo.

»En cualquier caso, para cuando emprendí el viaje al otro lado del océano, ya me había prometido a mí misma no volver a pensar en Saunders, ni en Massachusetts, jamás. Me habían dado la oportunidad de iniciar una nueva vida y la aproveché sin mirar atrás —soltó un profundo suspiro—. Pero tú, Eric, tú eras el único al que no podía olvidar. Tuve que sacrificar lo nuestro, y eso estuvo a punto de matarme. Nunca he vuelto a tocar a otro hombre desde entonces, jamás, hasta que llegaste tú. Y ahora que ya has vuelto y que nosotros somos lo que somos...

—Nosotros no somos nada.

Vio que su rostro se contorsionaba lentamente de dolor. Sólo entonces su furia pareció ceder por un instante, cuando tomó conciencia de lo que había hecho, del dolor que acababa de infligir a la mujer a la que se había pasado media vida intentando complacer y proteger. Pero el instante fue corto. Fue sustituido rápidamente por los recuerdos recientes de sus noches de insomnio, dando vueltas sin cesar en la cama, preguntándose por qué se había marchado, qué era lo que había hecho mal... No, él no había hecho nada malo. Había sido Cassidy quien los había destrozado a los dos.

—Nosotros no somos nada —repitió.

—Sabía que tenía que darte la oportunidad de poder decirme eso —repuso Cassidy, empezando a sollozar—. Te debía la verdad. Me debía a mí misma revelarte la verdad. Ya está todo dicho. Ya lo sabes todo sobre mí.

Estaba llorando abiertamente, con las lágrimas rodando por su exquisito rostro. Un nuevo vacío se había abierto en el corazón de Eric. La observaba mientras lloraba porque él no podía hacerlo. Ella lo estaba haciendo por los dos.

Cuando vio que sus sollozos empezaban a ceder, murmuró con tono inexpresivo:

—Tengo que irme. Adiós.

Se levantó con piernas temblorosas y se alejó del banco. Se alejó de ella. Una parte de su ser esperó que Cassidy lo llamara, que lo retuviera a su lado. La otra parte no se sorprendió de que no lo hiciera.

El tiempo se detuvo para Cassidy, sentada en el banco. No supo durante cuánto tiempo estuvo allí, sola. Fue mucho, pero no tanto como lo estaría en el futuro.

Cuando se levantó, tenía los hombros y la espalda doloridos. Pero las piernas le funcionaban. Y todavía le quedaba una última cosa que hacer.

Una vez que hubiera declarado a favor de Gilbert, regresaría a Londres y comenzaría de nuevo. Desde cero.

Miró su reloj: las cinco menos cuarto. Se obligó a correr un poco y tardó menos de cinco minutos en atravesar el campus. Entró en uno de los edificios de administración, miró el directorio y subió al tercer piso.

La oficina era pequeña, tranquila, silenciosa. No sonaba ningún teléfono, ni se oían rumores de conversación. Era extraño que estuviera abierta a una hora tan temprana, minutos antes de las cinco en punto.

Se acercó al pequeño mostrador. La única mujer que estaba allí sería de la edad de su madre. Estaba agachada mirando en unos archivos y no la vio hasta que la oyó aclararse la garganta.

—Perdona, cariño —se incorporó rápidamente—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Buenas tardes —tenía la voz ronca de tanto llorar. Ya había llorado demasiado. No volvería a derrumbarse—. Venía a recoger mi diploma de licenciatura.

—Por supuesto —se puso a rebuscar de nuevo en los archivos—. ¿Cuándo te graduaste? ¿La pasada primavera?

Cassidy negó con la cabeza y le dijo el año exacto.

—¿Qué año has dicho? Un poco tarde, ¿no te parece? —comentó

con una risita.

—Digamos que mi formación no estaba... completada —la miró a los ojos—. Pero ahora ya he cumplido con todas mis obligaciones. En realidad, hoy es el verdadero día de mi graduación.

La mujer la miraba entre preocupada y compasiva.

—¿Te encuentras bien, cariño?

—Sí. Sólo quiero mi diploma, por favor.

—Claro, claro. Tendré que buscarlo en otro sitio. ¿Cómo te llamas?

—Cassidy Maxwell.

La mujer desapareció. Cassidy esperó muy quieta, con la mirada clavada en el mostrador, casi temiendo que si miraba hacia otra parte, el color de una silla o un cuadro de la pared le dieran un nuevo motivo para llorar.

Cinco minutos después, la recepcionista regresó con un grueso sobre.

—Perdona la tardanza. Has tenido suerte — sacó el diploma del sobre y se lo entregó.

Cassidy vio el emblema de la universidad de Saunders, el sello dorado, la firma del rector y su propio nombre escrito con una letra tan adornada que casi resultaba ilegible. Deslizó un dedo por la firma. Su propia firma. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Gracias.

La mujer guardó nuevamente el diploma.

—Lamento haberla entretenido tanto —añadió Cassidy.

—Oh, qué tontería. ¿Sabes una cosa? Creo que esto ha sido lo mejor que me ha pasado en todo el día —después de entregarle el sobre, le estrechó la mano con una sonrisa—. Felicidades, licenciada.

Eric caminaba con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo. Había tenido que alejarse del campus de Saunders, del lugar donde le habían roto el corazón dos veces. A manos de la misma mujer.

Su mente viajaba sin transición de un pensamiento a otro, y su cuerpo se movía mecánicamente, sin objetivo definido, por las calles que rodeaban la universidad.

¿Cassidy una plagiaria? Recordaba a la joven estudiante de primer año, anunciándole mientras bajaba las escaleras de la residencia universitaria: «¡Somos vecinos otra vez!».

¿Y Randall Greene? Eric recordaba que Cassidy le había tocado una mano una vez, y que el contacto casi eléctrico los había afectado tanto a ambos que habían concluido que lo mejor era esperar hasta que ella se hubiera graduado, hasta que llegara el momento apropiado...

¿Cassidy, adicta a la medicación? La recordaba tumbada en su cama, intentando estudiar con un terrible dolor de cabeza, rechazando la aspirina que él le ofrecía, diciéndole que si se la tomaba se quedaría demasiado aturdida y que tenía que trabajar...

Estaba enfadado, encolerizado con ella. Pero ¿por qué? La Cassidy adulta, la de ahora, no había cometido todos aquellos errores. Había sido la Cassidy del pasado, apenas una adolescente. ¿Cómo podía enfadarse con una niña que había cometido errores tan graves y que además se había arrepentido tanto de ellos?

Pero seguía enfadado, furioso. No podía evitarlo. No quería sacudirse de encima aquel sentimiento de traición. Cassidy le había contado su historia, acumulando desastre tras desastre mientras él la escuchaba incrédulo. Y todos los desastres habían estado encadenados, cada uno había llevado al siguiente. Había caído en la adicción a la medicación para olvidar el trauma de haberse acostado con el profesor. Y el hecho de que se hubiera acostado con él había sido una consecuencia de su plagio.

Eric no era ningún estúpido: él también había sido profesor. Randall Greene se había encontrado en una posición absolutamente dominante, de máximo poder, y por eso se había aprovechado de Cassidy. Experimentó una violenta punzada de rabia. Quería

encontrar a Greene y hacérselo pagar. Aunque eso ya no importaba tanto: ya había pagado. No lo suficiente, pero había sido descubierto, despedido y humillado públicamente.

El único error verdadero y deliberado que había cometido Cassidy había sido el de plagiar un trabajo. Pero ¿hasta qué punto eso había sido únicamente culpa suya? Académicamente se había presionado demasiado, se había exigido siempre a tope, y en ello habían colaborado sus padres, sus amigos... y él mismo. Maldijo entre dientes. Él mismo la había animado a estudiar cada vez más duro, a competir con él, incluso a superarlo. Y a menudo lo había conseguido, pero... ¿a qué precio?

Todo había sido como una enorme espiral. ¿Y el punto de partida? Un dolor de muelas. Las muelas del juicio.

Un pensamiento empezó a formarse en su cerebro. Una idea acerca de las muelas del juicio y la ironía de toda aquella situación...

Distraídamente se detuvo frente al escaparate de una tienda de baratijas. Estaba allí, en una esquina. Rodeado de baratijas y adornos de todo tipo: cajas de música, camafeos, estatuillas... Un diente.

Se frotó los ojos, convencido de que se había vuelto loco. Pero cuando volvió a mirar, seguía en el mismo sitio. Abrió la puerta de golpe. El sonido de la campanilla alarmó al anciano que se encontraba detrás del mostrador.

—¿Qué es eso que tiene en la esquina del escaparate? —le preguntó Eric—. Eso que parece un diente.

—Tendrá que enseñármelo usted —repuso el hombre. Levantándose de su taburete, lo acompañó hasta el escaparate y siguió la dirección de su dedo—. Ah, sí. No estoy muy seguro. Un tipo lo trajo el otro día en una caja llena de baratijas. Yo diría que es un diente de tiburón —se encogió de hombros—. Me pareció curioso y lo puse en el escaparate.

—Me lo llevo.

—Muy bien.

—Se lo puedo cambiar por otra cosa —se llevó una mano al bolsillo y sacó el relicario de oro. El mismo que había querido regalarle a Cassidy hacía años, bajo el viejo roble.

Cuando estuvo haciendo el equipaje para viajar a Londres, lo había guardado en la maleta casi distraídamente, sin saber realmente por qué. Quizá para que le diera buena suerte a la hora de encontrar a Cassidy, como un talismán.

Esa mañana, mientras revisaba la maleta, lo había encontrado. Sonriéndose, se lo había guardado en un bolsillo del pantalón, con la esperanza de entregárselo a Cassidy en Saunders, en algún momento...

Pero fue entonces cuando le hizo aquella confesión. Abrió el relicario y sacó la fotografía en la que aparecían juntos. Dos jóvenes que ya habían dejado de existir. Salvo en su recuerdo.

Dejó el relicario sobre el mostrador. El anciano lo examinó cuidadosamente, y al final le lanzó una severa mirada:

—Por mucho que aprecie la oportunidad de hacer un buen negocio, no puedo consentirlo. Este relicario es de oro de catorce quilates. Y ese diente no es más que bisutería.

—Me da igual.

—Pero es que no sería un intercambio justo —insistió el hombre —. Ese diente no vale ni la décima parte de ese relicario.

—Créame. Para mí sí que lo vale —replicó Eric

## Capítulo 14

Eric corrió de regreso al campus. Había oscurecido y los alumnos se retiraban a sus dormitorios o a las bibliotecas. Buscó el banco donde había dejado a Cassidy. En aquel momento estaba ocupado por una joven pareja que se besaba apasionadamente, con los libros y cuadernos abandonados a sus pies.

Recorrió todo el recinto, entrando en los edificios y mirando incluso detrás de los árboles. Terminó volviendo al coche que había alquilado. La temperatura había bajado y tuvo que subirse el cuello del abrigo. Regresó al motel donde deberían haberse alojado. Se hallaba a escasa distancia, así que quizá se había acercado hasta allí a pie.

Vana esperanza. Preguntó por ella en recepción: no la habían visto. Decidió reservar una habitación.

Dejó su equipaje y el de Cassidy en una cama. Se sentó en la otra, sacó su móvil y la guía telefónica, y llamó a todos los moteles de varios kilómetros a la redonda. No se había registrado en ninguno.

No había abandonado la zona. Estaba seguro de que, a pesar de lo sucedido, seguía planeando quedarse para declarar a favor de Gilbert Harrison. Con tal de encontrarla, asistiría a todas y cada una de las sesiones. Pero no quería esperar ni un solo día. Tenía que localizarla aquella misma noche.

Llamó a los padres de Cassidy. Y a los suyos. Eludió sus preguntas: ya los pondría al tanto de todo cuando él supiera algo. Ninguno logró darle noticias de Cassidy. No lo preocupaba su seguridad. No dudaba de que se habría buscado un lugar para pasar la noche. Tal vez había llamado a Sandra, o a Jane.

Necesitaba verla. Debía hablar con ella.

Encendió la televisión, la apagó y volvió a encenderla. Se levantó para caminar de un lado a otro de la habitación. Se asomó por la ventana: la calle estaba vacía. Desde allí podía ver los altos setos del perímetro de Saunders, azotados por el viento otoñal.

Estuvo a punto de renunciar, de tomarse una ducha y de acostarse, con la intención de seguir intentándolo por la mañana. Abrió su maleta y allí, encima del resto de la ropa, vio la sudadera de Saunders. La misma que le había prestado a Cassidy, igual a la que había llevado aquel día, durante su encuentro bajo el viejo roble...

Volvió a calzarse y salió corriendo. Echaría una última mirada.

Allí estaba. Sentada en el césped, bajo el roble. Ya era más de medianoche, pero allí estaba, con la mirada perdida en el vacío, sin expresión.

Eric salió de entre las sombras y ella lo vio. Pero su rostro seguía tan inexpresivo como antes.

—Quiero darte algo.

Cassidy arqueó una ceja.

—Ya. Mi maleta, supongo. Muy bien. Ya me registraré en algún otro motel. Mientras tanto puedes dejarla allí, si no te importa.

—Primero quiero hablar contigo.

—Ya no queda nada que decir.

—No me extraña. Parece que hoy lo has dicho tú todo.

Se sentó a su lado y se volvió para mirarla. Vio que tenía un grueso sobre en el regazo.

—Cuando me contaste tu historia —empezó—, mi primer pensamiento fue que me habías traicionado. Por eso me fui. Me sentí como si me hubieras traicionado al convertirme en otra persona a mis espaldas. Pero después me di cuenta, mientras caminaba sin rumbo por las calles, de que la persona a la que habías traicionado eras tú misma. Dejaste que tu miedo a perderme gobernara tu vida. No podías hablarme del infierno que estabas viviendo, con lo cual no



hiciste más que hundirte más y más profundamente en él. Yo tuve mi parte de culpa en eso. Tenías tus razones para no decírmelo. Tenías miedo de que te juzgara y te condenara. Pero ahora has superado ese miedo. La traición se ha borrado —al ver que se disponía a replicar algo, se le adelantó—: No, déjame terminar. Sé que no me estoy explicando bien, lo estoy enredando todo. Así que toma —le entregó la pequeña y gastada caja. La única que había podido encontrar el anciano de la tienda de baratijas.

Cassidy la miró durante un rato, hasta que la abrió y sacó el diente de oro. Tras examinarlo cuidadosamente, alzó la cabeza. No lo entendía.

—Todos tus problemas empezaron con una muela del juicio —le explicó Eric—. Pero puedes verlo de otra manera.

Le quitó el diente y desenrolló el cordón negro de seda. El anciano había visto el agujero que tenía y había insistido en que se llevara también el cordón como parte del trato.

Eric se lo colgó al cuello y le puso de nuevo el diente de la mano. Se la cerró con la suya, apretándosela.

—Puedes verlo de la siguiente manera —continuó—: Hoy llegaste aquí como Cassidy Maxwell, como una mujer adulta y capaz, una triunfadora, inteligente y sabia. La culminación de la sabiduría y del buen juicio que adquiriste desde que perdiste aquellas muelas. Y ahora también me has transmitido a mí una parte de esa misma sabiduría.

Vio que las lágrimas empezaban a resbalar por su rostro. Esa vez sí que se las enjugó.

—Quiero que construyamos un futuro en común, entre los dos. Que sigamos creciendo y nos hagamos más sabios juntos. Te amo.

—Yo te he amado durante toda mi vida —susurró Cassidy—. Incluso mientras estuviste fuera de ella.

—Te aseguro que no volveré a desaparecer.

Sus labios se encontraron en medio de un suspiro de alivio y

alegría. Y se abrazaron con el convencimiento de que jamás volverían a separarse. La luna asomó entre las nubes, iluminando sus sonrisas.

—Creo que ya es hora de que te lleve a la cama... —sugirió él. Se levantaron a la vez—. Por cierto, ¿qué hay en ese sobre?

Se lo entregó, orgullosa.

—Mi diploma de licenciatura.

Eric volvió a estrecharla en sus brazos.

—Trabajaste muy duro para conseguirlo —murmuró contra su cabello—. Y hablando de trabajo, no vayas a pensar que porque nos hayamos reconciliado vamos a tener que quedarnos aquí... El embajador Cole se ofreció a mover unos cuantos contactos en mi favor. Es decir, a buscarme trabajo en Londres. Londres es una ciudad maravillosa. Aunque a tu lado, cualquiera lo es.

—Gracias —lo abrazó, emocionada.

Cuando Eric ya se dirigía hacia el coche, Cassidy se detuvo. Cerró los ojos, aspiró el aire del lugar del que había huido y escapado durante tanto tiempo, que tanto se había esforzado por olvidar, y descubrió... que nunca podría desterrarlo de su memoria. Ni tampoco quería.

—¿Te pasa algo?

Abrió los ojos. Eric la miraba preocupado.

—¿Te encuentras bien? —volvió a preguntarle.

Cassidy se analizó a fondo, sentimiento a sentimiento. Ahora era otra persona. No sabía muy bien en qué había cambiado, pero había cambiado.

Se quedó quieta. Sabía que Eric esperaría hasta que estuviera dispuesta a contestar. Estaba sintiendo...

—Me siento... ligera —dijo, y se echó a reír. Soltó una carcajada alegre, despreocupada, libre de toda inquietud—. No puedo creerlo. ¡Me siento tan ligera!

El hombre al que amaba le sonreía, feliz.

Cassidy se desabrochó el abrigo y se lo quitó. Abrió los brazos

como si quisiera abrazar el mundo.

Y proyectándose hacia delante, ejecutó una perfecta rueda lateral, con los dedos de los pies apuntando directamente al cielo.

**Fin**